

Te ofrecí mi corazón



Sandra Gabriel

TE OFRECÍ MI CORAZÓN

SANDRA GABRIEL
TE OFRECÍ MI CORAZÓN

I

Rashid estaba de mal humor. Si bien las negociaciones habían resultado a su favor, tener que pelear con un puñado de incompetentes le había resultado bastante frustrante. Estaba cansado y lo único que le apetecía era llegar a su habitación y darse un baño.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor, iba tan distraído que tardó un poco en darse cuenta de que un brazo le impedía el acceso al ascensor. Tan poco acostumbrado a que alguien le impidiera entrar en ningún sitio, alzó la vista con la intención de poner a esa persona en su lugar cuando se quedó sin habla.

Estaba acostumbrado a ver mujeres hermosas, pero esta superaba todos sus sueños. Una melena del color de la nieve más pura, rodeando una figura delicada de estrecha cintura y pechos generosos, pero como si sólo eso no le hubiera impactado, fueron sus ojos los que le quitaron la respiración, brillantes como un río de plata líquida, con unas pestañas del color del oro y una piel pálida y de apariencia suave como la seda.

Tan impactado se quedó por la visión de esa mujer que antes de que pudiera reaccionar se cerraron las puertas del ascensor llevándosela consigo.

En el momento que se recuperó de la impresión, pulsó el botón del ascensor frenéticamente, pero cuando finalmente volvió a su planta y se abrieron las puertas, el interior estaba vacío.

¿Lo había soñado? ¿Podía existir una mujer como ella? Sin poder quitarse su imagen de la cabeza se dirigió a su habitación pensando como podía averiguar quien era ella.

—¿Me ha visto? Ada no podía estar segura de ello, puesto que sus plateados ojos eran ciegos.

—Sí. Se ha quedado tan impactado que no ha podido ni reaccionar.

Ada dejó escapar un suspiro tembloroso. —¿Crees que me buscará?

—No tengo ninguna duda. Cuando se recupere del susto –contestó Bryan con una sonrisa—. Ten por seguro que hará lo que sea necesario para averiguar quien eres.

—Eso espero –contestó Ada aún insegura.

—¿Qué aspecto tenía?

Esperaba no haberse equivocado con ese hombre, si así era, que Dios la ayudara porque no sabría que más hacer.

—Daba bastante miedo con esa cicatriz cruzándole la cara.

—Entonces servirá. —dijo Ada con una sonrisa saliendo del ascensor hacia el ático, donde tenía su apartamento.

Su padre era el dueño de la cadena hotelera. Tenía hoteles repartidos por todo el mundo y en cada uno de ellos el ático estaba reservado para su alojamiento. En realidad cualquiera podría decir que no tenía motivos de queja, su padre era millonario y podría decirse que satisfacía todos sus caprichos. Vivía rodeada de lujos, con un grupo de personas enteramente a su disposición. Mucha gente mataría por poseer lo que ella tenía. Sin embargo ella no podía más, se ahogaba en su jaula de oro y en su desesperación había trazado un plan y ese hombre Rashid era imprescindible para llevarlo a la práctica.

“El carnicero de Anvard “, así le llamaban. Esperaba no haberse equivocado con él, pero era un riesgo que estaba dispuesta a asumir. Había estudiado a todos los posibles candidatos y él era el único que cumplía todos sus requisitos. Decían que era un hombre cruel e implacable que se había ganado a pulso su sobrenombre.

No sabía muy bien lo que había hecho, sólo que había sido algo horrible, pero también decían que jamás le había hecho daño a una mujer o

un niño. De hecho circulaban historias sobre lo que les hacía a sus hombres si descubría que violaban a alguna mujer. Era joven y estaba soltero, lo cuál era imprescindible para sus planes.

Contaban que antes de ganarse su apodo, estaba siempre rodeado de mujeres, pero el suceso que había originado su apodo le había dejado algo más que un nombre que generaba miedo. Tenía una cicatriz que le surcaba la cara desde la sien hasta el pómulo. Decían que desde entonces sólo se relacionaba con prostitutas. Esperaba que todo eso jugase a su favor.

Estaba tan nerviosa que le sudaban las manos, apenas podía respirar, Rashid tenía habitación reservada únicamente hasta esta noche, era hoy o nunca. Si se iba del hotel estaba todo perdido, seguramente no volvería a tener otra oportunidad.

II

Rashid trató de relajarse con un baño, pero no podía apartar de su mente la imagen de esa mujer. Tenía que descubrir quien era y teniendo en cuenta que mañana se iba del hotel tendría que ser esta misma noche. Con ese pensamiento en mente bajó a recepción. No creía que le resultara muy difícil descubrir quien era, una mujer de esas características no podía pasar desapercibida.

Quince minutos después estaba tan furioso que cuando subió al ascensor para volver a su habitación, no se dio cuenta de que éste no se detenía en su planta sino que continuaba hacia arriba.

—No conozco a ningún huésped con esas características —había dicho la recepcionista amablemente.

Estaba seguro de que le mentía, pero no sabía cual podía ser el motivo para hacerlo, la única opción hubiera sido montar un escándalo, pero, ¿qué justificación podía dar? A fin de cuentas si esa mujer no quería que nadie la importunase, el hotel hacía bien negándola, si fuera su mujer no desearía que nadie se acercase a ella.

Consumido por esos pensamientos salió del ascensor en cuanto se detuvo sin mirar en qué planta estaba, pero al levantar la vista comprendió que se había equivocado, ahí no estaba su habitación, así que retrocedió para volver a entrar en el ascensor.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no había subido solo sino que un botones del hotel le había acompañado. Estaba tan furioso que no se había dado cuenta de que había alguien más con él.

—Me he confundido de planta —le dijo al tiempo que pulsaba la planta correcta.

—No, señor, esta es su planta —le contestó el botones impidiendo que

se cerrara la puerta del ascensor.

Por un momento le miró confuso, este día estaba resultando muy raro.

—Mi habitación está en la quinta planta, no sé que planta es esta, pero estoy seguro de que no es la mía.

—Efectivamente no es la planta en la que tiene su habitación, pero es la planta de la señorita Ada.

—¿Ada? ¿Y quién se supone que es? ¿Y a mí que me importa donde tenga esa mujer su habitación?— contestó cada vez más furioso.

—Perdone si ha habido una confusión —le dijo el botones pausadamente.— Creí entender que quería hablar con ella. ¿No preguntó en recepción?

Rashid se quedó sorprendido, ¿Ada? ¿Era la mujer rubia? ¿Cómo sabía que la había buscado? ¿Quién era? Una extraña emoción se apoderó de él.

—Efectivamente, tiene razón, esta es mi planta —le dijo al botones con firmeza saliendo del ascensor.

—Siga todo recto, ella le está esperando —sin decir nada más se fue en el ascensor dejándole solo en el pasillo.

Rashid estaba cada vez más intrigado. Cuando se había bajado del ascensor sólo se había fijado en que no estaba en el pasillo de las habitaciones, pero ahora observó todo con atención.

Estaba en lo que parecía un hall muy amplio, en la última planta del edificio. Cruzó la puerta de la habitación que estaba ligeramente abierta. Lo primero que le llamó la atención fue el techo que estaba cubierto totalmente por una vidriera que hacía que la luz del sol lo iluminase todo. Había multitud de plantas dando la sensación de encontrarse en un jardín.

Se adentró en la habitación sin saber muy bien que esperar y en ese momento la vio.

Estaba más hermosa que cuando la había visto en el ascensor, si eso era posible. Llevaba un sari rojo y dorado, la gloriosa melena recogida en un moño salpicado de pequeñas flores rojas.

Le molestó que llevara el pelo recogido, le hizo desear acercarse a ella y deshacerle el peinado, introducir sus manos en la melena y tocar las finas hebras que semejaban seda. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir sus impulsos.

Sus ojos eran como plata líquida, le miraban fijamente sin transmitir nada en ellos, parecía tranquila, pero observó que su pecho subía y bajaba de forma rápida, demostrando su nerviosismo.

Normalmente Rashid no hubiera dicho o hecho nada, esperando que la otra persona mostrara sus cartas, pero en este caso no lo pudo resistir, sin dejar de mirarla se acercó lentamente a ella. Con cada paso la respiración de la mujer se hacía más agitada hasta que estuvo frente a ella.

Un impulso le hizo levantar la mano y con un dedo acarició su mejilla. La piel era tan suave como le había parecido. Cuando la tocó no pudo dejar de notar que un estremecimiento le recorrió el cuerpo y eso tuvo consecuencias en su propio cuerpo.

Estaba excitado, como hacía muchos años que no lo estaba. Deseó poseerla allí mismo, que fuera suya para poder hacer con ella lo que quisiera.

Sin embargo, en vez de dar rienda suelta a sus deseos, retrocedió un paso y susurró:

—Tenéis toda mi atención, señora mía.

Ada no podía hablar, apenas podía respirar, sentía un rastro de fuego allí donde él había deslizado el dedo. Cuando había planificado todo esto, no se le había ocurrido que pudiera sentir una atracción física tan grande. Al comprenderlo la alegría recorrió su cuerpo y por primera vez estuvo segura de que todo iba a salir bien.

Respiró profundamente y dijo:

—Señor Rashid Awada, es un honor que haya decidido acudir a mi llamada.

Rashid no pudo evitar reírse.

—Su llamada... una original manera de decirlo. A mí me ha parecido un elaborado plan para volverme loco... de curiosidad —terminó con una voz ronca que Ada sintió como una caricia.

Ada enrojeció de vergüenza, pero como quería que su relación se basase única y exclusivamente en la verdad, le dijo:

—Efectivamente, el encuentro del ascensor fue premeditado, la idea era que no se negara a acudir aquí.

—¿No hubiera sido más fácil invitarme directamente? —preguntó con curiosidad.

—¿Y hubiera acudido? —replicó Ada—. Si le hubieran dicho que una mujer quería hablar con usted, ¿hubiera hecho algún caso? O simplemente hubiera seguido su camino.

Rashid lo pensó durante un momento.

—Tiene razón. Si no la hubiera visto, jamás hubiera acudido, pero ahora me tiene totalmente intrigado. ¿Qué es lo que desea de mí? ¿Y quién es usted exactamente?

Con un suspiro Ada se sentó y le hizo una seña a Rashid para que tomase asiento frente a ella.

—Tengo algo que proponerle, un... negocio por así decirlo.

—¿Un negocio? —dijo Rashid totalmente intrigado—. ¿No es una manera extraña de hacer una propuesta de negocios?

—Es que lo que yo le voy a proponer, es un poco... digamos... poco convencional.

—Muy bien, podría empezar por decirme su nombre.

—Me llamo Ada Carmichael.

—¿Carmichael? ¿Cómo éste hotel?

—Efectivamente. Mi padre es el dueño del hotel y el principal motivo por el que le quiero hacer mi propuesta. —Se alisó la falda con manos temblorosas antes de continuar—. Debe saber que soy hija única y que mi padre me adora. Desde niña he crecido protegida con un ejército de personas a mi servicio dispuestas a satisfacer cualquiera de mis caprichos. Acompaño a mi padre en todos sus viajes y tengo un apartamento a mi disposición en cada uno de sus hoteles. Cualquiera diría que no tengo ningún motivo de queja, pero la verdad es que soy muy infeliz.

Rashid apenas la escuchaba, no sabía porqué le estaba contando todo eso, pero lo único que le podía interesar era que le ofreciera acostarse con él y no creía que eso fuese a pasar en un plazo tan breve.

—Mi deseo es casarme y tener hijos —continuó Ada—, pero mi padre se opone a ello. Tiene miedo de que algún hombre me vea y decida llevarme, por lo que cuando viajamos no se me permite salir de mis habitaciones, motivo por el que tuve que recurrir a esta argucia para poder hablar con usted.

Mientras decía todo eso Rashid la recorría de arriba abajo. Desde sus cabellos, pasando por su rostro ruborizado, hasta sus pechos firmes y turgentes, observó que le temblaban las manos y que a pesar de su aparente calma, estaba muy nerviosa.

—Por eso quería pedirle que se casara conmigo —terminó Ada de forma valiente.

Rashid se la quedó mirando con la boca abierta, no debía haber oído bien.

—¿Puede repetir lo que ha dicho? Me ha parecido entender que quería casarse conmigo —dijo Rashid sin sombra de humor en su voz.

Ada suspiró y juntando sus manos para que no temblaran volvió a repetir lo que había dicho.

— Quisiera pedirle que se casara conmigo.

—¿Se trata de alguna broma? —dijo en tono enfadado al tiempo que se levantó dispuesto a irse.—. No le veo la gracia.

—Por favor —le suplicó Ada—, no se vaya. Estoy hablando completamente en serio.

—No creo que una mujer como usted necesite pedirle matrimonio a un completo desconocido y menos a alguien como yo.

—Precisamente alguien como usted es lo que necesito. Por favor, déjeme que le explique.

Rashid se volvió a sentar.

—Como le dije antes mi padre me adora, pero su amor me impide ser libre, su temor por mi seguridad hace que viva en una prisión. No puedo ir a ningún lado si él no me acompaña, no permite que me vea ningún hombre y como comprenderá eso hace que resulte un poco complicado que pueda llegar a casarme algún día.

—¿Y por qué simplemente no se va de su lado?¿Es una cuestión económica? —dijo Rashid de forma cínica—. Supongo que le costará renunciar al nivel de vida al que está acostumbrada, pero si valora tanto la libertad...

Definitivamente había algo raro en todo esto, no se podía creer que una mujer tan hermosa y rica como ella, se rebajara a relacionarse con alguien como él sin que hubiera truco en algún sitio, probablemente fuera todo una mentira urdida no sabía con qué propósito, pero quería saber hasta dónde era capaz de llegar esta mujer.

—No es tan fácil —dijo Ada con tristeza—. Veo que no se ha dado cuenta, pero me resulta imposible abandonar a mi padre e irme a vivir por mi

cuenta sin su ayuda, más que nada, porque soy ciega.

Al principio Rashid aunque la oyó, no comprendió lo que estaba diciendo, ¿Ciega? ¿De qué demonios hablaba? Pero poco a poco fue dándose cuentas de detalles a los que en principio no les había dado importancia.

El color de sus ojos, tan poco común, el hecho de que por más que la miraba, a pesar de manifestar su nerviosismo en el temblor de sus manos o en la agitación de su pecho al respirar, en ningún momento había transmitido sentimiento alguno en su mirada, si bien era cierto que miraba hacia donde él estaba, comprendió que lo que seguía era el sonido de su voz.

—Como comprenderá —continuó diciendo Ada ajena a su escrutinio—. Por mucho que quisiera independizarme de mi padre, sin su ayuda sería bastante complicado hacerlo, máxime cuando no se me ha permitido estudiar nada, ni realizar ningún tipo de trabajo desde el día que nací. Mi única función en esta vida es la de acompañar a mi padre allá a donde va, siempre sin salir del hotel por miedo a que algún hombre me vea. Cuando estamos en nuestra casa, tampoco se me permite salir de la mansión más que para pasear por los jardines —dijo con desesperación—. Y ya no lo soporto más, por eso recurro a usted, con lo único que poseo, mi cuerpo, —en ese momento se le quebró la voz, pero aún así continuó diciendo de forma desesperada—. Probablemente una mujer ciega no es lo que tenía pensado como esposa, pero no tengo otra cosa que ofrecerle.

Rashid hacía tiempo que había renunciado a la idea de una esposa, no porque realmente no lo deseara, sino porque las mujeres que acudían a él, sólo lo hacían atraídas por su fortuna. Sabía que en muchos casos cara cruzada por su cicatriz les repugnaba, pero aún así hacían de tripas corazón y se le ofrecían. Podía hacer con ellas lo que quisiera y de hecho en muchas ocasiones lo había hecho, tenía fama de cruel aunque nunca había maltratado físicamente a una mujer pero últimamente lo único que le producían las

relaciones, era hastío.

Sin embargo, viendo a Ada, aún impactado por su belleza y escuchando su historia, algo parecido a la ternura se fue abriendo paso en su corazón y el deseo de que efectivamente fuera suya, no sólo su cuerpo, sino también su alma.

—Acepto.

La palabra quedó flotando entre ellos en medio del silencio ensordecedor que le siguió. Ada se había quedado congelada en el sitio, casi como si creyera que aquello no era posible.

—¿Acepta? —dijo con voz temblorosa.

—Sí, acepto —contestó Rashid con firmeza—. Razones peores han fundado muchos matrimonios.

Una sonrisa temblorosa floreció en los labios de Ada.

—Quizás debería pensárselo un poco, antes de aceptar tan rápidamente. Tendríamos que casarnos mañana mismo y tendría que irme de este hotel en este mismo momento con poco más que lo puesto. —Mientras decía esto se alisaba el vestido con manos temblorosas.

Rashid aún no había decidido si era valor o desesperación lo que le había hecho arriesgarse de esa forma con un extraño. Sin poder evitarlo detuvo el movimiento de sus manos cogiéndoselas delicadamente entre las suyas.

—No necesito pensarlo —dijo con suavidad.

En el momento que se unieron sus manos sintió como una descarga que le recorrió todo el cuerpo depositándose en su entrepierna y se dio cuenta que tenía que probarla. Tiró con firmeza de sus manos obligándola a levantarse y caer en su regazo con un gemido. Cuando la tuvo donde quería acarició su rostro.

Ada entreabrió los labios y se pasó la lengua por ellos. Estaba

excitada. Lo había planeado todo fríamente y si bien esperaba que no le resultara desagradable mantener relaciones íntimas, ni en sus sueños más locos hubiera imaginado que se sentiría así.

Al caer en su regazo había notado la dureza de su masculinidad presionando en su trasero, pero en lugar de repugnancia, lo que le provocó fue una llamarada que le recorrió todo el cuerpo dejándole un extraño palpitar entre las piernas.

Rashid la miraba maravillado, nunca había tenido en sus brazos a una mujer más hermosa y el hecho de que ella no pudiera ver el efecto que producía en él le daba la tranquilidad de no tener que disimular. Observó sus labios temblorosos y se dio cuenta de que sentía la misma excitación que él, algo debía haber hecho bueno en esta vida para que este fuese su premio.

Justo cuando se inclinaba para besarla, un pensamiento cruzó su mente y no pudo resistirse preguntar:

—¿A cuántos? —preguntó en un susurro.

La confusión se apreció en el rostro de Ada.

—¿A cuántos qué?

—¿A cuántos le has propuesto esto mismo?

Una sonrisa cruzó su rostro.

—A ninguno. Tú eras mi primera opción. Aunque tengo una lista —añadió—. Si no aceptabas iba a probar con el siguiente.

Sonriendo Rashid la besó. Al principio suavemente, con ternura pero al cabo de unos segundos el beso se transformó en un intercambio apasionado, Rashid la besaba intensamente como si quisiese apoderarse de su alma y Ada le respondía con la misma pasión. Finalmente fue él el que interrumpió el beso, bruscamente.

Durante unos segundos la miró sin poder creer lo que había pasado. Estaba sin aliento y tan sorprendido de la intensidad de sus sentimientos que

se había obligado a sí mismo a no seguir besándola. A su vez Ada jadeaba y temblaba debido a la profundidad de las sensaciones que le había provocado ese beso.

—¿Esto es normal? —dijo Ada entrecortadamente.

—¿Normal? —preguntó Rashid con sorpresa.

—Sí —continuó ella—. Si todos los besos son así.

Rashid estaba inmóvil, no se podía creer la pregunta.

—¿Nunca te han besado? —preguntó a su vez con voz ronca.

—No —contestó ella mordiéndose el labio.

Ese simple gesto provocó en Rashid un endurecimiento tan rápido que tuvo que contenerse para no poseerla allí mismo. Esa mujer tenía que ser suya, y lo sería.

—Recoge lo que necesites porque nos vamos ahora mismo. Rashid no quería darle tiempo a que se arrepintiera.

—Pero... contestó dudosa —¿a dónde iremos?

—Voy a llamar para que preparen mi avión. Volaremos a mi apartamento de Londres, allí podremos casarnos y una vez casados iremos a mi país, Mulak ¿Aún quieres hacerlo? Es tu última oportunidad, luego no caben arrepentimientos.

—No me arrepentiré —contestó Ada con decisión.

—Está bien. Tengo que hacer la maleta y hablar con el aeropuerto, en 30 minutos regreso a buscarte.

Cuando Ada quedó a solas no pudo evitar sentarse. Le temblaban las manos. No podía creer que se hubiera atrevido a proponerle matrimonio a ese hombre. Al recordar el beso que habían intercambiado, un calor le recorrió todo el cuerpo, notó como los pezones se le endurecían y le palpitaba la entrepierna, exigiendo un alivio que ahora sabía que sólo Rashid podía proporcionarle.

Sacudió la cabeza sorprendida. Deseaba que la intimidad no le resultase desagradable, pero ni en sus sueños más remotos hubiera imaginado ese deseo arrollador que la había atravesado.

Después de unos minutos soñando despierta se dio cuenta de que tenía que hacer rápidamente la maleta.

Rashid le había dado 30 minutos y aunque no era mucho tiempo, lo prefería, sólo pensar que su padre pudiera aparecer e impedir que hiciera lo que estaba a punto de hacer le provocaba una angustia inimaginable, así que cogiendo lo imprescindible, a los 20 minutos ya estaba preparada en la puerta, rezando para que Rashid llegase cuanto antes.

III

Rashid estaba en un estado de excitación que hacía años que no sentía. Llevaba mucho tiempo entumecido, con una sensación de hastío tan grande. Nada le conmovía y sin embargo esta extraña mujer lo había conseguido. Había sentido más en la última hora que en los últimos años y aunque sólo fuese por eso, merecía la pena.

Hacía mucho tiempo que sabía que más tarde o más temprano tendría que tomar una esposa, así que éste era tan buen momento como cualquier otro, pero de lo que estaba seguro era de que en ningún sitio iba a encontrar mujer más bella que la que se le había ofrecido y Rashid no era tonto, iba a aprovechar la oportunidad.

Estaba seguro de que si él no hubiera aceptado, Ada hubiera continuado con el siguiente nombre de la lista. Sólo el pensamiento de otro hombre besándola, poseyéndola, hacía que le dieran ganas de golpear a algo o a alguien.

No. Sería suya y de nadie más.

Rashid nunca se había considerado un hombre celoso, de hecho hacía años que sólo se relacionaba con prostitutas. Era todo más sencillo. No esperaban gran cosa de él aunque si alguna mujer se le insinuaba, tampoco tenía ningún problema en hacerla suya, que tuviera marido o novio no era algo que le preocupara. Pocos hombres se atrevían a enfrentarse con él y si sus novias o mujeres eran unas zorras no era problema suyo, no lo buscaba pero si algún coño se le ofrecía no lo rechazaba.

Pero en el fondo siempre había deseado tener algo puro, que fuera únicamente suyo, una mujer que le amara, aunque tal cosa la consideraba imposible. No era que pretendiese que Ada le amara algún día, pero por lo menos sería únicamente suya, nadie más la tocaría, ni la besaría, únicamente

él.

Una vez hecha la maleta, habló con su piloto para que preparase el avión y le informó de que iría con un pasajero más, sin dar más información. Nadie necesitaba saberlo.

Cuando se dio cuenta, ya había pasado la media hora que le había dado a Ada así que fue a buscarla. Al entrar en el ascensor se dio cuenta de que para poder subir al ático necesitaba una tarjeta especial, sin saber muy bien a quien dirigirse decidió probar de nuevo con la recepción, a fin de cuentas si bien la recepcionista había parecido poco colaboradora, había informado a Ada de que deseaba verla.

—Buenos días —dijo desde el teléfono de la habitación .

—Buenos días. Habla con Yanira ¿Qué deseaba?

Era la misma chica de la otra vez.

—Soy Rashid Awada —le dijo—. Querría ir hasta la suite del ático pero creo que se necesita una tarjeta especial. ¿Podría decirle al botones que me llevara?

—Perdone señor, pero no hay ninguna suite en el ático. Lamento no poder ayudarle, si desea alguna otra cosa póngase en contacto con nosotros. Buenas noches.

Y sin más le colgó.

Rashid se quedó mirando el teléfono sin poder creerse que por segunda vez en el día le habían negado algo. Esto se estaba convirtiendo en una costumbre y cada vez le cabreaba más.

Saliendo de su habitación, se dirigió a grandes zancadas hasta el ascensor, dispuesto a dirigirse a recepción y poner a esa tal Yanira en su sitio.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor se encontró con el mismo muchacho que le había llevado hasta Ada la primera vez, el cuál en cuanto entró en el ascensor introdujo la tarjeta magnética que llevaba al ático sin

decir una palabra.

Rashid se moría de ganas de decir algo. Esta situación le estaba desequilibrando. Era un hombre al que le gustaba controlar las situaciones y tenía la sensación de estar caminando por la cuerda floja, como si en algún momento se fuera a caer y Ada se le fuera a escapar entre los dedos.

Con furia apretó la mandíbula y decidió que mientras ella se fuera con él, no le importaba esta situación tan ridícula. ¿Porqué tanto secretismo? Podía entender que su padre no quisiera que ningún hombre la viera, sobre todo en cualquier país del mundo árabe. Estaba seguro de que muchos hombres no dudarían, tal como temía su padre, en secuestrarla para llevársela a algún harem.

La belleza que poseía Ada, incluso en el mundo occidental era muy rara y el hecho de que fuera ciega la haría más atractiva puesto que resultaría mucho más fácil de manejar.

Sólo pensar que algún degenerado tratara de ponerle la mano encima hacía que sintiera náuseas y eso que sólo hacía una hora que la conocía ¿Cómo se sentiría su padre? No le extrañaba que la ocultara. Pero si ella estaba dispuesta a irse con él, lucharía con uñas y dientes contra cualquiera que tratara de alejarla de su lado.

Si ella estaba tan desesperada por tener una familia, él estaba dispuesto a dársela. Amor no podía ofrecerle, ya que no se creía capaz de amar a nadie, pero amistad, protección y fidelidad sí le daría.

Cuando entró en la habitación, volvió a quedar impactado por su belleza. Durante unos segundos no pudo articular palabra.

Un rubor empezó a extenderse por el rostro de Ada.

Aunque era ciega, no era sorda y había escuchado perfectamente a Rashid entrar, así que no comprendía porqué no decía nada. ¿Habría cambiado de opinión? Esperaba que no, porque después de haber hablado con

él. Después de haberle besado y haber sentido esas increíbles sensaciones en todo el cuerpo, no se veía capaz de ofrecerle este acuerdo a ningún otro hombre.

Incluso en su inocencia era capaz de comprender que esa atracción no se sentía por todos los hombres. Deseaba casarse y tener hijos, pero si además se sentía atraída por su marido, se consideraría una mujer muy afortunada. Aunque no la amara y estaba segura de que tampoco le sería fiel, por lo menos disfrutaría de la intimidad y a fin de cuentas siendo ciega, no tenía muchas opciones y a él seguro que no le costaría mucho esconder a sus amantes, o por lo menos esperaba que así lo hiciera y no la humillase mostrándose con ellas en público.

Cuando ya no pudo resistir más el silencio, se atrevió a preguntar.

—¿Por qué no dices nada? ¿Has cambiado de opinión? —aunque trató de hablar con firmeza no pudo evitar que le temblara la voz. Esperaba que él no se diera cuenta de lo frágil que era su postura y de lo cerca que estaba de ponerse a llorar.

La dulce voz de Ada sacó a Rashid del trance en el que había quedado sumido en cuanto la había visto. El temblor en su voz le hizo darse cuenta de lo asustada que estaba. Una calidez inundó su corazón y se encontró deseando abrazarla y hacerle comprender que no la abandonaría.

Acercándose despacio, con miedo a asustarla más de lo que ya estaba, cogió una de sus manos entre las suyas y después de darle un dulce beso en la misma, la puso sobre su corazón.

—Mi dulce paloma —le dijo con ternura—. No existe poder en este mundo que me vaya a hacer cambiar de opinión. Pero pensadlo bien, porque os puedo asegurar que si os hago mi esposa, seréis mía para siempre.

No os puedo ofrecer amor, en realidad, no creo que sea capaz de ese sentimiento, pero sí os ofrezco mi amistad y mi fidelidad, pero también os

exigiré lo mismo. Jamás se os ocurra traicionarme.

Gruesas lágrimas empezaron a cruzar por sus mejillas sin que Ada pudiera hacer nada para evitarlo. Sintió una punzada en el corazón tan fuerte que tuvo que frotarse el pecho para aliviarlo, con la misma mano que Rashid había sujetado contra su corazón.

Eran las palabras más bellas que le habían dicho nunca y que le confirmaron que estaba haciendo lo correcto, que él era el hombre correcto.

—¿Por qué lloras, paloma mía? —le dijo Rashid besando dulcemente sus labios.

Con la voz ronca a consecuencia de las lágrimas le dijo sin aliento:

—Me ofreces mucho más de lo que te he ofrecido yo. Estaba dispuesta a darte mi cuerpo, pero en sólo un instante has robado mi corazón. Lo que me ofreces es mucho más de lo que esperaba. Yo tampoco te puedo prometer mi amor, no creo que sea algo que se pueda entregar a voluntad, pero aquí y ahora te juro que jamás te traicionaré, y que yo también te entregaré mi fidelidad y mi amistad.

Rashid se quedó helado tras oír esas palabras, palabras que jamás creyó posible escuchar a una mujer dirigiéndoselas a él.

Su determinación por llevarse a esa mujer con él se hizo más firme.

—¿Dónde está tu maleta? —dijo con dureza. No podía esperar ni un segundo más, se la tenía que llevar de allí. Empezó a abrumarle la sensación de que si no se la llevaba en ese instante no se la iba a poder llevar jamás.

Si a Ada le sorprendió la dureza con la que le habló, no dijo nada. Simplemente cogió la maleta que estaba a su lado, un largo pañuelo que estaba encima de una mesa y unas gafas de sol. Usó el pañuelo para cubrir sus mechones dorados y las gafas de sol para tapar sus ojos plateados, extendió su mano para entrelazarla con la de Rashid y con voz suave le dijo:

—Estoy lista.

IV

Salir del hotel resultó más fácil de lo que Ada había pensado. Bajaron en el ascensor, cruzaron el hall y por fin sintió el calor del sol en sus mejillas, multitud de olores invadieron sus fosas nasales haciéndola más consciente de que por fin era libre.

No sabía que vida le esperaba con Rashid pero no creía que pudiera ser más asfixiante que la que llevaba con su padre, en todo caso quizás fuera igual y tampoco se le permitiera salir de la casa, pero por lo menos en un futuro tendría hijos que le hicieran compañía y a los que pudiera entregar su amor.

Rashid no podía quitar la vista de Ada. Desde que habían salido del hotel, resplandecía. Habían subido a la limusina que los llevaría al aeropuerto y ya en su interior se había despojado del pañuelo y las gafas que habían cubierto su belleza y no paraba de sonreír. La alegría le salía por los poros y saber que era el artífice de dicha alegría hacía que sintiese una rara calidez en su corazón.

No sabía lo que le pasaba, sólo que también tenía ganas de sonreír.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ada con una sonrisa.

Era tan inocente. Sólo con la promesa de un matrimonio y ahí estaba con él en su coche, dirigiéndose a un destino incierto. Por segunda vez ese día las náuseas invadieron su cuerpo pensando qué hubiera pasado si la hubiera rechazado. ¿Se lo habría propuesto a otro hombre? ¿A quién? En vez de camino a su matrimonio podría encontrarse de camino a una vida de esclavitud en un harem, siendo vejada y maltratada.

Sin poder resistirlo sintiendo los celos corroyéndole no pudo evitar preguntarle:

—¿Quién era el siguiente en tu lista?

La sonrisa desapareció de su rostro y ocultando las manos en su regazo le preguntó a su vez con tristeza.

—¿Por qué lo quieres saber?

Rashid se sintió tentado de exigirle todos los nombres de esa lista, no tenía porque darle ningún motivo, iba a ser su mujer ¿No? Tenía que obedecer.

Pero al mirar su dulce rostro y darse cuenta de que su pregunta era la culpable de haberle robado la alegría, sintió la necesidad de decirle la verdad.

—Porque tengo unos celos terribles, pensando que se lo podías haber ofrecido a otro y necesito saber quién es, para poder comparar y saber si era mejor hombre que yo.

La alegría volvió al rostro de Ada, cogió su cara entre las manos y con una dulce sonrisa le besó en los labios.

—En el momento que te conocí y te besé, ya no existió ninguna lista. Si me hubieras rechazado no sé lo que hubiera hecho, porque después de conocerte jamás hubiera podido entregarme a nadie más. Siempre fuiste mi primera opción, pero te convertiste en la única opción posible para mí.

Con cada una de sus palabras esa dulce calidez que le reconfortaba el corazón se fue extendiendo por todo su cuerpo, hasta que sin poder evitarlo la abrazó y con voz torturada le susurró al oído.

—Dulce paloma, ¿Qué me estás haciendo? ¿Eres alguna bruja enviada para encantarme?

Una musical risa sonó en sus oídos. Esta mujer iba a matarle. Tenía que casarse con ella cuanto antes porque no podía esperar para hacerla suya.

Antes de que pudieran darse cuenta llegaron al aeropuerto. Si bien la tripulación miró a Ada con extrañeza, no se atrevieron a decir nada y Rashid tampoco se sintió obligado a dar ninguna explicación.

—Y esta es la habitación —le dijo al abrir la puerta que efectivamente

llevaba a la habitación del avión.

Ada no se sorprendió de que el avión tuviera una habitación, a fin de cuentas estaba acostumbrada a viajar con su padre en las condiciones más lujosas, pero estaba muy nerviosa. Aún no le había dicho a dónde se dirigían.

Mojándose los labios con la lengua, se giró para enfrentarse a Rashid al tiempo que le decía:

—¿A dónde vamos? ¿A Mulak? —sabía que ese era el país en el que vivía Rashid.

—No. Primero iremos a Londres. Organizar una boda en Mulak llevará más tiempo, pero en Londres podremos casarnos por lo civil rápidamente. Normalmente hay que avisar con 28 días de antelación, pero he movido mis influencias y nos podremos casar mañana.

—¿Pero será legal en tu país?

—Sí. Aunque vivo en Mulak tengo la nacionalidad británica ya que mi madre era inglesa. Nunca llegó a casarse con mi padre, de hecho no le conocí hasta que cumplí los 15 años y vino a buscarme tras la muerte de mi madre.

Ada ya lo sabía, no era algo que Rashid ocultara y aparecía en el expediente que le habían dado sobre él.

Rashid le había pedido horas antes su certificado de nacimiento. Le había costado conseguirlo ya que su padre lo guardaba a buen recaudo, pero en el momento que había empezado a planear fugarse se había dado cuenta de que sin el certificado de nacimiento no iba a poder casarse, así que después de diversas búsquedas infructuosas lo había encontrado, había tenido suerte ya que en todo ese tiempo su padre no lo había echado en falta.

Rashid la dejó para que descansara prometiéndole que la despertaría en cuanto llegasen a Londres. Le contó que tenía allí un apartamento en el que iban a pasar la noche. Estaba contenta de que la boda fuera a celebrarse

en Inglaterra, si su padre averiguaba que estaba con Rashid iría a buscarla a Bakara, en Mulak, la ciudad en la que vivía Rashid, no se le ocurriría que estarían en Londres.

Suponía que estaría muerto de preocupación, pero en un principio no creía que fuese a llamar a la policía y no podía permitirse la mínima posibilidad de que impidiera la boda, si no lograba escapar en esta ocasión, no creía que fuese a tener otra oportunidad. Su padre se encargaría de que fuera imposible.

V

Rashid observaba a la mujer tumbada en la cama. Se la veía tan inocente, tan vulnerable, se juró que nunca permitiría que nadie le hiciese daño en forma alguna, ni siquiera él mismo. Sabía que estaba aterrorizada pensando que su padre podía llegar antes de que se hubiesen casado e impedir la boda, lo que no sabía es que ahora mismo no existía poder humano que pudiera separarla de él, aunque su padre apareciera, jamás permitiría que la apartase de su lado.

Aún no comprendía los fuertes sentimientos que ella le provocaba, sólo sabía que ya no podría vivir sin ella.

—Ada —dijo suavemente al tiempo que le acariciaba un brazo para que se despertara.

Ada se despertó bruscamente, ahogando un grito en el momento que se dio cuenta de donde estaba.

—Perdóname Rashid, durante un instante creí que estaba en mi habitación, me asustaste —dijo entrecortadamente.

—Ya me di cuenta —contestó con una sonrisa en su voz—. Ya hemos llegado a Londres. Supuse que querrías comer algo antes de ir a comprar tu vestido de novia.

—¿Vestido de novia? —balbuceó Ada con estupor.

—Por supuesto —dijo Rashid al tiempo que le ayudaba a levantarse—. ¿No pensarías que mi futura esposa no iría vestida como la más hermosa de las novias? Cuando le contemos a nuestros nietos como te secuestré querrán ver el vestido de novia que llevabas en nuestra boda —dijo con humor.

Ada no pudo evitar reírse alegremente—. ¿Nuestros nietos? ¿No vas un poco rápido? Primero tendrían que ir los hijos.

—Humm. Tienes razón, habrá que tener hijos primero —se inclinó

sobre ella y le susurró al oído —, tendremos que practicar mucho para tenerlos.

Un temblor recorrió su cuerpo cuando el significado de sus palabras se registró en su mente.

—¿Temor o deseo? —murmuró Rashid al percibir sus temblores, apartando su larga melena y depositando un beso en su cuello.

—Deseo —jadeó Ada y dijo valientemente. —Definitivamente deseo.

Sus palabras fueron directamente a su polla endureciéndola y llenando su mente de imágenes en las que le levantaba la falda rasgando su ropa interior y la embestía una y otra vez.

Sin embargo no creía que su virginal novia apreciase ese salvajismo en su primera vez, así que trató de respirar profundamente y calmarse. Pronto sería suya y podría poseerla una y mil veces, pero la primera vez tendría que ser con ternura.

Apartándose de ella para poder controlarse, le dijo fríamente — recoge tus cosas. Vamos a desembarcar. Iremos a un restaurante a comer y luego te llevaré de compras.

Ada notó su cambio de actitud. No sabía si había hecho algo para decepcionarlo o él tenía esa capacidad para pasar del deseo a la frialdad tan rápidamente, pero desde luego ella no la poseía.

Entró en el baño y se echó agua fría en la cara intentando calmarse. Cuando consideró que ya estaba preparada, salió de la habitación. Rashid estaba esperándola para descender del avión.

En la pista se introdujeron en un vehículo que les llevó a un restaurante para comer. La comida estaba deliciosa y la compañía de Rashid resultó muy agradable, era un hombre muy culto con el que se encontró que podía hablar de cualquier cosa, música, literatura, cine, política, opinaba de todo y pronto comprendieron que tenían muchas cosas en común.

En un momento determinado Ada levantó la mano hacia su rostro, buscando hasta que localizó la cicatriz que le recorría. Con un dedo la trazó desde el nacimiento de su cabello, pasando por su ojo hasta su garganta.

Rashid se quedó inmóvil. Ninguna mujer le había tocado el rostro de esa forma en años, apenas soportaban mirarle, por eso le sorprendió tanto el gesto de Ada, pero comprendió que al ser ciega era su forma de verle.

—¿Perdiste visión? —preguntó Ada suavemente al notar que la cicatriz cruzaba su ojo.

—No. Pudieron salvarlo.

Ada continuó recorriendo su cicatriz con suavidad de abajo a arriba y de arriba abajo, como si estuviera memorizándola.

Rashid suponía que ella tenía que saber cómo la había conseguido. Le dijo que le había investigado, no creía que hubieran omitido ese detalle, pero una cosa era oír una información y otra hacerla real.

Cuando ya no pudo resistirlo más sujetó su mano con firmeza impidiendo que siguiera tocando:

—¿Sabes cómo la conseguí? —le preguntó con dureza.

Ada se sorprendió cuando detuvo su mano. Estaba tan absorta absorbiendo las sensaciones que no pensó en lo que él estaría sintiendo, pero la forma brusca en la que sujetó su mano y la dureza en su tono cuando le habló hicieron que comprendiera que sin querer le había hecho daño.

—Por supuesto que lo sé —le dijo con suavidad—. Todo el mundo lo sabe. Forma parte de quien eres y yo quiero conocerte, quiero compartir tus alegrías, pero también compartir tu dolor. —Le besó dulcemente en los labios y dijo con una sonrisa— vuelve a contarme esa historia del jeque que te ofreció un montón de camellos por un vídeo de Youtube.

Con una carcajada Rashid decidió dejar el pasado atrás y volvió a contarle la historia.

El resto de la comida trascurrió entre risas, Ada no podía parar de reír con las historias que le contaba Rashid. No sabía cuanto era verdad y cuanto era inventado, pero no le importaba, estaba disfrutando como nunca lo había hecho.

Antes de que se diera cuenta llegó la hora de marcharse. Se dirigieron a lo que Rashid le dijo era una tienda de novias. Una vez allí habló con la empleada y le dijo a Ada —escoge lo que quieras mientras hago unas llamadas, luego me lo enseñas— y se dio la vuelta para irse.

Ada se sintió de pronto vulnerable y expuesta. ¿Escoger? ¿Cómo lo iba a hacer si no podía ver?

—Rashid —le dijo con un hilo de voz.

Al notar el temblor en su voz Rashid se giró hacia ella.

—¿Qué ocurre?

Durante un momento Ada no dijo nada. Le temblaban las manos. No estaba acostumbrada a estar en un sitio desconocido y nunca había escogido su propia ropa. Estaba avergonzada.

—¿Podrías ayudarme? —le dijo con una sonrisa insegura—. Nunca he comprado ropa. ¿Cómo sabré lo que escoger si no puedo ver?

Rashid pensó que era el idiota más grande que había sobre la tierra. No solía comprar ropa para las mujeres con las que se relacionaba, pero las pocas veces que lo había hecho no sólo no le habían necesitado sino que no habían querido que participara más allá de pagar lo que hubieran comprado.

De pronto la idea de escoger la ropa de su futura esposa hizo que se le endureciera la polla. Se la imaginó vestida de seda, del color del oro, con ropa que marcaría sus curvas. Se vio a sí mismo desvistiéndola lentamente para descubrir la ropa interior que también habría escogido.

Tuvo que realizar una par de fuertes aspiraciones para tranquilizarse antes de poder hablar de nuevo.

—Me encantaría ayudarte a escoger la ropa —le dijo al tiempo que extendía su mano para coger la de Ada que aún temblaba—. Tranquilízate. No te voy a dejar.

—Lo siento —dijo Ada con un suspiro—. Me siento tan tonta, te prometo que la próxima vez trataré de apañarme sola.

—No hará falta —dijo Rashid—. No me había dado cuenta de que vas a necesitar una persona que te ayude en algunas cosas, porque lamentablemente habrá momentos en los que yo no pueda estar. Cuando lleguemos a casa buscaremos a alguien. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo con una sonrisa trémula.

—Bien. Ahora vamos a escoger el vestido de novia más hermoso de toda la tienda, para la mujer más hermosa. ¿Te gustaría algo en concreto? —le dijo Rashid con una sonrisa.

—No verme fea —respondió Ada riendo. Con unas pocas palabras había conseguido que se sintiera segura.

La dependienta sacó un catálogo del que fueron escogiendo diferentes modelos. Ada quería un vestido sencillo puesto que sólo iba a ser un trámite administrativo en el registro civil, pero Rashid quería algo espectacular. Al final llegaron a un acuerdo, sería algo intermedio, ni muy sencillo ni muy ostentoso.

Rashid le describía como eran los vestidos y la dependiente opinaba si consideraba que con su figura le quedarían bien o no, cuando ya habían escogido varios empezó a probárselos.

Primero los tocaba, aquellos que no le gustaban por su tacto los rechazó sin probar.

Temía que Rashid dijese algo, a su padre no le importaba si le gustaban al tacto o no, de hecho nunca le había dejado escoger su ropa, se ponía lo que había escogido él para ella. Estaba segura de que su padre sólo

escogía lo mejor, pero siempre había querido poder decidir, pero Rashid no dijo nada.

Se probó varios vestidos. La dependienta y Rashid le fueron dando su opinión, pero al final dejaron la decisión en sus manos. Rashid pagó una cantidad exorbitante de dinero para garantizar que los arreglos del vestido estuviesen listos para primera hora del día siguiente. A las 10 de la mañana estaba fijada la boda.

—Gracias —le dijo a Rashid cuando acabaron, dándole un beso en la mejilla y apoyando la cabeza en su hombro mientras volvían al apartamento en el coche.

—¿Gracias por qué? No pensarías que iba a permitir que mi futura esposa fuese a su boda sin parecer una novia.

—No. —dijo Ada con una sonrisa—. Gracias por ayudarme a escoger el vestido y por dejar que escogiera yo el que quisiera. Desde que era una niña he utilizado únicamente la ropa que me proporcionaba mi padre, nunca he podido escogerla.

—¿Nunca? ¿Y si no te gustaba el tacto? —dijo Rashid recordando como había rechazado alguno de los vestidos porque le habían disgustado al tocarlos.

—Eso para mi padre no tenía ninguna importancia. Él era el que decidía la ropa que me debía poner cada día.

—¿No sólo te compraba lo que él quería sino que te decía qué poner cada día?

A Rashid cada vez le gustaba menos el padre de Ada. Entendía que ella no podía llevar la misma vida y con el mismo nivel de independencia de una persona vidente, pero eso no quería decir que no pudiera tener su propia opinión respecto a las cosas y por lo que él conocía a las mujeres, el aspecto físico era muy importante para ellas. Toda mujer debería tener la capacidad

de decidir lo que quería llevar puesto y lo que no.

—Pues que sepas que siempre vas a poder decidir qué ropa comprar y qué ropa ponerte cada día. Ya te dije que vamos a poner a una persona a tu disposición para que te ayude en todo lo que necesites, pero la decisión final de las cosas siempre la vas a tener tú.

—¿Ves como tenía que darte las gracias? —dijo Ada con una sonrisa.

Cuando llegaron al apartamento, Ada estaba muy cansada. Habían sido demasiadas emociones, dándose cuenta de ello Rashid le dijo:

—Será mejor que duermas un poco. Te llevaré a la habitación de invitados y cuando despiertes podemos hacer un recorrido por el apartamento para que te familiarices con el lugar en que están situadas las cosas.

Ada no se podía creer como un hombre apodado “el carnicero”, podía tener una sensibilidad tan grande respecto a sus necesidades. Conocía las historias de cómo se había ganado su apodo, pero aún así le había escogido entre todos los posibles candidatos, pero nunca en sus más alocados sueños hubiera imaginado que se iba a enamorar de su futuro marido en tan poco tiempo. Porque si de algo estaba segura era de que se había enamorado de él. No sabía si reír de felicidad o llorar de tristeza. A fin de cuentas ¿qué era mejor? ¿Amar a tu marido y que él no te amara? o ¿vivir con él sin amarlo? Pronto lo averiguaría.

VI

El día amaneció nublado, pero a Ada no le importó. Era el día de su boda.

La noche anterior en cuanto se había despertado había llamado a Rashid y él la había llevado de la mano recorriendo todo el apartamento para que se familiarizara con los espacios y los obstáculos que podía encontrar en su camino.

Cuando ya estuvo seguro de que podía apañárselas sola, había salido a hacer recados, aunque primero le había hecho prometer que si tenía cualquier problema le llamaría, también le aseguró que había miembros del personal de seguridad en el apartamento de abajo. Ada estaba muy acostumbrada a tener un equipo de seguridad, pero le gustó su preocupación. En el caso de su padre dicha preocupación le hacía sentir ahogada, comprimida, pero en el caso de Rashid le calentaba el corazón.

Horas más tarde volvió acompañado del personal de un restaurante que dispusieron todo lo necesario para que pudieran cenar. La cena transcurrió nuevamente de forma muy agradable. Rashid era un estupendo narrador y eso para ella siendo invidente era muy importante, ya que sus historias cobraban vida de tal forma que casi era como si pudiese verlas, todo ello hacía que se enamorase aún más de él.

Acabada la cena la acompañó a su habitación y la despidió con un dulce beso. Pasaron horas hasta que se pudo dormir.

Al día siguiente se despertó con una llamada a la puerta.

—¿Puedo pasar? —dijo la voz de una chica—. Me llamo Camille, me envía el Sr. Awada para que le ayude a arreglarse.

—Pasa —le dijo Ada.

Suaves pasos sonaron sobre la alfombra al tiempo que un olor a rosas

inundó la habitación, el sonido de algo siendo depositado encima de la mesita y una mano rozó la suya.

—Le he traído el desayuno.

—No me trates de usted —dijo Ada. —¿Cuántos años tienes? Por tu voz pareces más o menos de mi edad.

—Es verdad —dijo Camille mientras reía—. Tengo 20 años. Soy la hija de Mary, ella es la que cuida el apartamento cuando el Sr. Awada no está. Ayer la llamó y le pidió si podía acudir para ayudarte.

—Me llamo Ada. Tengo 24 años, soy un poco mayor que tú, pero no tanto como para que me trates de usted —le dijo con un sonrisa.

—Toma —dijo Camille poniendo una taza de café entre sus manos—. El señor me dijo que desayunabas café. Espero que no esté muy caliente.

—Está perfecto, gracias.

—En cuanto desayunes te ayudaré a vestirte, peinarte y maquillarte. Vas a ser una novia preciosa. No sabía que el Sr. Awada tenía novia, nunca traje ninguna aquí, o eso me dijo mi madre —dijo Camille atropelladamente—. Mi madre se alegró mucho cuando le dijo que iba a casarse, no se lo podía creer. Ya verás cuando le cuente lo hermosa que eres.

—Gracias. Eres muy amable conmigo.

Mientras Ada terminaba su desayuno estuvieron charlando de todo tipo de cosas. Si bien su padre no le permitía ir a ningún sitio sin él, le gustaba que estuviera informada de lo que ocurría en el mundo. Tenía acceso a un ordenador con un teclado en braille y con un comando de voz. Podía navegar por internet y conversaba de forma habitual con el personal de los hoteles en los que se alojaba y con su equipo de seguridad.

Conocía la teoría de muchas cosas, lo que no se le permitía era llevarlas a la práctica si su padre no estaba presente, e incluso en ese caso, había muchas cosas para las que su padre no la consideraba capacitada por su

condición de invidente.

—Cuando te vea Rashid va a quedar impactado —dijo Camille admirándola cuando había acabado—. Estás preciosa.

El vestido entallado hasta la cintura, se abría en un pequeño vuelo desde la cadera, sin resultar demasiado voluminoso. Cuando caminaba se abrazaba a sus piernas insinuando su figura. Era blanco, con una capa superpuesta de encaje dorado que formaba figuras geométricas y simulaba el efecto de que estuvieran bordadas sobre el vestido.

El dorado cabello estaba recogido en lo alto de la cabeza y coronado por una tiara de oro con diamantes que Rashid había traído la noche anterior junto con un collar y pendientes a juego, todo ello sin resultar ostentoso.

Los zapatos eran tan bien blancos con un brocado dorado y algo de tacón. El maquillaje era suave pero hacía que sus ojos plateados destacaran aún más.

—¿Crees que le gustará? —preguntó Ada con un hilo de voz. Tenía la sensación de que iba a vomitar de un momento a otro. Se arrepentía de haber desayunado, esperaba que su boda no comenzara con ella cubriendo de vómito a su marido.

—No, no le gustará —dijo Camille con una sonrisa—. Le encantará. ¿Lista?

—La verdad es que no. Estoy aterrorizada. ¿Te importaría darme la mano?

—Por supuesto que no.

Camille se acercó a ella y la condujo de la mano hasta la puerta del dormitorio. Una vez allí esperó mientras Ada hacía un par de inspiraciones profundas para tranquilizarse. Cuando se consideró preparada, le dijo:

—Gracias Camille. Estoy lista.

Rashid llevaba más de diez minutos esperando cuando oyó que se

abría la puerta del dormitorio.

Cuando la vio se quedó sin aliento. Parecía una princesa sacada de un cuento de las Mil y una noches. Era tan hermosa. Nunca hubiera imaginado que podría ser tan afortunado. Sintió un deseo tan desgarrador que tuvo que apoyarse en la mesa para no caer frente a ella de rodillas.

—¿Qué te parece? —dijo Ada con timidez.

Rashid no dijo nada. No confiaba en su propia voz. Se acercó a ella y le dio un dulce beso en los labios. Su intención no era llevarlo más allá, pero al notar el temblor en su boca no pudo resistir el abrazarla y profundizar el beso. Lamió sus labios suavemente cuando sintió, más que oyó, el gemido que se escapó de la boca de Ada. Mordió juguetonamente su labio inferior, lamentando que no estuvieran solos para poder dar rienda suelta a todos los deseos que estaba sintiendo por ella.

Con un suspiro rompió el beso y sin dejar de abrazarla apoyó su frente en la de ella diciendo —me estás matando.

Ada rió nerviosamente al tiempo que decía. —No tengo claro quien está matando a quien.

—Ehh... dijo Camille un poco avergonzada —deberíamos ir yendo.

Rashid pareció percatarse en ese momento de su presencia. La miró con dureza lo cual la hizo sonrojarse con incomodidad.

—Efectivamente —dijo cogiendo la mano de Ada al tiempo que se dirigía a la puerta.

VII

La ceremonia se realizó en el registro civil. Además de Rashid y Ada, sólo estaban presentes Camille y Hassan, su jefe de seguridad, haciendo de testigos.

En apenas media hora ya estaban en la limusina de vuelta al apartamento. Ada no podía parar de tocar el anillo que Rashid le había puesto en el dedo, éste le había dicho que cuando llegaran a su país harían los trámites necesarios para legalizar allí el matrimonio.

Había encargado una comida en el propio apartamento a la que invitó a Camille y a Hassan para discutir con éste último los detalles del viaje del día siguiente ya que a primera hora viajarían rumbo a su nuevo hogar en la ciudad de Bakara.

Ada fue incapaz de comer nada, en lo único que pensaba era en que después de la comida se quedarían solos y no sabía muy bien que esperar, suponía que Rashid querría consumar el matrimonio, a fin de cuentas por eso se había casado con ella, sólo esperaba que no le hiciese daño, pero la verdad es que estaba aterrorizada, tenía el estómago completamente cerrado y unas ganas horribles de vomitar.

Rashid no le podía quitar la vista de encima a su mujer. El conocimiento de que era su mujer le calentaba de maneras que nunca hubiera podido imaginar, el hecho de que fuera ciega le permitía observarla a sus anchas sin que ella fuera consciente de ello y por eso, sabía que estaba asustada. No había comido nada y aunque trataba de disimularlo le temblaban las manos.

Le hubiera gustado echar a Camille y a Hassan y quedarse a solas con ella, pero temía que si notaba su deseo eso la asustaría aún más, así que reuniendo toda su fuerza de voluntad fingió que todo transcurría con

normalidad y dejó pasar el tiempo para que se pudiera tranquilizar.

Cuando ya habían pasado un par de horas y todos excepto Ada habían dado cuenta de su comida, le pareció que era el momento adecuado para despedirles.

—Ada y yo os agradecemos la compañía y que hayáis sido nuestros testigos, pero ahora nos gustaría quedarnos a solas —dijo con firmeza para que no tuvieran dudas de que era momento de que se largaran.

Hassan y Camille le miraron como si le hubieran crecido dos cabezas, seguramente nunca les había hablado tan amablemente en su vida, normalmente ladraba órdenes a diestro y siniestro y esperaba que le obedecieran automáticamente. No era un tirano, pero tampoco era una persona amable que se preocupase por los sentimientos de nadie, pero con Ada, quería hacer las cosas bien, no quería que le tuviese miedo y ahora mismo era exactamente eso lo que sentía.

Finalmente cuando se quedaron a solas, la observó durante un momento, Ada no se había movido del sitio, pero le temblaban las manos y respiraba con dificultad.

Rashid se acercó a ella y le cogió delicadamente una de sus manos entre las suyas.

—Shhhh, tranquila —le susurró—. No voy a hacer nada que tú no quieras.

En el momento que pronunció esas palabras, algo se liberó en el pecho de Ada y por primera vez en toda la tarde pudo respirar con tranquilidad.

—Es que... no sé exactamente qué esperas de mí —dijo con voz temblorosa—. Y estoy asustada de no saber qué hacer.

—También es mi primera vez —dijo Rashid suavemente.

—¿Te estás riendo de mí? —dijo Ada frunciendo el ceño.

—No —dijo Rashid sonriendo—. Nunca me he casado ni he estado con una mujer para la que fuese el primero, ni siquiera el segundo o el tercero. Normalmente suelo ser la última opción.

Al oír esto último Ada puso una mano en su boca para que no siguiera hablando.

—Para mí, siempre has sido la primera opción—, substituyó la mano con su boca mordisqueando sus labios como había hecho él esa misma mañana.

Rashid se puso duro automáticamente y sintió deseos de levantarle la falda y tomarla contra la pared. Sin embargo sabía que eso hoy no sería posible. No quería asustarla y tenía la sensación de que si daba rienda suelta a todo lo que quería hacer con ella sería exactamente eso lo que pasaría, así que se apartó de sus labios tratando de tranquilizarse.

La cogió en brazos y la llevó al dormitorio. Quería que hicieran las cosas despacio. Hoy tendría que ser tierno. Delicadamente la dejó sobre la cama y empezó a besarla, primero en la boca y fue descendiendo por el cuello.

Ada estaba abrumada por las sensaciones, se ahogaba y notaba un palpar entre las piernas que le hacían desear cosas, aunque no estaba muy segura del qué.

Rashid comenzó a acariciarle los pechos por encima de la ropa. Cuando esto no resultó suficiente trató de bajar el escote del vestido para poner su lengua sobre ellos, pero se dio cuenta con frustración que no podía, el escote no bajaba lo suficiente. Ada estaba en llamas, lo único que quería era que él pusiera su boca allí, pero el vestido se lo impedía.

—Rómpelo —susurró totalmente excitada.

Rashid se quedó congelado durante un momento. Imágenes de él destrozando el vestido y poseyéndola salvajemente invadieron su mente

—¿Quieres que lo rompa? —preguntó inseguro.

—Rómpelo —dijo Ada en un murmullo angustiado—. No lo soporto más. ¡Rómpelo de una vez!

Rashid no se hizo de rogar. Cogió el cuchillo que siempre llevaba encima y rajó el vestido de arriba abajo.

El contraste del aire frío con el calor que sentía en ese momento por todo el cuerpo le provocaron escalofríos a Ada. Durante un momento Rashid los confundió con temor.

—¿Estás asustada? —preguntó con preocupación.

—No —dijo Ada excitada. Apenas podía hablar, el deseo se lo impedía—. No te detengas por favor —murmuró con angustia.

Rashid rompió el sostén y las braguitas rajándolos con el mismo cuchillo y comenzó a devorar su cuerpo. Primero los pechos que tanto codiciaba y luego fue bajando por el estómago, la cadera y continuó por las piernas, ignorando deliberadamente el hueco entre ellas. Quería que estuviera tan excitada que ella misma le suplicara que le tocara.

Se quitó la camisa rápidamente y puso las manos de Ada sobre su pecho para que pudiera tocarlo. Ella acarició los duros bultos de sus bíceps, pasó los dedos sobre sus abdominales, suspirando de placer ante la sensación. Rashid se acomodó entre sus piernas y ella pudo sentir su dureza firmemente encajada.

El instinto hizo que se frotara contra él y las sensaciones la abrumaron.

—Como sigas haciendo eso, me voy a correr en los pantalones —dijo Rashid totalmente excitado.

—Quítatelos —dijo Ada con urgencia.

Rashid no se hizo de rogar y rápidamente se despojó de los pantalones y los bóxer. Sin embargo no se volvió a colocar entre sus piernas.

Ada no podía respirar, se sentía en llamas, separó las piernas elevando sus caderas al tiempo que suplicaba:

—Rashid...

—¿Qué quieres? —dijo él sin dejar de besarla y lamerla.

—No sé... deseo...

—¡Qué!

—A ti —dijo sin aliento.

—¿Dónde? —quería oírsele decir.

Ada enrojeció sin atreverse a pronunciar las palabras, cogió su mano y la colocó entre sus piernas.

—Aquí —murmuró totalmente excitada.

—Y ahí me tendrás.

Antes de que Ada fuera consciente de lo que estaba haciendo, acomodó su cabeza entre las piernas y lamió su clítoris.

—¡Ahh! —gritó Ada. Sentía como si pudiera salir de su cuerpo, agarró el manojó de sábanas para mantenerse en la cama y no salir disparada.

—Eres el coño más dulce que he probado jamás —gruñó Rashid bajando la cabeza para poner su lengua en ella una y otra vez.

—Rashid, por favor —lloriqueó Ada.

Él continuó lamiéndola hasta que las sensaciones fueron tan intensas que la hicieron romperse en mil pedazos, tuvo que agarrarse al cabecero de la cama mientras los temblores invadían su cuerpo.

Rashid se acomodó entre sus piernas y le susurró al oído.

—Tengo que penetrarte, no puedo resistir más, si sigo viendo cómo te corres, me voy a correr yo también antes de haberte poseído.

Esas palabras junto con el tono ardiente en la que las dijo, provocaron que se volviera a correr en ese mismo instante.

—Santa mierda. No hagas eso. Intento... ir despacio. —Su voz era

tenso al tiempo que la penetraba. Ada movió su cuerpo abriendo más las piernas y Rashid tragó saliva inmovilizándose.

—No te muevas, por favor o no podré resistirlo—. Empujó aún más en su estrechez hasta que sus caderas se movieron hacia adelante con un duro empuje. Un ardiente dolor la atravesó y gritó aferrándose fuertemente a sus brazos.

Las caderas de Rashid retrocedieron saliendo de Ada y volviendo a entrar lentamente, llenándola de nuevo. Esta vez no hubo ningún dolor. Movi6 sus caderas hacia atr6s y hacia adelante haciéndola gemir de placer.

—¿Te gusta esto? —preguntó Rashid en su oído mientras empujaba en su interior.

—Sí —dijo Ada sin aliento—. No pares.

—Aunque quisiera no podría —dijo entre jadeos mientras se movía en su interior.

Ada levantó sus rodillas envolviendo las piernas alrededor de su cintura y empezó a temblar.

—Me voy a correr otra vez.

—Córrete para mí —dijo Rashid al tiempo que incrementaba la fuerza de sus embestidas.

—¡Ahh! —gritó Ada y se aferró a Rashid temblando. Él dejó escapar un grito y se puso rígido e inmóvil antes de bombear en ella una última vez.

VIII

Rashid contemplaba a la mujer acostada a su lado con asombro. Estaba cautivado por su pasión, su dulzura. Aún no había comprendido que había visto ella en él para ofrecerle semejante trato, pero daba gracias al cielo de no haber sido tan gilipollas como para rechazarlo.

Ahora ella era suya, no dejaría que se arrepintiese de su decisión de buscarle. Era una mujer apasionada, lo había podido comprobar a lo largo de la noche. La había poseído de diferentes formas y ella se había manifestado dispuesta a probarlas todas y cada una de ellas y en todo momento había respondido con auténtico entusiasmo. Su pequeña virgen había resultado una viciosa insaciable. Sólo pensar en todas las cosas que le había permitido hacer esa noche hacía que se pusiese duro de nuevo, pero ella necesitaba descansar, así que haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad decidió dejarla dormir y darse una ducha fría. Tenían toda la vida por delante.

Ada abrió los ojos cuando el aroma del café invadió sus sentidos.

—Buenos días, bella durmiente —dijo Rashid con ternura al tiempo que la besaba dulcemente en los labios.

Ada sonrió al tiempo que se estiraba. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo entre las piernas. Notaba una pesadez como si aún le tuviera en su interior y ese pensamiento hizo que se humedeciera. ¿Cómo podía excitarse de nuevo cuando habían estado haciendo el amor toda la noche? ¿Sería eso normal?

Rashid vio cómo se fruncía el ceño de Ada con preocupación. Temía que ahora que se había despertado se arrepintiese de algo de lo que había pasado. Nunca había estado con una virgen, pero incluso con una mujer que no lo fuera sabía que tampoco era normal ese deseo tan grande que le recorría las venas.

—¿Qué ocurre? ¿Te arrepientes de algo? —preguntó Rashid con preocupación. Si era necesario no la tocaría en los próximos días, no quería asustarla.

—¿Qué? ¡No!, por supuesto que no —dijo enérgicamente mientras se mordía el labio.

—¿Entonces qué sucede? No me digas que nada, estoy empezando a conocerte y sé que algo te preocupa. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Es que... Ada se moría de vergüenza ¿Cómo podía decirle que sólo oír su voz y recordar lo que habían hecho la había excitado?

Rashid vio como Ada se ponía roja de vergüenza y eso le irritó, no quería que le ocultase nada.

—¿Qué ocurre? Es mejor que me lo digas o empezaré a imaginarme cosas.

Ada se puso más roja todavía. Se sentó en la cama y tragó con dificultad.

—Es que me da mucha vergüenza —murmuró.

—Dime, por favor —añadió Rashid levantándole la barbilla con un dedo—. Soy tu marido, puedes decirme cualquier cosa.

Tomando una inspiración profunda dijo rápidamente antes de arrepentirse.

—Es que estoy mojada y no sé si eso es normal, quiero decir, siempre he oído que los hombres se excitan con cualquier cosa, pero no sé si en una mujer es normal y no sé si te molesta y supongo que lo de anoche no es lo habitual y no sé lo que esperas de mí —dijo atropelladamente.

Rashid no fue capaz de decir nada. Ada había hablado tan rápido que tardó unos segundos en procesar lo que había dicho. Que estaba mojada ¿Mojada? ¿Se refería a excitada? Sólo pensar en ello hizo que se pusiera duro

como una roca. Él pensando que se había pasado esa noche y que no debería tocarla en unos días y ¿ella se había levantado excitada?

Como no quería malentendidos entre ellos dijo muy suavemente:

—Cuando dices que estás mojada ¿Te refieres a que estás excitada? ¿Deseando que te toque?

Ada enrojeció de nuevo pero en lugar de contestar cogió la mano de Rashid y la introdujo entre sus piernas para que él mismo notara sus bragas totalmente mojadas por la excitación.

—¡Dios! ¡Ada! —exclamó Rashid introduciendo uno de sus dedos en su coño goteante. Lo sacó y lo chupó al tiempo que murmuraba. —Esto es néctar de dioses.

Volvió a introducir uno de sus dedos, provocando que Ada jadeara en respuesta.

—Túmbate y ábrete para mí.

Ada no se hizo de rogar, separando totalmente sus piernas y empujando con sus caderas para que introdujera el dedo más profundamente en su interior.

—Eres una chica muy mala y te voy a tener que castigar —susurró introduciendo dos dedos más en su interior.

Se apartó de la cama para desnudarse rápidamente, dejando encima de la mesita el cuchillo que siempre llevaba encima. Le separó aún más las piernas y empezó a lamerle el clítoris. Los jadeos de Ada se fueron intensificando hasta que los temblores invadieron su cuerpo y gritó su nombre.

—No te muevas —dijo Rashid levantándose de la cama.

Aunque Ada lo hubiera deseado, no hubiera podido ir a ningún sitio, estaba destrozada.

Rashid tardó unos minutos en volver y cuando lo hizo le dijo —no

quiero que te asustes pero quiero probar algo ¿me dejas?

Ada no se veía capaz de negarle nada. —Confío en ti.

Rashid cogió uno de sus brazos y lo estiró hasta que tocó el cabecero, muy suavemente le ató el brazo con algo que parecía terciopelo.

—¿Estás asustada? ¿Puedo atarte el otro brazo?

Ada no sólo no estaba asustada sino que el hecho de encontrarse inmovilizada la estaba excitando más.

—Átalo —dijo con suavidad.

Rashid no se hizo de rogar, cogiendo el otro brazo lo inmovilizó y se puso de pie contemplándola.

Verla tumbada en su cama, desnuda, atada y con las piernas totalmente abiertas, ofreciéndose a él hizo que se pusiese más duro de lo que se había puesto nunca.

Introdujo un dedo en su interior, Ada dio un salto, jadeando y levantando las caderas.

Rashid jugó con ella metiendo y sacando un dedo primero y dos dedos después hasta que Ada no pudo más y empezó a suplicar.

—¿Qué quieres? —dijo Rashid dándole sus dedos a chupar para que conociese el sabor de su propia excitación.

—Quiero que me folles.

—Oblígame —dijo Rashid acomodándose entre sus piernas pero sin llegar a introducir su polla.

Al tener las manos atadas Ada no sabía qué hacer. Levantó su cadera buscando su polla y empujó su culo con las piernas para obligarle a penetrarla.

Rashid golpeó fuertemente en su interior provocando en Ada un grito de placer.

—¿Te gusta así, duro?

—Sí —dijo Ada entre jadeos, las sensaciones eran intensas—. No pares.

Rashid continuó al mismo ritmo, martilleando en su interior, dentro y fuera, dentro y fuera. De pronto se detuvo, cogió el cuchillo y cortó las cintas que ataban sus muñecas, salió de su interior y violentamente la giró sobre su estómago para poseerla por atrás.

El impacto de su polla en su clítoris fue tan fuerte que Ada pensó que se iba a desmayar, sintió como si se rompiera en mil pedazos y después de un par de empujes Rashid la siguió.

—Joder. —dijo Rashid sin aliento—. Nunca había sentido algo así echando un polvo. Ha sido brutal.

Ada aún estaba temblando con las réplicas del orgasmo que había tenido, no podía hablar, estaba agotada.

Rashid salió de su interior, extendió la sábana para cubrirlos y la abrazó por detrás.

—Duerme, paloma mía. Estás agotada.

Ada se durmió abrazada a él sintiendo su calor.

Horas más tarde cuando Ada volvió a despertar, oyó a Rashid que le decía — Ya era hora, paloma mía. Tienes que vestirte, tenemos un avión que coger para ir a nuestra casa.

Oírle decir nuestra casa, calentó su corazón. Con una sonrisa se giró hacia el sonido de su voz y se estiró perezosa como un gato.

—Humm, se está tan a gusto en la cama, no sé si podré levantarme.

—Más vale que lo hagas o tendré que llevarte desnuda como estás — dijo Rashid acariciándole el culo.

Ada movió las caderas hacia atrás dándole mayor acceso.

Rashid gimió mientras decía —eres insaciable —y depositó un beso

en su estómago —lamentablemente no tenemos tiempo para esto por mucho que me gustaría. Hay que coger un avión. ¿Qué ropa deseas ponerte?

Rashid sacó de la maleta la ropa que ella le pidió. No la había colgado en el armario, porque sólo iban a pasar una noche allí, no merecía la pena sacarla para tener que volver a meterla al día siguiente.

Ada escuchaba la voz de Rashid embelesada. Cada vez que recordaba lo que habían hecho durante la noche y esta misma mañana no podía evitar sentir una gran vergüenza, ¿qué pensaría él de ella? en realidad no había dicho nada.

—¿En qué piensas, paloma mía?

Ada se sonrojó más profundamente pero realmente quería saber.

—Pensaba... No sé... Si tal vez....

Rashid cogió sus manos y besándolas le dijo —¿qué quieres saber?

—Yo me preguntaba... —no sabía cómo preguntarle, finalmente respiró profundamente y murmuró —¿lo he hecho bien? Quiero decir... no sé lo que esperabas de mí... espero que no te hayas arrepentido.

Rashid la miraba boquiabierto, ¿qué decía? Cuando pudo reaccionar tiró de sus manos sin decir nada hasta que la sentó en su regazo, levantó su barbilla con un dedo y la besó dulcemente en los labios.

Ada respondió al momento introduciendo la lengua en su boca lo que provocó que Rashid profundizase el beso que tuvo que interrumpir al cabo de unos segundos, porque si continuaban así no iba a poder parar e iba a poseerla de nuevo sobre la mesa.

Cerrando los ojos apoyó su frente sobre la de ella tratando de tranquilizarse al tiempo que decía:

—¿Arrepentirme? ¿Cómo puedo arrepentirme? Eres una diosa. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo que sentí, lo que siento estando contigo no lo he sentido en la vida. La forma en la que respondes a mis besos,

a mis caricias, jamás lo hubiera esperado.

Ada no pudo evitar al escuchar esas palabras que lágrimas de alegría se formasen en sus ojos.

—No puedo ver —dijo al tiempo que acariciaba su rostro —pero puedo sentir con mucha más intensidad que los demás, quizás por eso soy tan sensible a tu tacto.

—Lo único que sé es que ninguna mujer había respondido así ante mis caricias y el hecho de que seas tú, mi esposa, la que lo haga, me hace el hombre más feliz del mundo. Y ahora, paloma mía, será mejor que nos demos prisa, porque tenemos un avión esperándonos —dijo Rashid al tiempo que la levantaba de su regazo y le daba una palmada en el culo.

Al cabo de media hora, estaban sentados en el avión en dirección a Mulak, el país en el que residía Rashid. Tenía propiedades en diferentes lugares del mundo, pero donde se encontraba más a gusto era en su casa de Bakara, allí era donde vivía cuando no estaba viajando por negocios.

Ada no podía evitar comparar este viaje con el del día anterior, lo asustada que había estado pensando que su padre podría encontrarla e impedir la boda y sin saber muy bien que esperar de su futuro esposo.

Al poco de despegar. Rashid se levantó de su asiento y cogiéndole la mano le dijo —ven —. Ada no preguntó, simplemente le siguió.

Cuando llegaron a la habitación del avión, Rashid cerró la puerta la abrazó por detrás y violentamente la empujó contra la pared mientras le susurraba al oído —voy a hacerte lo que deseaba hacer ayer —sin más palabras levantó su vestido, rasgó su ropa interior, se sacó la polla de los pantalones y la introdujo en su interior de una sola embestida.

—Estás empapada —jadeó Rashid a la vez que salía completamente para volver a entrar con fuerza en su interior.

Ada gritó de placer. A medida que él bombeaba en su interior, sintió

como las piernas le fallaban y se rompía en mil pedazos. Sin darle un momento de respiro, Rashid la giró sobre sí misma, le abrió las piernas elevándola con sus brazos y volvió a entrar en su interior. Tras empujar un par de veces ambos se quedaron inmóviles corriéndose al mismo tiempo, dejándolos temblando y jadeando.

Sin salir de su interior, Rashid se giró con ella en brazos y la tumbó en la cama acomodándose entre sus piernas. Depositó suaves besos en su cuello mientras se acompasaban sus respiraciones.

—¿De verdad querías hacer esto ayer? —dijo Ada en el momento que encontró las fuerzas para hablar.

Rashid se rió en su cuello al tiempo que decía —No te imaginas las fantasías que he tenido contigo desde que te conocí, pero no quería asustarte.

—Pues está claro que no me asusto fácilmente —dijo Ada con una sonrisa.

—El que está asustado soy yo —dijo Rashid abandonando su cuello para depositar un beso en su boca.

—¿Asustado? ¿de qué?

—De que no seas real. De que todo esto sea producto de mi imaginación.

—Soy muy real —dijo Ada —y tengo toda la vida para demostrártelo.

IX

Por mucho que a Rashid le hubiera gustado permanecer en la habitación con Ada, decidió que era mejor dejarla descansar. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo, así que la ayudó a despojarse de la ropa y la dejó para que durmiera prometiéndola que la despertaría poco antes de aterrizar.

Cuando ya empezó a divisar el conocido paisaje de su país Mulak, despertó a Ada informándole que en breve aterrizarían en Bakara.

Ada estaba muy nerviosa. No sabía si su padre ya habría descubierto que había huido con Rashid y estaría esperándoles o no.

En el momento que abrieron la puerta del avión para descender, Rashid cogió su mano y depositando un beso en ella dijo: —bienvenida a mi país.

Con esas sencillas palabras le hizo sentirse mejor, la ayudó a descender por la escalerilla y subirse al coche que la llevaría a su nuevo hogar.

—Mi padre adoraba a mi madre —empezó a decir Rashid mientras acariciaba su mano con un dedo de forma distraída, sumergido en los recuerdos—. La conoció en uno de sus viajes al extranjero, se enamoró de ella y tuvieron un breve romance, le propuso matrimonio y quiso traerla a vivir con él a Mulak —quedó en silencio unos segundos antes de continuar—. Ella jamás aceptó. Nunca le dijo que había quedado embarazada y a pesar de que se cartearon durante toda su vida, ella jamás le contó de mi existencia, por temor a que él me llevara de su lado.

Ada quedó impactada por lo que le contaba.

—¿Nunca se volvieron a ver?

—No. Él se lo pidió infinidad de veces, pero ella nunca aceptó por temor a que él descubriera que yo existía.

—¿Y ella te contó alguna vez quien era tu padre?

—No. Me enteré tras su muerte. Murió de cáncer cuando yo tenía 15 años. Meses antes de su muerte dejó escrito en su testamento que contactaran con mi padre para que él se hiciera cargo de mí.

—Pero, no entiendo ¿si no le amaba porqué se carteó con él durante toda la vida?

—Porque en realidad sí le amaba, pero no quería vivir aquí, ni que lo hiciera yo.

—Pero eso fue muy egoísta por su parte.

—Lo sé. Mi padre le suplicó durante años que viniera, de hecho construyó su casa pensando en ella, le encantaban los jardines así que diseñó un jardín interior pensando en ella, pero jamás lo conoció. Mi padre murió con el corazón roto, me juré que jamás permitiría que me hicieran algo así.

Ada sintió una gran tristeza, era una historia horrible, lo que no sabía era porqué Rashid se la había contado, ¿era una advertencia? ¿le estaba avisando de que nunca la amaría? Era un poco tarde, porque ya estaba enamorada de él.

—Tras la muerte de tu madre ¿fue cuando viniste a vivir aquí?

—Sí. Amaba a mi madre, pero me sentí muy decepcionado cuando descubrí las mentiras que me había dicho toda mi vida, nos mantuvo separados a mi padre y a mí durante 15 años y si no hubiera muerto seguramente nunca me hubiera enterado.

—¿Cuándo murió tu padre?

—5 años después.

—¿Fue cuando sucedió lo de Anvard?

—Sí. —dijo soltando su mano de su agarre.

Ada notó el cambio en su tono de voz, así que decidió no seguir preguntando, aunque ardía en deseos de hacerlo. Conocía la historia oficial de

lo que había pasado, pero quería que él se la contara, no porque pensara que podría no ser cierto lo que decían, sino porque le hubiera gustado conocer los motivos que le habían impulsado a realizar los horribles actos que le habían hecho ganarse el sobrenombre de “El carnicero de Anvard”.

El viaje continuó en completo silencio, no volvió a acariciar su mano y no fue hasta después de un rato que le escuchó decir:

—Llegamos. —dijo cogiendo su mano para descender del vehículo—. Mañana podrás conocer el exterior, pero hoy lo dedicaremos a que puedas orientarte por el interior de la casa, la casa está rodeada por jardines que ocupan varias hectáreas, allí están las caballerizas y el helipuerto. La casa mide 2000 metros cuadrados, es importante que puedas recorrerla entera porque quiero que puedas ser independiente en ella. Tiene dos plantas, pero para acceder a la planta baja no hay escaleras.

La condujo de la mano al interior de la casa. Al entrar llamó a la mujer que supuso que hacía las funciones de ama de llaves.

—¡Fatimah!

—Buenos días, señor Rashid —dijo una mujer en inglés pero con un profundo acento.

—Le presento a mi esposa Ada Awada.

Durante unos segundos la mujer llamada Fatimah no dijo nada. Ada notó la confusión en su voz cuando balbuceó:

—¿Su esposa? Pero...¿se ha casado?

—Ayer mismo —dijo Rashid con humor —la conocí, nos enamoramos y nos casamos.

Aunque sabía que no era cierto, el oírle decir que se habían enamorado le calentó el corazón, por lo menos por su parte era cierto.

—Encantada —dijo Fatimah y después de unos instantes de silencio —señora....

—La señora no puede darte la mano porque es ciega y no sabe que se la has tendido.

Ada se dio cuenta en esos instantes de silencio de que Fatimah había extendido su mano para estrechársela y se había quedado cohibida al ver que ella no le correspondía.

—Perdone Fatimah —dijo Ada con una sonrisa extendiendo su mano —no quiero que piense que soy una grosera.

—No, no —se apresuró a contestar Fatimah al tiempo que unía su mano con la suya —perdóneme a mí, pero es que no me había dado cuenta.

—Mi esposa como comprenderás va a necesitar una persona que la ayude en determinados aspectos. Quiero que le digas a tu sobrina Sabin que me gustaría que partir de ahora ayudara a mi esposa en aquellas cuestiones que por su condición de invidente no pueda realizar sola.

—¿Mi sobrina? —balbuceó de nuevo Fatimah, estaba totalmente sorprendida.

—Sí tu sobrina —repitió Rashid —¿va a suponer un problema? Si ella no desea hacer ese trabajo podemos contratar a otra persona para acompañar a mi mujer, pero preferiría que fuera ella, ya que es una persona de confianza y lleva tiempo diciendo que quiere trabajar en verano para tener algo de independencia económica.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Fatimah rápidamente. —No se preocupe, se lo comunicaré y estoy segura de que estará encantada, perdone pero es que todo esto me ha pillado de sorpresa y estoy un poco en estado de shock.

—Ahora voy a hacer un recorrido por la casa con mi esposa. Tiene que conocerla bien para poder desplazarse por ella sin ayuda, informa a todo el mundo que procuren no cambiar ningún mueble de sitio, ni dejar sillas apartadas, cualquier cosa que pueda provocar que tropiece si no cuenta con

ello.

—Sí, señor Awada, informaré de ello a todo el mundo.

—No quiero agobiarla presentándole a todos a la vez, así que diles que según la vayan conociendo se vayan presentando.

—Está bien, se lo diré.

—Ven, paloma mía. Voy a enseñarte tu nuevo hogar.

Con esas palabras cogió a Ada de la mano dejando a Fatimah con la boca abierta. Jamás hubiera pensado que le escucharía hablar tan delicadamente a una mujer.

Mientras caminaban Rashid iba diciéndole a Ada en qué habitación entraban, describiéndole cual era y esperando mientras recorría el interior de la misma, indicándole dónde estaba situado cada uno de los muebles que componían la estancia.

Ada la iba recorriendo con la mano, tropezando en ocasiones, pero poco a poco fue haciéndose una composición de su nuevo hogar.

Empezaron por la planta de abajo, el salón, la cocina, el comedor, el despacho de Rashid, la biblioteca, un par de baños y los dormitorios de los empleados. En este caso Ada avergonzada le dijo que no quería entrar en ellos sin que lo supieran los empleados, no le parecía bien entrar y empezar a tocar sus cosas, era como una violación de su intimidad.

—La casa es mía y ellos trabajan para mí. Como mi esposa tienes todo el derecho a entrar en las habitaciones y si necesitas tocar para ver, pues que así sea —dijo Rashid con enfado.

—Es una violación de su intimidad —protestó Ada enérgicamente, negándose a entrar en los cuartos.

—A la mierda su intimidad.

—No quiero entrar y no me vas a convencer —dijo Ada con terquedad.

—Aghh! Haz lo que quieras. Ven, quiero enseñarte el jardín interior.

La condujo por un pasillo que iba a dar al jardín. Medía casi 300 m².

Rashid le explicó que el dormitorio principal de la casa tenía una terraza que asomaba al jardín interior y hacía a su vez de tejado, de forma que cuando llovía aun así podría estar en una parte del jardín sin mojarse. De la planta de abajo, únicamente su despacho y la biblioteca permitían ver el jardín. En la planta superior, sólo se veía desde la terraza del dormitorio principal, el resto de las ventanas de dicho dormitorio asomaban al jardín exterior.

—Mi padre lo diseñó pensando que cuando estuviera en casa trabajando, siempre podría contemplar a mi madre en el jardín ya que ella adoraba los jardines, lo diseñó pensando en ella.

Rashid abrió una puerta que conducía al famoso jardín y el olor de las flores invadió los sentidos de Ada, así como el sonido calmante de una corriente de agua.

Se adentró y los cálidos rayos del sol acariciaron su rostro.

—Me encanta —dijo a Rashid girando sobre sí misma con los brazos extendidos, aspirando profundamente para captar el olor de las flores.

—Si apenas has entrado —dijo Rashid riéndose— ¿cómo puedes decir que te encanta?

—Cierra los ojos —dijo Ada al tiempo que ponía sus manos en su rostro para cerrarle los párpados. —¿Qué oyes?

Rashid poco acostumbrado a prescindir de la vista, al principio no supo qué decir, pero pasados unos segundos oyó el sonido que producía el agua al caer por la cascada artificial que cubría un lateral del jardín, el roce del viento en las hojas. Inhaló el aroma de las flores, sintió el calor del sol en su rostro y se dio cuenta de que Ada tenía razón. Incluso sin verlo, el jardín era precioso.

—Descríbemelo. —Pidió Ada entusiasmada— ¿Qué colores tiene?

—¿Los colores? Pero, ¿no naciste ciega? ¿Qué sentido tiene que te diga los colores si no los puedes ver?

—No nací ciega, perdí la visión con 4 años, en un accidente de coche en el que murió mi madre, pero aún recuerdo los colores: el azul del cielo, el amarillo del sol. Descríbeme el jardín, pero no uses colores como el magenta —dijo Ada riéndose— porque entonces sí que no voy a saber de qué me hablas.

—Yo tampoco sé que color es el magenta, así que no creo que haya problema —contestó Rashid con una sonrisa.

—Lo que más destaca es el verde, como te imaginarás, pero a la izquierda tenemos tulipanes rojos —cogió su mano y la acercó a las flores para que pudiera acariciarlas, —más adelante unas flores de color negro, creo que son Iris, la flor nacional de Jordania, pero lo que más hay son rosas, la flor favorita de mi madre. Todo el jardín está dedicado a ella, hay rosas rojas, blancas, amarillas, rosas...

A medida que iba nombrando las diferentes flores iba guiándola por el jardín para que pudiera tocarlas y aspirar su aroma.

Finalmente llegaron a la parte de la cascada y allí la condujo a lo que parecía una especie de columpio en la que se podrían echarse un par de personas y que estaba situado en la parte cubierta del jardín, bajo la terraza de la habitación.

—Aquí era donde mi padre se imaginaba a mi madre tumbada, disfrutando del jardín. Puso aquí el columpio, no sólo porque se veía desde la ventana de su despacho, sino porque al estar en la parte bajo la terraza del dormitorio, podría venir incluso cuando lloviera. Él sabía que a ella le encantaba contemplar la lluvia. Por supuesto ella nunca conoció este jardín —terminó Rashid con dureza.

—Ven, tumbate a mi lado —susurró Ada tirando de su brazo.

Rashid se dejó guiar y se tumbaron juntos en el columpio, cerró los ojos y sintió una gran paz. Tumbado, con el sonido del agua cayendo por la cascada, con esa hermosa mujer a su lado que le daba dulces besos en la cicatriz que cubría su rostro, por primera vez entendió a su padre. Aunque había conservado el jardín tal y como él lo había diseñado en vida, se avergonzaba de él, de su debilidad. Nunca había entendido el amor que había sentido por su madre, pero en ese momento comprendió lo que había buscado toda la vida, esa paz, esa... ¿felicidad? No estaba muy seguro si era eso, puesto que nunca lo había sentido, sólo sabía que haría lo que fuera necesario para no perderlo, para no perderla a ella.

La abrazó ferozmente y la besó con toda la pasión y desesperación que sintió en su interior ante el mero pensamiento de perderla y Ada le correspondió en igual medida. Pasado un rato Rashid se apartó de Ada interrumpiendo el beso y le dijo:

—Por mucho que deseara tomarte aquí mismo, temo que nos interrumpen en cualquier momento, no están acostumbrados a que haya una mujer aquí.

—¿Nunca has traído a ninguna?

—A mi casa no. ¿No te informaron tus fuentes del tipo de mujer con las que me suelo relacionar?

Ada enrojeció avergonzada.

—Sé que te gustan las prostitutas y que has tenido muchas amantes, mujeres casadas. Es... por eso... no fue capaz de continuar, se moría de vergüenza.

—¿Qué me gustan... determinadas cosas? ¿Cómo atarte? ¿Piensas que por eso suelo recurrir a prostitutas? —terminó Rashid por ella.

—¿Y no es así? —dijo Ada con audacia.

—En parte sí y en parte no. Conozco perfectamente lo que se dice de mí y lo que provocan mis cicatrices en las mujeres. Las dulces y virginales suelen huir de mí como la peste, salvo alguna loca que hay por ahí —dijo mirándola con una sonrisa al tiempo que depositaba un tierno beso en sus labios—. Pero hay un gran número de mujeres casadas que desean sentir emociones fuertes y piensan que acostarse conmigo se las proporcionará. Esas son las peores, son unas zorras dispuestas a traicionar a sus maridos, así que disfruto tratándolas con dureza, aunque es cosa de una vez, nunca me vuelvo a acostar dos veces con ninguna. Luego están las que buscan un marido rico y aunque les causo cierta repugnancia hacen de tripas corazón, así que con ellas pongo en práctica mis mayores perversiones, son peores que las prostitutas, así que por lo menos que se lo ganen. Y por último están las prostitutas de verdad. Son las más honestas, hacen todo lo que les pido, les pago y se van. Pero a ninguna de estas mujeres las he traído a mi casa.

—¿Y el amor? ¿Nunca te has acostado con una mujer que amaras?

Rashid se quedó en silencio y acercándose a su oído le susurró —
Hasta ayer, no.

El corazón de Ada se detuvo durante un segundo. ¿Había dicho lo que había entendido?

—¿Ayer? —susurró con voz temblorosa al tiempo que gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Sí, ayer —repitió Rashid besando el rastro dejado por sus lágrimas. Ya entiendo la diferencia entre follar y hacer el amor, tú me lo has enseñado.

—Yo también te amo —dijo Ada con una sonrisa.

Rashid sintió una calidez tan grande en el pecho, nunca se había sentido así con ninguna mujer.

—Ven, paloma mía, o te termino de enseñar la casa o te poseo aquí mismo.

Ada se levantó riendo y salieron juntos del jardín.

Rashid le enseñó el resto de la casa. Fue presentándole a las personas que allí trabajaban según se las iban encontrando, excepto a la sobrina de Fatimah ya que parecía que ese día había salido y no llegaría hasta la noche. La llevó hasta la escalera que conducía a la planta superior, contaron los escalones que componían la escalera y con paciencia esperó tranquilamente mientras ella recorría cada dependencia como ya habían hecho con la planta baja, hasta que finalmente la llevó hasta el dormitorio principal.

Era enorme, por lo que Rashid le explicó medía 30 m², tenía amplios ventanales y una de las paredes era enteramente de cristal con una puerta que daba a una terraza de unos 15 m² suspendida sobre el jardín interior en el que habían estado.

—Puedes hacer los cambios que desees en la casa y en el dormitorio.

—¿Para qué? Si no lo puedo ver —dijo Ada riéndose.

Rashid la atrajo a sus brazos cogiéndola por detrás y apoyando su barbilla en el hombro le dijo —tócalo todo, huélelo todo y aquello que no te guste lo cambiamos.

—¿Qué lo huele? —Ada no podía parar de reírse —¿te crees que soy un perro?

—No, —dijo Rashid depositando dulces besos en su cuello— creo que eres una mujer hermosa y muy sensible y mi mayor deseo es que seas feliz, así que si hay algo que no te guste, por el motivo que sea, quiero que lo cambies. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Ada suspirando de felicidad.

—Ahora paloma mía, llevamos mucho tiempo recorriendo la casa, descansa un poco. Mientras tanto voy a trabajar un poco en el despacho y en cuanto esté la comida subo a buscarte. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias por dedicarme tanto tiempo, sé que tendrás muchas

cosas que hacer.

—Ahora mismo tú eres lo más importante para mí. No lo olvides.

Depositando un suave beso en su frente salió del dormitorio dejándola para que descansase.

Mientras recorrían la casa, alguien del personal había traído su equipaje y toda su ropa estaba colgada en el armario, así como sus artículos personales dispuestos en el tocador.

Ada se acostó en la cama pensando cómo había cambiado su vida en tan sólo 48 horas. Sin darse cuenta, en minutos se quedó dormida.

X

—Despierta paloma mía.

Dulces besos sacaron a Ada de su sueño, se desperezó lentamente, mientras las manos de Rashid recorrían su cuerpo.

—Hermosa visión. ¿Serás mi postre?

—Si lo deseas —respondió perezosamente.

—Humm. Te probaré después de comer. Ahora levanta, la cocinera ha preparado una comida especial para la señora de la casa.

Rashid esperó pacientemente a que se arreglara un poco en el baño antes de bajar y dirigirse al comedor.

—Fatimah ha sacado nuestra mejor vajilla —le comentó Rashid al oído. —La tradición establece que te has de sentar al otro extremo de la mesa, pero les he pedido que te pongan a mi lado, imaginé que lo preferirías.

—Sí —dijo Ada con una sonrisa —me sentiría muy sola tan lejos de ti.

La comida estaba deliciosa y Ada nunca se había sentido tan apreciada. Pero lamentablemente llegó el momento que tanto temía, una llamada al móvil de Rashid interrumpió la cena.

—Déjenlo pasar —dijo Rashid con cierta tensión en la voz.

Ada lo supo. Su padre había llegado.

—Ada...

—Lo sé. Tardó más de lo que pensaba.

—Ven, le esperaremos en el salón, será más apropiado —dijo Rashid tendiéndole la mano.

Ada se sentó en una silla, mientras Rashid esperaba de pie, a su lado pero sin soltarle la mano, dándole su apoyo.

Al cabo de un rato, un alboroto en la entrada anunció la llegada de su

padre.

—¡Quiero verla ahora mismo! ¡Ada! ¡Ada!

—No hace falta que monte un escándalo Sr. Carmichael, su hija está aquí mismo y como podrá ver está perfectamente.

—¡Hijo de puta! —gritó el padre de Ada al tiempo que se lanzaba sobre Rashid para agredirle.

Hassan, el jefe de seguridad se lo impidió.

—Tranquilícese para que podamos hablar civilizadamente —dijo Rashid apretando fuertemente la mano de Ada.

Ada no sabía qué decir, estaba paralizada. Había preparado su plan minuciosamente a lo largo de los meses y creía que estaba preparada para hacer frente a su padre, pero se dio cuenta de que no sabía qué decirle. Era tan grande la decepción que transmitía su voz, que se sintió miserable por haber sido la causante de ese dolor.

Finalmente el padre de Ada se sentó en el sofá, derrotado.

—¡Cómo ha podido hacerme esto! ¡Es un cabrón! ¡Déjela irse!

—Parece ser que está en un error señor Carmichael—dijo Rashid con frialdad—. Parece pensar que yo he secuestrado a su hija o algo parecido, pero la verdad es que ella está voluntariamente conmigo.

—¡Voluntariamente! ¡Y una mierda! ¡La ha secuestrado! ¿Ya se la ha follado? ¿Me la devolverá cuando se canse de ella?

Un gemido se escapó de la boca de Ada al oír las crueles palabras de su padre. Sabía que iba a estar molesto y dolido con ella, pero jamás pensó la crudeza con la que iba a hablar de ella incluso en su presencia.

Rashid estaba furioso ¿cómo podía este hombre estar hablando así de su propia hija?

—Le prohíbo que hable de mi esposa de esa manera —dijo Rashid fríamente. Hablará con ella con el respeto que se merece o le juro que aunque

sea su padre le cortaré la lengua. No sería la primera vez.

En ese momento no era Rashid el tierno amante el que hablaba, sino Rashid “el carnicero de Anvard”. Por primera vez Ada le tuvo miedo, aunque su furia no estaba dirigida hacia ella.

—Rashid —dijo Ada apretando su mano—, quizás debería hablar con mi padre a solas.

—No, viendo como se ha comportado hasta el momento no te voy a dejar a solas con él. Entiendo que tengas que darle alguna explicación, pero no voy a permitir que te falte el respeto. Ahora eres mi mujer, si te falta a ti, me lo está haciendo a mí también.

—De acuerdo, pero por lo menos pídele Hassan y lo demás que se vayan, esta situación es bastante vergonzosa sin la necesidad de más testigos.

Rashid hizo un gesto a Hassan y a sus hombres para que se fueran. Tenía razón, Ada ya lo estaba pasando bastante mal con el comportamiento de su padre para que más personas fueran testigos de ello.

—Tengo que pedirte perdón, —dijo Ada dirigiéndose a su padre una vez que quedaron a solas—. Has sido un buen padre y yo lamentablemente no he sido una buena hija. Rashid te ha dicho la verdad, no me ha secuestrado. Me he ido voluntariamente con él, no sólo eso sino que fui yo la que le busqué y la que le pedí que se casase conmigo.

—No me lo creo —dijo su padre con furia—. ¿Por qué ibas a ofrecerte a este hombre como una vulgar ramera?

Antes de que Ada pudiera reaccionar, Rashid se soltó de su agarre y le dio un puñetazo a su padre.

—Le he dicho que no le hable a mi mujer de esa manera —dijo totalmente furioso.

—Rashid, por favor —dijo Ada con voz temblorosa mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

Rashid trató de tranquilizarse. No creía que su esposa fuera a apreciar que matase a su padre, pero le estaba costando resistirse.

—Sólo pídemelo y le cortaré la lengua —dijo Rashid cogiendo su rostro entre las manos.

Ada no pudo evitar reírse al tiempo que lloraba.

—Rashid. No puedes cortarle la lengua a mi padre.

—¿Por qué no? Así por lo menos aprenderá respeto.

Rashid sacó el cuchillo que siempre llevaba encima y lo dejó encima de la mesa, para que el padre de Ada lo viera. Éste se quedó repentinamente pálido y silencioso. Por fin estaba comprendiendo con quién estaba hablando y que cuando le había amenazado con cortarle la lengua no había sido una amenaza vacía, sino un realidad. Conocía su reputación y de lo que era capaz.

—Padre —dijo Ada con tristeza—. Sé que me amas y yo te amo a ti. Pero tu amor me estaba ahogando. Tengo veinticuatro años y nunca me has permitido hacer nada sola.

—Porque no lo puedes hacer —no pudo evitar decir su padre —¿no recuerdas que eres ciega? —y dirigiéndose a Rashid —¿por eso aceptó? Una mujer ciega le resultará muy fácil de manejar.

—Está colmando mi paciencia. Le estoy permitiendo cosas que no le he permitido a nadie por consideración a Ada, pero todo tiene un límite —dijo Rashid de forma amenazadora.

—Sé que soy ciega —continuó Ada— pero eso no me incapacita para tener un marido o hijos y ¿dónde iba a conocer a un hombre si vivía permanentemente encerrada? Por eso me acerqué a Rashid, le pedí que se casara conmigo y aceptó. No me arrepiento de mi decisión —dijo acercando la mano de Rashid a su boca y depositando un beso en ella—. Entiendo que ahora mismo te cueste aceptarlo, pero espero que en un futuro lo puedas hacer.

—Se cansará de ti —dijo su padre con crueldad—. Cuando te deje tirada, volverás a mí. Mientras tanto no quiero volver a saber nada de ti, mi hija no es una zorra.

Con esas crueles palabras se levantó y salió de la habitación dejando a Ada destrozada.

—Espera un momento Ada, ahora vuelvo —dijo Rashid con furia.

Siguió al padre de Ada hasta que salió de la casa. En el momento que estuvo seguro de que Ada no los oiría le llamó.

—Señor Carmichael, usted y yo no hemos acabado.

—Yo creo que sí. Fóllesela mientras pueda. Cuando se canse de ella y la deje tirada volverá a mí, no tendrá a dónde ir.

Saber que Ada no estaba presente le permitió a Rashid hacer lo que llevaba todo el rato deseando hacer. Sacó el cuchillo que había recogido de la mesa antes de salir, cogió al padre de Ada por el cuello y lo estampó contra la pared.

—Le he dicho a Ada que no le cortaré la lengua, pero creo que eso le ha dado la falsa impresión de que no le amenazaba en serio cuando le dije que no iba a permitir que hablara de esa manera de mi mujer de nuevo —dijo Rashid fríamente.

—Es un matón y no le tengo miedo —replicó el padre de Ada escupiéndole en el rostro.

—Voy a disfrutar con esto.

Sin agregar nada más, Rashid le tiró al suelo poniéndose a horcajadas sobre él. Le agarró la mano izquierda separándole los dedos y sin dudar y con total frialdad, le cortó uno de los dedos con el cuchillo.

Mientras se limpiaba la sangre que había manchado sus manos le entregó el dedo cortado a Hassan que había observado toda la escena sin inmutarse, mientras le decía:

—Cosédselo, no quiero que lo pierda, quiero que le sirva de recuerdo de cómo se tiene que comportar con mi esposa. — Y se levantó dirigiéndose hacia la casa.

Mientras tanto, Ada en el salón, no podía parar de temblar.

—Ven paloma mía —dijo Rashid cuando entró, cogiéndola en brazos. La llevó hasta jardín interior de la casa como si no pesase nada, y una vez allí la depositó en el columpio sentándose a su lado.

—¿Por eso necesitabas a alguien como yo?

Ada no fingió que no sabía a qué se refería.

—Perdóname —dijo con tristeza.

—¿Que te perdone por qué?

—Por utilizarte. Tenía miedo de mi padre y sabía que necesitaba a alguien fuerte, que no se dejase apabullar por él.

—No me has utilizado. Me propusiste un... ¿cómo lo llamaste?... ¿negocio? Y te puedo asegurar que en este caso he sido la parte beneficiada —dijo Rashid con humor.

Ada no pudo evitar sonreír al recordar lo aterrorizada que estaba aquel día. ¿Qué hubiera sido de ella si la hubiera rechazado? Ese simple pensamiento provocó que le abrazara fuertemente al tiempo que le decía.

—Gracias.

—Gracias —dijo Rashid pensativamente—. Creo que eso te lo tengo que decir yo a ti.

Ada intentó hablar pero Rashid le puso un dedo en los labios impidiéndoselo.

—Gracias, por pensar en mí —dijo besándola en la frente—. Gracias, por atreverte a proponérmelo —dijo besándola en los ojos—. Gracias, por entregarte a mí con esa generosidad —dijo besándola en las mejillas—. Y gracias, por amarme —dijo besándola en la nariz—. Perdóname por no ser

mejor hombre, el hombre que tú merecerías y perdóname por ser tan egoísta, porque no creo que jamás pueda dejarte ir —dijo besándola en los labios apasionadamente.

Pasado un rato interrumpió el beso y apoyando su frente en la de ella le dijo:

—Aunque me gustaría hacerte el amor aquí mismo, creo que por hoy hemos dado bastante de que hablar al servicio.

—Creo que sí —dijo Ada con una sonrisa.

—¿Alguna vez te maltrató? —preguntó Rashid fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—No —dijo Ada percibiendo su tensión—. Te juro que nunca me maltrató. —repitió al darse cuenta de que no estaba convencido.

—¿Entonces por qué pensabas que necesitabas a alguien como yo?

Ada no sabía cómo responder a eso. No quería decir en voz alta cosas que no se había reconocido nunca a sí misma, pero que estaban allí, rozando la superficie y que habían originado que estuviese con él y no con cualquier otro hombre.

Sintiendo una desazón muy grande en su interior, se levantó desasiéndose de sus brazos y avanzó por el camino, guiándose por las señales que Rashid había ordenado que colocasen esa misma tarde para que pudiera orientarse.

Se sentó junto a la cascada, dejando que el murmullo del agua tranquilizase su espíritu. Sin embargo, Rashid no iba a dejar las cosas como estaban, acercándose a ella, se sentó a su lado, introdujo su mano en su espesa melena y fue tirando de los mechones provocándole escalofríos de placer que le recorrieron todo el cuerpo.

—Eres tan sensible a mi tacto —dijo Rashid maravillado—. Ninguna mujer había reaccionado así ante mi toque. Eres adictiva.

Lamió su cuello y empezó a darle pequeños mordiscos al tiempo que acariciaba su pecho izquierdo con una de sus manos.

—Dime —murmuró al tiempo que le daba un suave tirón en el lóbulo de la oreja con los dientes—. Dime —repitió metiendo una de sus manos bajo sus faldas, acariciando sus muslos. Apartó sus bragas empapadas con sus jugos e introdujo uno de sus dedos en su interior—. Tan húmeda —dijo cuando lo introducía. Lo sacó lentamente y lo volvió a introducir al tiempo que repetía:

—Dime.

La cabeza de Ada daba vueltas y ya no oía nada. Estuvo metiendo y sacando el dedo de su interior hasta que empezó a notar cómo un orgasmo se iba construyendo en su interior. Rashid dándose cuenta de que estaba a punto de correrse, se quedó inmóvil y volvió a repetir:

—Dime.

—Qué... —balbuceó Ada —¿qué quería que le dijera? ya ni lo recordaba, estaba tan sumergida en las sensaciones que cuando él se detuvo no pudo evitar que un lloriqueo saliera de su boca.

—Por favor —suplicó Ada.

—¿Por favor qué?

—No te pares, sigue —jadeó Ada, moviéndose ella para obligarle a introducir el dedo en su interior.

—Cuando me digas porqué necesitabas a un hombre como yo —le dijo sacando la mano de debajo de sus faldas.

—Eres un cabrón —dijo Ada lloriqueando por la pérdida.

—Dímelo y te follaré aquí mismo, te follaré tan fuerte que pasarán días hasta que dejes de sentir mi polla en tu interior.

Imágenes de ellos follando duramente invadieron la mente de Ada provocando que se corriera en ese momento con un fuerte grito.

—Dios, Ada, me voy a correr yo también sólo viéndote. Dímelo o te juro que por muchas duchas de agua fría que tenga que darme no te voy a tocar en días.

Ada no podía pensar, estaba ardiendo en su interior, lo único que quería era que la poseyera, la simple amenaza de no tocarla en días hizo que sintiera deseos de llorar.

—Yo... —dijo Ada totalmente excitada.

—Dímelo —repitió Rashid volviendo a lamerle el cuello.

—Por favor... no hagas eso. No puedo pensar.

Rashid se apartó violentamente de ella, sentándose a sus pies trató de tranquilizarse ya que en su intento de excitarla hasta que no pudiera pensar, se había excitado también él mismo.

Ada dio una serie de inspiraciones profundas tratando de encontrar el valor para dar vida a los temores que llevaban tiempo persiguiéndole.

—Ya te había dicho que mi padre por mi condición de invidente no me permitía hacer nada por mí misma y que debido a que dice que soy tan bella, tenía miedo de que algún hombre se encaprichara de mí y me llevara contra mi voluntad.

—Efectivamente, ya me lo habías dicho, aunque tengo que reconocer que sus temores respecto a tu belleza son totalmente fundados. Eres una rareza incluso en el mundo occidental, más aún en el árabe. Muchos hombres pagarían auténticas fortunas por poseer a una mujer rubia como tú, de ojos plateados y aunque suene cruel, el hecho de que seas ciega te hace aún más deseable, puesto que te resultaría mucho más difícil defenderte de cualquier cosa que te quisieran hacer.

Ada se sintió enrojecer de vergüenza ante las palabras de Rashid, pero prefirió ignorarlas porque si no, no iba a tener el valor para seguir hablando.

—Hace unos años empecé a sentir deseos... necesidades... y le planteé

a mi padre poder conocer a algún chico de mi edad —prosiguió en voz baja totalmente avergonzada.

—¿Qué ocurrió?

—Reaccionó parecido a como hoy. —Ada no puedo evitar que se formaran lágrimas en sus ojos recordando la humillación de aquel día—. Me insultó. Me dijo cosas horribles —prosiguió con voz temblorosa—. A partir de ese día, empezó a hablarme diferente. A tratarme diferente. Hasta ese momento tenía una doncella que se encargaba de comprarme la ropa, pero de pronto empezó a escogerla él —tragando saliva Ada enmudeció durante unos segundos antes de continuar —incluso la ropa interior.

Rashid notaba una piedra en su interior a medida que Ada hablaba, empezando a sospechar lo que le iba a decir a continuación. Si era cierto lo que sospechaba lamentaría haberle arrancado sólo un dedo, en ese caso, debería haberle arrancado la polla.

—¿Alguna vez te tocó? Sé que eras virgen, ¿pero alguna vez te hizo algo?

Ada enrojeció vívidamente, pero negó fuertemente con la cabeza.

—Hace unos meses, desperté una noche y supe que estaba en mi habitación, fingí que seguía dormida, pero le escuché.

—¿Qué escuchaste?

—Como se masturbaba. —Las lágrimas cayeron libremente por sus ojos. —Al día siguiente le pedí ayuda a mi doncella, algo debía sospechar ella porque no sólo me ayudó sin hacer preguntas sino que consiguió que todo el mundo me ayudara, el personal de seguridad, el de los hoteles. Fue ella la que me sugirió que necesitaba a alguien como tú para hacer frente a mi padre.

—Bendita sea tu doncella —dijo Rashid abrazándola—. Tendrás que presentármela, tengo mucho que agradecerle. ¿Dónde está?

—Se quedó en nuestra casa. Mi padre no le dejó que me acompañara en este viaje.

—¿Quieres que la busque y la traiga?

—¿Harías eso por mí? —Ada estaba feliz pensando que podría volver a estar con ella—. Me encantaría.

—Pues entonces cuenta con ello. La encontraré y la traeré aquí. Y ahora, paloma mía, te he hecho otra promesa que pienso cumplir.

—¿Qué promesa?

—Follarte aquí mismo.

Sin darle tiempo a pensar la tumbó sobre la hierba, le levantó la falda y sacándose la polla de los pantalones la introdujo en su interior de una fuerte embestida.

El placer fue tan intenso que Ada se corrió en ese mismo instante. Rashid continuó embistiéndola una y otra vez, provocándole múltiples orgasmos.

Cuando ya creía que iba a morir de placer, empezó a acariciar su culo con uno de sus dedos introduciéndolo poco a poco en su interior.

—¿Te gusta? —le dijo jadeando con el esfuerzo. La estaba follando tan fuerte que se habían desplazado por el jardín hasta que quedó atrapada contra las paredes de la cascada.

—Sí —dijo con un jadeo, estaba mareada. El placer era brutal.

—Bien —empezó a meter y sacar el dedo volviéndola loca.

Salió de ella y sin darle tiempo a recuperarse la tumbó sobre su estómago, levantó sus caderas con un brazo y le metió la polla suavemente por el culo.

—Ahh! —jadeó Ada. Ya no recordaba la cantidad de veces que se había corrido.

Rashid continuó metiéndola hasta que se introdujo totalmente en su

interior, en ese momento se quedaron inmóviles teniendo un orgasmo conjunto.

Ada temblaba y respiraba dificultosamente. Ni siquiera se habían desvestido.

Rashid salió de su interior y se metió la polla en los pantalones. C cogió a Ada en brazos y se la llevó al dormitorio, todo ello sin decir una palabra. Una vez en el dormitorio la ayudó a quitarse la ropa y a tumbarse en la cama. Se desvistió a sí mismo y la abrazó susurrándole al oído.

—Te amo.

Abrazados y sin decir nada, fue pasando el tiempo hasta que se quedaron dormidos.

XI

Unos firmes golpes en la puerta despertaron a Ada bruscamente. Durante unos segundos no recordaba dónde estaba, hasta que los recuerdos del día anterior la invadieron haciendo que enrojeciera.

Los golpes en la puerta se repitieron.

—¿Quién es? —preguntó dudosa.

Sin esperar a que le dieran permiso. Una joven abrió la puerta y entró.

—Soy Sabin, la sobrina de Fatimah. Mi tía me ha dicho que el señor quiere que sea su dama de compañía.

Ada, tan sensible a los tonos de voz, notó cierto matiz de amargura y de desprecio. No le gustó, pero hasta que Rashid pudiera traer a su doncella, necesitaba a alguien que la ayudara.

—Me llamo Ada. Supongo que te habrán dicho que soy ciega y por eso necesitaré algo de ayuda por tu parte.

El olor de las violetas invadía el cuarto, seguramente provenía del perfume que usaba esa chica, iba a preguntarle cuando ella le dijo en tono altanero.

—Sí. Ya me lo han dicho. No comprendo como Rashid ha podido casarse con una ciega teniendo tantas mujeres a su alrededor que pueden ver perfectamente —le dijo haciendo hincapié en la palabra Rashid.

Ada quedó impactada por la crueldad que se desprendió de sus palabras y no se perdió el hecho de que hubiera llamado a Rashid por su nombre.

—Creo que lo que acabas de decir ha sido muy desagradable —señaló a su vez con dureza—. No creo que a mi marido le agrade —continuó poniendo énfasis a su vez en la palabra marido. Tenía que establecer su lugar frente a ella desde el principio o siempre le faltaría el respeto.

Sabin no dijo nada, aunque Ada podía percibir la tensión que se desprendía de ella.

—¿Quiere que la ayude o no? —dijo finalmente.

—Agradecería que me ayudases. ¿Podrías traerme el vestido verde? ¿y la ropa interior azul?

—Claro. Sin problema —dijo acercándose al armario y sacando el primer vestido que encontró sin buscar el que le había pedido Ada. Lo depositó encima de la cama, cogiendo un conjunto de ropa interior, pero asegurándose de que cada pieza fuera de un color diferente.

Al tocarlo Ada, en seguida se dio cuenta de que no era ni el vestido ni la ropa interior que le había pedido.

—Este no es el vestido verde que te había pedido, este es de color amarillo. Y la ropa interior no sólo no es la que te pedí, sino que ni siquiera pertenecen al mismo conjunto. Pensé que la que era ciega era yo ¿o tienes problemas para distinguir los colores? —preguntó con falsa amabilidad. No le gustaba esta chica, hablaría con Rashid porque no quería estar con ella todo el día.

La furia invadió a Sabin mientras miraba a su rival. —¿Verde me había dicho? Entendí amarillo. ¿Y cómo sabe el color de la ropa si no puede ver?

—Por el tacto. No puedo ver, pero puedo tocar y distingo la ropa al tocarla.

—Pero no sabe cuál le queda mejor o peor, así que ¿qué más le da?

Ada sonrió mientras decía —para eso confío en los gustos de mi marido. Le encanta ese vestido verde y el conjunto de ropa interior azul es uno de sus favoritos, le encanta quitármelo —añadió con toda la dulzura de la que fue capaz.

No pudo resistir añadir esto último porque era evidente que a esta

chica no le caía bien y ni siquiera la conocía, pero estaba claro que trataba de darle a entender que tenía una relación con Rashid que iba más allá de ser la sobrina de Fatimah.

Sabin por su parte, estaba furiosa, imágenes de Rashid quitándole la ropa a esta mujer invadieron su mente y sintió unos celos tan terribles que si hubiera tenido un cuchillo delante de ella se lo habría clavado. ¿Por qué se había casado Rashid con ella? ¡Una mujer ciega!

Si bien reconocía que era una rareza con ese pelo rubio y esos ojos plateados, ella se consideraba mucho más hermosa. Morena de piel, con ojos rasgados y exóticos de un profundo color verde, pechos generosos y pequeña de estatura. Sabía que gustaba a los hombres, pero ella sólo quería a Rashid. Pensaba que él no se había fijado en ella porque la consideraba una niña, pero esta mujer que tenía delante era poco más mayor que ella.

No lo entendía. Pero no importaba. Igual que se había casado con ella podía repudiarla y como que se llamaba Sabin que le mostraría a Rashid el error que había cometido, pronto se cansaría de ella.

Con una maliciosa sonrisa, pensando en todas las cosas que le iba a hacer a Ada para hacerle la vida imposible replicó con voz sarcástica.

—¿La ayudo en algo más? ¿Necesita que la ayude a vestirse? ¿A peinarse? ¿Le busco joyas?

—No gracias. Con que me hayas acercado la ropa es suficiente. Ahora quisiera estar sola para vestirme.

—Claro, claro, ya me voy —pero no se movió del sitio.

Ada esperó a que Sabin se fuera, pero como no lo hacía preguntó — ¿quieres algo más?

Sabin quedó sorprendida, ¿sabía que no se había ido? No puedo evitar preguntar:

—¿Cómo sabe que sigo aquí?

—El no ver me ha hecho desarrollar mucho más otros sentidos, el tacto, el oído, el olfato... te oigo respirar y huelo tu perfume. Te agradecería que te fueras.

Sabin salió de la habitación dando un portazo y se dirigió como una tromba a la cocina donde estaba su tía.

—La odio, la odio, la odio —murmuraba con furia cuando entraba. Su tía estaba haciendo el desayuno de esa odiosa mujer.

—¿Qué te pasa? ¿Qué murmuras? ¿Despertaste a la señora? —dijo Fatimah sin mirarla. Estaba acostumbrada a los malos humores de su sobrina. Suponía que eran cosas de la edad.

—Sí. Ya desperté a la ciega —dijo destilando veneno en su voz.

Fatimah se dio la vuelta sorprendida dejando lo que estaba haciendo —¿qué has dicho? Que no te oiga el señor hablando así de ella. La adora.

—¿La adora? —gritó Sabin. ¿A esa asquerosa? ¿Se puede saber lo que le ha visto?

Fatimah quedó totalmente pálida mirando a un punto a la espalda de Sabin.

—Si deseas seguir en esta casa tratarás a mi esposa con el respeto que se merece y jamás volverás a hablar de ella en esos términos —se oyó decir a Rashid con voz furiosa.

Sabin se dio la vuelta totalmente roja.

Rashid no se podía creer lo que había escuchado. Sabin era una jovencita muy apasionada, hace tiempo que sospechaba que tenía cierto enamoramiento hacia él, pero no le había dado mayor importancia. Sin embargo oírla hablar con esa rabia de Ada le hizo darse cuenta de que era un error haberle pedido que fuera su dama de compañía.

—Creo que será mejor que no ayudes a mi esposa en nada. Buscaremos otra persona más adecuada —dijo con frialdad.

Sabin tuvo el buen tino de mostrarse avergonzada —perdóname Rashid si he sido irrespetuosa —dijo mirándole con ojos llorosos. —Pero... es que yo quise ayudarla... y ella...

—¿Qué estás queriendo decir? —interrumpió Rashid con impaciencia.

—Fue muy desagradable conmigo —dijo con voz llorosa mientras gruesas lágrimas caían por su rostro—. Yo sólo quise ayudarla a vestirse, pero me confundí de vestido y pensó que lo había hecho adrede.

A Rashid se le pasó un poco el enfado. Había visto crecer a Sabin y para él era aún una niña, pero no podía permitir que se expresara de Ada en esos términos.

—Estoy seguro de que independientemente de lo que te haya dicho Ada no lo ha hecho con la intención de hacerte daño, pero ella es mi esposa y le debes respeto. Creo que lo mejor es que no seas su dama de compañía. Buscaremos a una persona más adecuada.

—Esperaré a mi esposa en el comedor —le dijo a Fatimah saliendo de la cocina.

Sabin se alegró de haber podido aplacarle, pero también le dio una rabia inmensa ver que él defendía a esa mujer. Se encargaría de que se diese cuenta de que una ciega no era la mujer adecuada para él.

Sabía que era un hombre muy apasionado. En el pueblo había hablado con alguna de las prostitutas con las que se había acostado. Le habían contado con todo lujo de detalles lo que le gustaba y estaba segura de que se cansaría en seguida de esa flor delicada con la que se había casado. Necesitaba a una mujer fuerte y apasionada a su lado. Una mujer como ella.

Cuando Rashid abandonó la cocina, Fatimah empezó a reprender a su sobrina.

—A mí no me engañas con esa actuación que has hecho ante el señor.

Te aconsejo que no intentes indisponerlo con su esposa, no sólo no lo lograrás, sino que conseguirás que te echen de esta casa. Nunca le había visto así con ninguna mujer, creo que la ama.

Con un bufido se giró hacia su tía.

—No sé que truco habrá utilizado esa mujer para conseguir que se case con ella. Pero, ¿amor? No puede amar a esa mujer —dijo con firmeza.

Fatimah miró a su sobrina con tristeza. La quería mucho, pero no dejaba de reconocer sus defectos, creía que parte de la culpa era de ella, la había malcriado y eso la había convertido en una joven egoísta que creía que podía conseguir todo lo que quería.

Hacía tiempo que sospechaba que tenía interés por el señor Rashid, pero no le había dado importancia, sabía que él sólo la veía como una niña, pero ahora temía que intentase indisponer a Rashid con su esposa y estaba segura de que en ese caso la que saldría malparada sería su sobrina.

—Sabin. Él nunca se fijará en ti, te ve como una niña. No tienes nada que hacer.

—Eso lo veremos —dijo Sabin tozudamente— Esa no es mujer para él y no tardará en darse cuenta, yo me encargaré de ello.

XII

Ada decidió bajar al comedor sin ayuda. El día anterior había recorrido la casa entera con Rashid y era el momento de comprobar si se acordaba de todo, ese era su hogar y no quería tener que depender de nadie para desplazarse por la casa.

Salió de la habitación y fue desplazándose guiándose por las paredes y contando las puertas de las habitaciones. Cuando llegó a las escaleras bajó apoyándose en la barandilla y contando los escalones.

Suspiró con alegría cuando llegó abajo, la primera parte había resultado bien. Ahora tenía que encontrar el comedor. Recordando la distribución de las habitaciones que habían recorrido ayer, llegó a una puerta que esperaba que fuera el comedor.

Al abrir la puerta notó la presencia de Rashid en la habitación, le llegó su aroma y una sonrisa iluminó su rostro al pensar que podía estar esperando por ella.

—Hola, esposo mío —dijo con alegría.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Rashid sorprendido.

—Puedo oírte —dijo dirigiéndose hacia el sonido de su voz—. Puedo olerte —dijo acercándose a él y oliéndole el cuello—. Puedo lamerte —dijo lamiéndole el cuello y provocándole un estremecimiento—. Y puedo tocarte —dijo abrazándole por detrás y pasando las manos por su pecho.

En ese punto Rashid estaba totalmente excitado. Se levantó del asiento al tiempo que se giraba y tiraba de ella para que cayera en sus brazos. Cuando la tuvo donde la quería le devoró los labios con un ansia que a él mismo le sorprendió y ella le respondió con la misma intensidad.

—Me vuelves loco —dijo con intensidad—. Eres una seductora.

—Sólo te expliqué porqué sabía que estabas en la habitación, —dijo

con una sonrisa.

—Creo que me ha quedado bastante claro. ¿Qué quieres desayunar?

—¿Qué me ofreces?

—¿Seguimos hablando del desayuno?

—Por supuesto —dijo Ada con una carcajada—. Me muero de hambre. Últimamente hago demasiado ejercicio por culpa de mi marido.

—Entonces la señora tendrá que desayunar y tendré que hablar con ese marido suyo para que no la canse en exceso.

—¿Y qué le vas a decir? ¿que no me haga hacer tanto ejercicio? —dijo con voz seductora.

—No. Eso no tiene mucho arreglo —dijo con una sonrisa—. Hablaré con él para que te alimente mejor.

Y procedió a llenarle el plato con todo tipo de manjares, hasta que con una risa Ada le tuvo que decir que parara. No iba a poder comer todo eso.

Mientras Ada daba cuenta de su plato, un silencio cómodo se instaló entre los dos. Rashid la observaba con dulzura, sorprendido de la paz que sentía. No recordaba la última vez que se había sentido así.

—Me haces feliz —dijo de pronto.

Una dulce sonrisa invadió el rostro de Ada al tiempo que susurraba tendiendo su mano hacia él.

—Tú también a mí.

Ada continuó con su desayuno, pero no soltó la mano de Rashid.

—Tengo que trabajar en el despacho —dijo Rashid cuando acabó de desayunar—. ¿Hay algo especial que quieras hacer?

—No sé. Ahora mismo estoy un poco descentrada. No sé tampoco lo que esperas de mí ni lo que me vas a permitir hacer.

—No tengo que permitirte hacer nada —dijo Rashid con firmeza—. Eres mi esposa, no una criada. Puedes hacer lo que desees, sólo te pido que

me comuniqués lo que quieras hacer, para que no me preocupe por ti y sepa dónde encontrarte.

—Gracias. No estoy acostumbrada aún a pensar que puedo hacer lo que quiera. La verdad es que no tengo ni idea qué hacer. Yo... —continuó un poco insegura—me gustaría conocer la ciudad más adelante. De momento, quisiera quedarme en la casa, para familiarizarme más con los espacios y con las personas, aún me siento un poco insegura.

Rashid depositó un beso en su mano.

—Me encantará que estés en casa. ¿Te gusta la lectura? Puedo pedir que traigan libros en braille o audiolibros. Si me dices la temática, puedo mandar ahora mismo a alguien a la ciudad y te traerá algo para leer.

—Me encantaría. Puedo esperar en el jardín, me gusta mucho.

—Que así sea. Ven, te acompañaré.

Ada le contó el tipo de libros que le gustaban y Rashid llamó a uno de sus ayudantes, encargándole que fuera a la ciudad y trajera varios libros, algunos en braille y otros en audiolibro, ya que a Ada le gustaban de las dos maneras.

La acompañó al jardín y se sentó con ella en el columpio. Así sentados, pasando un brazo sobre sus hombros, estuvo meciendo el columpio, acariciándola perezosamente al tiempo que se columpiaban hasta que volvió el ayudante con los libros que le había encargado.

Ada escogió uno en braille para leer. Los demás los llevaron a la biblioteca, donde Rashid dispuso una zona especial para ella. A continuación la acompañó de nuevo al jardín donde la dejó con un beso.

—Trabajaré en mi despacho, si deseas cualquier cosa avísame a través de la ventana.

—Trataré de no molestarte.

—Tú nunca molestas —le dijo dándole un beso. Fueron juntos hasta

la ventana para que si quería ir ella sola supiese el camino y luego la observó mientras hacía sola el camino de vuelta hasta el columpio.

La mañana transcurrió rápidamente o eso le pareció a Rashid. Tenía mucho trabajo atrasado ya que había dejado todos los negocios pendientes durante estos días.

De vez en cuando miraba por la ventana y veía a Ada leyendo en el jardín. No había hablado con ella de Sabin, pero Ada tampoco la había mencionado, tendría que hablar con ella después de comer.

Ada por primera vez en mucho tiempo, era feliz. ¿Quién le hubiera dicho sólo unos días antes que estaría en un jardín en casa de su marido leyendo tranquilamente?

De pronto oyó como alguien abría la puerta del jardín y se acercaba hacia ella.

El olor de las violetas le hizo pensar en Sabin, pero no estaba segura.

—¿Quién está ahí?

—Soy Sabin. Mi tía me envía para que le avise de que ya está la comida. Avisaré también a Rashid de que ya está.

A Ada no se le pasó por alto la forma en que dijo el nombre de Rashid, como ya había hecho antes en su habitación.

—No te molestes. A mi esposo le aviso yo —dijo sin dejarse amilanar.

Sabin ya se alejaba, cuando de pronto se dio la vuelta y le preguntó — ¿cómo lo consiguió?

—¿Cómo conseguí el qué?

—Que se casara con usted. Y no me venga con que la conoció y se enamoró de usted, porque no me lo creo. ¿Se ofreció a él? ¿Está embarazada o algo así?

Ada enrojeció ante el pensamiento de que efectivamente se había

ofrecido a él, pero que pensara que se había casado con ella porque estuviera embarazada le causó gracia.

—No nos conocemos desde hace tanto tiempo como para que me haya dado tiempo a embarazarme, pero le comentaré a Rashid tu interés en mi bienestar —y se alejó de ella sin darle tiempo a replicar nada más.

Sabin estaba furiosa, esa zorra le había restregado por la cara que era su esposa, pero esto no iba a quedar así, se lo iba a quitar. Primero tenía que conseguir que él la viera como una mujer y no como una niña y luego le haría darse cuenta de que una ciega no era la mujer que un hombre como él debería tener a su lado.

Rashid había visto desde la ventana el intercambio de palabras y no le gustó ver que Ada parecía disgustada, al ver que ella se acercaba, salió a su encuentro y le preguntó:

—¿Sabin te ha dicho algo que te haya molestado? He pensado que quizás sea mejor que no sea tu dama de compañía y que busquemos a otra persona, aunque puede que eso tarde un par de días.

Ada se sintió automáticamente aliviada de que sacase el tema y fuese él mismo el que dijera que era mejor escoger a otra persona. No quería hablar mal de Sabin, pero prefería no tenerla cerca.

—Te agradezco que seas tú el que lo sugiera porque la verdad es que no estoy nada cómoda con ella. No le caigo muy bien. No la conozco mucho, pero me parece... —no se atrevió a decir lo que pensaba.

—¿Qué es lo que te parece? Quiero que me digas lo que piensas. No quiero que haya secretos o malentendidos entre nosotros.

—Me parece que está enamorada de ti —dijo rápidamente—. La impresión que me ha dado es que está celosa.

Con un profundo suspiro, Rashid no pudo más que estar de acuerdo con ella. —Creo que tienes razón.

—¿De verdad? No me atrevía a decírtelo porque no quería que pensases que estaba celosa de ella.

—Hace tiempo que me parecía que tenía algún tipo de encaprichamiento conmigo, pero esta mañana la he pillado hablando de ti en unos términos que me ha dado a entender que estaba celosa.

—Lo siento.

—No lo sientas. El que lo siente soy yo por hacerte pasar un mal rato. Mañana mismo buscaremos otra persona para que te ayude.

—Gracias. Sé que le tienes cariño.

—Es una niña para mí. Su madre, Evangeline se crió en esta casa, mi padre la quería como a una hija. —Por un momento los recuerdos le invadieron al decir su nombre. Recuerdos de un tiempo más feliz.

No sabía porqué para él era importante que ella conociera la historia, pero quería que lo supiera todo, así que continuó diciendo: —cuando vine a vivir con mi padre, Evangeline ya vivía aquí, era la hermana menor de Fátima.

Mi padre le había ofrecido pagar su educación, y la habían traído siendo muy pequeña. Ninguno de nosotros podíamos en aquel momento imaginar lo que iba a pasar.

—¿Tiene algo que ver con lo que pasó en Anvard? —preguntó Ada buscando su mano.

—Todo. —Le dijo mientras le daba la mano y la acariciaba suavemente con un dedo, perdido en sus recuerdos.

—Evangeline, era una muchacha dulce y tierna. Me recuerdas a ella —dijo al tiempo que depositaba un suave beso en su pelo.

—¿Era rubia como yo?

—No. Se parecía mucho a Sabin, o Sabin a ella sería más apropiado de decir. Era morena de ojos verdes. Físicamente no os parecéis en nada.

Pero en lo de dulce y tierna sí —dejó de caminar abrazándola y empezó a depositar tiernos besos en su cuello—. Sin embargo donde ella era débil, tú eres fuerte.

El hecho de que le dijera que le recordaba a ella, hizo que sintiese unos celos horribles en su interior y cuando le dijo que Sabin era como ella, la inseguridad la invadió. ¿Había estado enamorado de ella? Necesitaba saberlo.

—Tú... —no sabía como continuar.

—Yo... ¡qué! Dime Ada, no quiero que tengas dudas o inseguridades.

—¿Estabas enamorado de ella? —preguntó con todo el valor del que fue capaz.

—No —fue la rotunda respuesta—. La quería, pero como a una hermana. Para que yo la hubiera podido amar tendría que haberse parecido más a ti. Aunque no lo sepas, eres una mujer con una gran fortaleza, se necesita mucho valor para acercarse a alguien como yo y proponerme lo que me propusiste. Es lo que me fascina de ti, esa mezcla de fuerza y de ternura.

Sus palabras cubrieron a Ada de un calor abrasador desterrando todas sus dudas e incertidumbres.

—No necesito que me cuentes nada. —cogiendo su rostro con las manos le dio un dulce beso. Quería transmitirle todo el amor que sentía en su corazón.

—Quiero que lo sepas. No quiero que nadie pueda sembrar dudas en tu interior. Quiero que sepas exactamente quién soy y de lo que soy capaz y que jamás permitiré que nadie te haga daño ni te aparte de mi lado.

Cogiéndola en brazos la llevó hasta el columpio, que se había convertido en su lugar favorito del jardín, allí la abrazó y continuó contándole la historia.

—Evangeline era una joven tierna y dulce, pero lamentablemente

también era débil. Se enamoró del hijo de nuestros vecinos, Malik, y mantuvieron una relación a escondidas. No sé por qué motivo no se atrevió a decírselo a nadie, quizás se avergonzaba, no lo sé. Lo cierto es que Malik lo único que quería era acostarse con una joven guapa y cuando ella le dijo que estaba embarazada rompió la relación.

—¿Fue entonces cuando os enterasteis de todo?

—No. Mi padre temía que cuando él no estuviese, me considerasen débil por haberme criado en Inglaterra, así que me convenció para que me uniese al ejército. El rey de Salima, el país limítrofe, pidió ayuda a nuestro rey para acabar con los rebeldes que estaban asolando su país. Estaban arrasando pueblos, matando a todos aquellos que encontraban a su paso. Cuando desapareció Evangeline, no me encontraba en el país. Nunca podré perdonarme no haber estado aquí para ayudarla. —Se quedó callado un momento sumido en los recuerdos—. Malik no quería que sus padres se enterasen de que la había dejado embarazada, así que pensó en deshacerse de ella. Conocía al dueño de un prostíbulo que suministraba mujeres a los rebeldes de Salima, no tenían bastante con las mujeres que violaban en las aldeas que arrasaban. —continuó con ironía.

—¿Se la llevaron? —preguntó Ada, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí —le dijo con tristeza—. Aunque tardamos en enterarnos de eso. Cuando desapareció, mi padre me llamó y me pidió que volviera para encontrarla.

—¿La encontraste?

—Sí. El imbécil de Malik se jactaba de cómo se había deshecho de ella.

—¿Qué le hiciste?

—No lo bastante —dijo con rabia—. En aquel momento pensé que iba a encontrarla rápidamente. Me enteré de que se la habían llevado a

Salima, así que hablé con el rey para que me permitiera volver a ese país y él me puso al cargo de una tropa. Mi misión era colaborar con el ejército de Salima, recorrer el país y detener a los rebeldes. Tardé meses en localizarla y para entonces era demasiado tarde.

—¿Qué le pasó?

—La llevaron a un prostíbulo ambulante —dijo apretando la mandíbula con rabia—. Era asqueroso, tenían un montón de mujeres en tiendas de campaña, tumbadas en camastros. Los hombres entraban y salían todo el día, ni siquiera les importaba que estuviera embarazada. Se movían rápidamente de pueblo en pueblo, hasta que acabaron en Anvard.

Al oír ese nombre Ada sintió un escalofrío. Sabía que algo horrible había ocurrido en aquel lugar, pero no sabía si estaba preparada para oírlo.

Como si supiese lo que pasaba por su mente en esos momentos, Rashid le susurró al oído —¿estás segura de querer saberlo?

Durante un momento dudó.

—Sí, quiero saberlo —dijo finalmente.

—El mismo día que la encontré me llegó la noticia de la muerte de mi padre, le había dado un ataque al corazón del que no se recuperó. Nunca llegó a saber que la había encontrado —se quedó en silencio unos segundos antes de contestar —aunque quizás fuera lo mejor.

—¿Lo mejor? —preguntó Ada con sorpresa— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Cuando la encontré, hacía tres días que había dado a luz. A pesar de ello se la habían seguido follando todos los días —la crudeza de sus palabras le produjo escalofríos—. No paraba de sangrar. Murió en mis brazos.

Ada no se atrevía a decir nada. Silenciosas lágrimas cubrían su rostro pensando en el horrible final de Evangeline. Sabía que algo les había hecho a aquellos hombres, por eso le apodaban “el carnicero de Anvard”, pero no sabía el qué.

—¿Los mataste?

—No. Hubiera sido demasiado fácil —se rió amargamente—. Quería hacer algo que jamás olvidarían. Hice que los reunieran a todos y yo mismo les corté la polla a todos y cada uno de ellos. Pero me aseguré que no muriera ninguno, quería que vivieran. Cuando regresé ya habían enterrado a mi padre, me tuve que hacer cargo de todos sus negocios, pero ninguno de sus socios se atrevió a pensar que pudiera ser débil.

Ada no sabía qué decir, estaba impactada por todo lo que le había contado, pero sí sabía lo que tenía que hacer. A medida que hablaba, Rashid se había alejado físicamente de ella, de tal forma que ahora estaba alejado de ella. Tanteó con su mano hasta que tocó su pierna, suavemente la acarició, subiendo hasta su pecho, su cuello y su rostro, acercó su cuerpo hasta que volvieron a tocarse y empezó a depositar suaves besos en sus ojos, sus labios...

Rashid no pudo evitar que se le escapara un gemido, le temblaba todo el cuerpo por la intensidad de los recuerdos.

—¿No te repugna lo que te he contado? —susurró contra su boca.

—No —dijo con seguridad—. Se lo merecían.

Esa aceptación tan sencilla de sus acciones, abrió un dique en el interior de Rashid. Apoyó su frente en la de ella y trató de tranquilizarse.

—¿Quién te hizo esa cicatriz? —preguntó Ada—. Dicen que te la hicieron en Anvard, pero ¿en qué momento?

—Fue la mujer de uno de los soldados. Parece ser que no le importaba que follara con otras, pero no le gustó lo de que le cortara la polla. Se coló por la noche en mi tienda con un cuchillo. Podía haberme matado, pero también quería que viviera para que nunca olvidara lo que pasó, y así ha sido, pero no como ella pensaba. Cada vez que me miro en el espejo no recuerdo lo que le hice a aquellos hombres, sino que la recuerdo a ella, a Evangeline. La

veo como la encontré aquel día, destrozada. Ese es un dolor que me perseguirá toda la vida.

—¿Y Sabin? ¿Dónde estaba?

—Otra de las mujeres del prostíbulo se había hecho cargo de ella. La había estado alimentando con leche de cabra. Estaba en unas condiciones infrahumanas. La tenía junto a su propio camastro en una caja de cartón. No le habían permitido ni hacerle una cuna, iban a venderla para que la criaran como una esclava. La traje junto a su tía y desde entonces la veo no como una hija, pero sí como una sobrina, ya que para mí Evangeline era como la hermana que nunca tuve.

Ada se acurrucó más en sus brazos con una triste sonrisa en los labios. —Es una historia muy triste, pero me alegro de que me la hayas contado. ¿Sabin lo sabe?

—No. Siempre le hemos dicho que sus padres murieron en un accidente cuando era un bebé. Lamentablemente creo que la hemos malcriado. La quiero mucho, pero tú eres mi esposa y te debe respetar.

Se levantó y tiró de ella para que se incorporará.

—Se acabaron las historias tristes, vayamos a comer, paloma mía.

—Está bien, mi amor.

Ada aún estaba impactada por lo que le había contado, pero en cierta manera lo entendía. Estos actos eran los que habían forjado al hombre que tenía delante. Su pasado no iba a hacer que dejara de amarlo. Había sido su pasado el que le había decidido a proponérselo a él y a nadie más, así que el saber exactamente lo que había pasado no iba a cambiar sus sentimientos.

XIII

Los días fueron transcurriendo, mientras Ada se sentía sumergida en una burbuja de felicidad.

Se pasaban las noches haciendo el amor, en la mañana se despertaba abrazada a Rashid, desayunaban juntos y cuando él se iba al despacho a trabajar, ella le esperaba en el jardín leyendo, comían juntos y después él dedicaba toda la tarde a entretenerla.

Los primeros días pusieron en práctica un juego para que poco a poco se fuera familiarizando con la distribución de la casa, Rashid le indicaba un cuarto de la misma y ella tenía que encontrarlo sin ayuda. Cuando ya se sintió lo suficientemente segura como para orientarse por dentro, empezaron a recorrer el jardín exterior. Rashid había mandado instalar unos pivotes para que le marcaran el camino y que no se perdiera.

Cerca de la casa estaban las caballerizas, a Ada siempre le habían gustado mucho los animales, pero como todo, su padre nunca la había encontrado capacitada para ocuparse de ninguno y bajo ninguna circunstancia le hubiera permitido montar a caballo.

Rashid la llevó hasta allí para que pudiera acariciar los caballos, recorrieron los establos y al ver su entusiasmo le preguntó:

—¿Te gustaría recorrer el resto de los jardines montando a caballo?

—¿Lo dices en serio? —Ada no se lo podía creer—. Me encantaría.

Oyó como Rashid ensillaba un caballo y tomaba su mano para que le acariciase el hocico.

—Este es Jeque. Es un semental y tiene bastante carácter así que sólo lo puedo montar yo, pero hay varias yeguas muy pacíficas con las que te podría enseñar a montar.

—Sí, sí, sí —dijo Ada con entusiasmo dando saltos.

Rashid empezó a reír.

—Primero vas a montar conmigo. Jeque te presento a Ada, es la dueña de mi corazón, así que trátala bien.

Ada no pudo evitar reírse al tiempo que le acariciaba. Oyó como Rashid se subía al mismo y decía:

—Dame la mano.

Ella la extendió sin dudar y en segundos se encontró subida al caballo, abrazada por Rashid.

—No te sueltes —le susurró él al oído.

El caballo empezó a trotar, al principio muy despacio para que Ada se acostumbrase a la sensación, pero pronto ella misma le pidió ir más rápido, Rashid empezó a aumentar el ritmo hasta que acabaron recorriendo los jardines al galope.

Ada estaba abrazada a Rashid y no podía parar de reír de felicidad, la sensación del viento en su cara unida a la velocidad vertiginosa hizo que se sintiera libre, casi como si pudiera volar.

Poco a poco Rashid fue disminuyendo la velocidad hasta que finalmente se detuvo, pero no fue hasta que desmontó y se dispuso a ayudar a Ada a hacerlo que vio las lágrimas que cubrían su rostro.

—Paloma mía —le dijo con ternura al tiempo que la cogía en brazos—. ¿Por qué lloras? Pensé que estabas feliz.

—Lloro de felicidad —le dijo acariciando su rostro—. Me haces muy feliz.

Al cabo de unos días Ada le pidió ir a la ciudad, Rashid le había dicho que había encontrado una persona para que la ayudara en lugar de Sabin, pero que tardaría unos días en llegar, mientras tanto él la acompañaría a donde quisiera ir.

Ada le dijo que quería ir al mercado ya que como tantas otras cosas nunca había podido ir a ninguno.

En el momento que llegaron al mercado y se bajó del coche se sintió invadida por un montón de ruidos y de olores. Debido a la vida tan protegida que había llevado, nunca había estado rodeada de ningún tipo de multitud, esto supuso un impacto para sus sentidos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rashid al notarla tambalearse.

—Sí —dijo Ada conteniendo un jadeo— es que... es todo demasiado intenso... nunca había notado tantos olores y tantos sonidos a la vez. Nunca había estado rodeada de tanta gente.

—Pero en los hoteles hay mucha gente, en el bar o en el restaurante.

—Mi padre nunca me permitía bajar al bar o al restaurante. En todos los hoteles íbamos directamente a la parte privada.

—¿Nunca te llevó al teatro o a la ópera?

—Al teatro le parecía una tontería llevarme puesto que al no poder verlo decía que no me iba a enterar de nada y en cuanto a la ópera, él la detestaba así que se negaba a ir aunque fuera por mí.

La furia invadió a Rashid una vez más, pensando en la vida que había llevado Ada con su padre, más que una hija había sido una prisionera.

—Bueno paloma mía, pues te aseguro que eso va a cambiar. Te voy a llevar a una ópera en la capital y si no hay ninguna ópera en este momento, iremos a París o a Londres, ya que allí siempre están poniendo alguna.

—¿De verdad? —dijo entusiasmada— me encantaría ir a la ópera.

—Pues iremos. Si podemos mañana mismo, pero ahora disfruta del mercado. Déjame que te guíe por los distintos puestos para que puedas, tocar, oler y oír todo lo que quieras.

Cogiéndola de la mano la fue llevando por los distintos puestos. Primero le indicaba qué productos vendían en el que se encontraban, si el

vendedor lo permitía, tocaba la mercancía y si algo se le antojaba Rashid no perdía el tiempo en comprárselo.

Ada cada día se sentía más enamorada. Nunca había podido ser libre para simplemente pasear y disfrutar de las cosas sencillas de la vida, para tener la libertad de elegir, sin embargo Rashid se lo permitía, se limitaba a estar a su lado para apoyarla si así lo necesitaba, pero en ningún caso trataba de imponerle su opinión o de decirle lo que tenía que hacer.

Rashid la acompañó pacientemente y al final de la mañana estaba agotada. Habían recorrido todos los puestos, no había querido dejar ninguno y aunque era consciente de que probablemente nunca podría visitar el mercado sola, cuando tuviera una acompañante podría volver a recorrerlo.

Después del mercado, Rashid la llevó a un restaurante a comer, le fue leyendo la carta y ella decidió lo que quería. En las pocas ocasiones en las que había salido a comer con su padre, él nunca le preguntaba lo que quería, pedía por ella, le decía que era una pérdida de tiempo leerle la carta, ¿qué más le daba si no iba a poder ver la comida!, pero podía olerla, saborearla y sabía lo que le gustaba y lo que no.

Después de comer, recorrieron la ciudad parando en los monumentos más importantes. Rashid no actuaba como si ella fuera ciega. Se daba cuenta de que podía ver las cosas, aunque de otra manera, mientras los demás veían a través de los ojos, ella lo hacía a través del tacto, el olfato, el oído.

La llevó a conocer el palacio de la ciudad, el dueño era amigo suyo, se llamaba Kalim Al-Salih. Le comentó que ya había hablado con él para avisarle que pasarían a verle y que Ada los pudiera conocer a él y a su esposa Zulima.

Antes de entrar le describió el palacio y todo su entorno. Rashid le contó que Kalim él y se habían conocido cuando había llegado al país. Al tener una edad muy parecida, se habían hecho amigos y habían entrado juntos

en el ejército. Se habían unido ambos a las tropas de Salima, pero cada uno había ido a un extremo distinto del país.

Le dijo también que Kalim llevaba años enamorado de una amiga de la infancia, Zulima, pero que las familias de ambos se habían opuesto a la relación ya que habían sido enemigos durante años. Habían mantenido su amor en secreto durante mucho tiempo, hasta que finalmente hacía unos meses habían podido superar todas las dificultades y se habían unido en matrimonio.

—Kalim, te presento a mi amada esposa Ada Awada —le dijo a su amigo cuando salió a recibirlos.

—Encantado de conocerte Ada, jamás hubiera imaginado que Rashid se casara, aunque ansiaba el momento.

Kalim tenía una voz cálida y profunda. Si Ada hubiera podido ver se hubiera sorprendido de la pareja tan singular que ofrecían él y su esposa Zulima, mientras Kalim era un hombre muy grande y muy alto que superaba los 1,90 metros de estatura, su esposa Zulima era una criatura pequeña y delicada que apenas llegaba a los 1,50 metros.

—¿Y por qué ansiabas el momento? —contestó Ada extrañada.

—Porque desde que me casé con Zulima he tenido que aguantar sus continuas bromas, así que ya era hora de que pudiera vengarme de él.

—¿Qué tipo de bromas y cómo planeas vengarte? —dijo Ada con una sonrisa.

—Le hace mucha gracia que esté enamorado de mi mujer, no puedo esperar para ver las tonterías que hará por ti.

Ada enrojeció de vergüenza. Rashid le había dicho en muchas ocasiones que la amaba, pero que un amigo suyo nada más conocerla lo diera por hecho le hacía pensar cómo podía afirmarlo con tanta seguridad.

—Estás muy seguro del amor de mi esposo —dijo Ada como si

bromeara pero con una opresión en el pecho.

—¿Cómo no voy a estar seguro viendo cómo te mira?

—Kalim, creo que ya es suficiente —dijo Rashid molesto.

—¿Ves Ada? A eso me refería cuando te dije que me iba a vengar. A Rashid no le gusta que te diga que te mira como si fueras una diosa, como si el sol saliera y se pusiera a través de ti.

Ada se quedó con la boca abierta, Rashid le cogió la mano y besándosela le susurró:

—Perdona al imbécil de mi amigo, pero en algo tiene razón, desde que te conozco el sol sale cada vez que te veo y se oculta cada vez que te vas.

Ada no pudo evitar emocionarse y que una lágrima rodara por sus mejillas.

—Ya la has hecho llorar —dijo Kalim con exasperación—. Ven pequeña, deja un momento a este marido tuyo y permite que mi esposa te lleve a recorrer el jardín, Rashid me ha dicho que a pesar de que no puedes ver con los ojos, sí lo puedes hacer a través de tus otros sentidos, así que ven, para que puedas aspirar los aromas de todas las flores y plantas que recorren el jardín.

La esposa de Kalim, Zulima resultó una mujer dulce y simpática. La cogió del brazo y la llevó a recorrer el jardín y posteriormente conocer la casa donde les esperaban Kalim y Rashid. Le contó que llevaban 5 meses casados, aunque le amaba desde hacía muchos años.

Estuvieron el resto de la tarde con ellos. Hablaban con cariño de Rashid y se notaba que él también les apreciaba. Le contaron muchas anécdotas de su juventud. En muchas de ellas también estaba incluida Zulima, ya que era amiga de la infancia de ambos. Para Ada fue un día maravilloso.

Antes de que se diera cuenta Rashid dijo que se tenían que ir. Se

despidieron cariñosamente de la pareja, prometiendo que volverían.

—Me han gustado mucho —dijo Ada cuando subieron al coche—. ¿Crees que podría algún día venir a visitar a Zulima? Aunque esperaré a que venga la chica que me va a acompañar —añadió apresuradamente con miedo a que Rashid no le permitiera acudir de otra manera.

Rashid la besó en la sien y acercándola a sus brazos le dijo:

—Paloma mía, el hecho de que tengas a alguien que te acompañe es para que te ayude en aquellas situaciones en las que tú sola no puedas apañarte, pero eso no quiere decir que tengas que ir a todas partes con ella, eres tú quien debe decidir en qué momento la necesita y en qué momento no.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Por amarme, por cuidarme y por dejarme libertad para decidir.

Rashid la acalló con un beso y así abrazados y en silencio llegaron a la casa. Fatimah les estaba esperando con la cena preparada.

Ada no puedo evitar la pregunta que llevaba carcomiéndole desde hacía días.

—¿Dónde está Sabin? Hace días que no la veo.

Fatimah y Rashid intercambiaron miradas y entonces Rashid le dijo:

—La hemos enviado a casa de unos familiares en la capital. Va a continuar allí sus estudios.

Ada se sintió culpable pensando que la habían apartado de lo que Sabin consideraba su hogar por lo que ella le había dicho a Rashid, ya que no le cabía ninguna duda de que en otras circunstancias hubiera continuado en la casa, pero no se atrevió a decir nada ya que en el fondo estaba agradecida de no tener que volver a verla.

Cuando terminaron de cenar Rashid la condujo hasta su habitación.

En el momento que cerró la puerta la abrazó por detrás y empezó a mordisquearle el cuello mientras tiraba de su pelo, provocándole escalofríos de placer.

—Llevo toda la tarde queriendo hacer esto.

Metió las manos en su escote cogiendo un pecho con cada una. Ada emitió un jadeo de placer y notó cómo se le humedecían las bragas. No quería esperar, quería que la follara rápida y duramente.

Se apoyó contra él mientras suplicaba:

—Fóllame.

Rashid no se hizo de rogar. Sacó las manos de sus pechos, se bajó la cremallera y la giró estampándola contra la pared, rompió sus bragas e introdujo la polla en su interior de una sola embestida, salió totalmente y volvió a introducirse de un golpe, con lentitud al principio y luego rápidamente hasta que sólo se oían los golpes contra la pared que provocaban la dureza de sus embestidas, así como los jadeos de ambos. A los pocos minutos estaban los dos corriéndose al mismo tiempo, se quedaron unos minutos inmóviles hasta que Rashid la levantó y la tumbó sobre la cama.

La besó apasionadamente notando como volvía a endurecerse, le dio la vuelta tumbándola sobre su estómago y le levantó la falda acariciando su culo, entonces sin previo aviso le dio una palmada en el mismo. Ada saltó del susto pero casi inmediatamente, antes de que pudiera protestar, la lamió en el mismo lugar que había golpeado, así estuvo un rato golpeando y lamiendo hasta que Ada no podía contener los jadeos, esa mezcla de dolor y placer estaba volviéndola loca.

—No puedo más... —murmuró entre jadeos.

—Sí, si puedes —contestó Rashid inmisericordemente mientras continuaba.

Cuando ya tuvo el culo totalmente enrojecido, introdujo la lengua en

su ano lubricándolo y empezó a meter y sacar un dedo, primero con lentitud y poco a poco fue incrementando el ritmo.

Las sensaciones estaban volviendo loca a Ada, hasta que sin previo aviso sustituyó su dedo introduciendo con cuidado la polla en su interior.

Un fognazo de dolor la invadió hasta que la continua fricción empezó a generar espirales de placer tan fuertes que no se veía capaz de resistirlas.

—Por favor... —apenas le salía la voz

—Por favor... ¡qué! —dijo Rashid con un azote que intensificó su placer.

—Más adentro —jadeó, quería que la penetrara completamente, sentirle más profundo en su interior.

Rashid incrementó el ritmo, más fuerte, más duro, se introducía hasta el fondo y cuando salía le azotaba el culo, estuvo haciendo eso durante unos minutos hasta que Ada tuvo el orgasmo más brutal que había sentido nunca. Las contracciones de su ano provocaron que Rashid también se corriera, soltó el semen a chorros en una corrida que duró unos cuantos segundos. Cuando ya no pudo más se dejó caer sobre Ada destrozado.

Jamás había sentido algo así con nadie, si bien lo que acababan de hacer ya lo había hecho con alguna otra mujer, por parte de ella había sido algo mecánico como ensayado, sin embargo los gemidos de Ada eran auténticos, era evidente que lo había disfrutado tanto como él, pero aun así quiso estar seguro. Cuando por fin pudo encontrar su voz, le preguntó:

—¿Has disfrutado?

Ada empezó a reírse suavemente.

—Como me hagas esto muy a menudo, me vas a destrozarte.

Rashid se preocupó pensando que quizás había sido muy duro con ella y no había disfrutado tanto como le había parecido.

—¿Te he hecho daño? —la giró sobre sí misma para poder estudiar su rostro.

Ada volvió a reírse al tiempo que una dulce sonrisa cubría su rostro.

—No, no me has hecho daño, me ha encantado, pero dame unos minutos para recuperarme si lo quieres repetir.

Esta vez fue el turno de Rashid de sonreír.

—Déjame que te desvista, paloma mía y que bese ese dulce culo tuyo que he maltratado.

Con ternura la ayudó a quitarse el vestido y se desvistió el también. Cuando le pidió que le buscara algo para dormir, se negó, quería sentirla abrazada a su lado, desnuda y caliente.

Se tumbaron desnudos y poco a poco el calor de sus cuerpos hizo que Ada se durmiera, sin embargo Rashid no podía. Estaba asustado, asustado de la intensidad de sus sentimientos hacia Ada, no se podía creer haber encontrado a esta mujer, dulce, tierna y totalmente compatible sexualmente. Sabía que no a todas las mujeres le gustaban las mismas cosas que a él en la cama, por eso solía relacionarse con prostitutas que no cuestionaban sus deseos, se limitaban a cumplirlos.

Pero encontrar a una mujer que hacía lo que le pedía, disfrutando con ello, eso era más de lo que nunca pudo desear.

XIV

—Ada, ¿estás despierta?

Unos suaves golpes en la puerta la despertaron.

—¿Camille? ¿Eres tú?

Oyó el sonido de la puerta al abrirse y la voz de Camille que le decía alegremente:

—Sí. El señor Rashid fue a buscarme a Londres y me ofreció venir a esta casa a ayudarte, mi madre no quería, pero la verdad es que me apetecía mucho viajar y el señor me ofreció una cantidad obscena de dinero sólo por hacerte compañía.

Ada no pudo evitar reírse al oír la voz de Camille, se alegraba de que estuviera aquí. Se había portado muy bien con ella en Londres.

—Gracias por venir Camille. No quiero estar todo el día molestando a Rashid por insignificancias, pero hay muchas cosas que no puedo hacer sin ayuda.

—No te preocupes Ada, ahora estoy yo aquí. ¿Qué quieres hacer hoy?

—Ya que estás aquí quisiera que hicieras un poco de labor de investigación por mí. No me he atrevido a decírselo a Rashid —dijo con timidez.

—¿Qué quieres que investigue que no te has atrevido a preguntarle a tu marido?

Camille estaba muy extrañada, por lo que había visto el señor Rashid estaba totalmente enamorado de su mujer. Sabía que le había ofrecido esa cantidad impresionante de dinero porque le había caído bien a Ada y quería que estuviera a gusto. Estaba segura de que allí mismo habría muchas personas dispuestas a realizar este mismo trabajo por mucho menos dinero, pero él había ido a Londres a buscarla porque sabía que eso haría feliz a Ada.

—Verás... yo... antes de casarme con Rashid vivía con mi padre. —a Ada le estaba costando un gran esfuerzo contarle su idea a Camille, tenía miedo que le pareciera una tontería, por eso no se había atrevido a contárselo a Rashid. No hasta que estuviese segura de lo que quería hacer.

—Vale... —Camille no entendía a dónde quería ir a parar. —Vivías con tu padre... —la animó a que continuara al ver que se había quedado silenciosa.

—Mi padre nunca me permitió estudiar una carrera universitaria, ni siquiera asistí nunca al colegio, me eduqué en casa con profesores particulares. Consideraba que siendo ciega no podría desempeñar ningún trabajo y que además siendo rica, en realidad no lo necesitaba.

—Estás contándome algo que le ocurre a muchas hijas de hombres ricos sean ciegas o no —replicó Camille con humor.

—Quizás tengas razón —dijo Ada riendo—. El caso es que estuve muchos años pensando en qué podría trabajar si tuviera la posibilidad de hacerlo.

—Uh, uh, para el carro. ¿Le has dicho a Rashid que quieres trabajar? ¿Está de acuerdo con ello?

Ada enrojeció de vergüenza y le dijo:

—No me he atrevido, antes quiero que averigües algunas cosas por mí.

—Vale, quieres trabajar. Como has dicho llevas años pensando en ello, así que supongo que tendrás algunas ideas.

—Efectivamente, el hecho de ser ciega para muchos trabajos supone una desventaja, pero para otros puede ser una ventaja.

—Imagino que me vas a hablar de uno que supone una ventaja.

—Sí. Me gustaría trabajar como química en la industria de los perfumes, sé que Rashid entre todos los negocios que posee, tiene alguno

relacionado con la industria del perfume.

Camille arrugó la nariz pensando:

—¿Y en qué trabajarías exactamente?

—Bueno, de momento en nada, porque antes tendría que estudiar, que es por lo que necesito tu ayuda. No sé si en Mulak hay alguna universidad en la que pueda estudiar química, ni si admitirían a una persona ciega. Como supondrás para mí es un poco más complicado que para otra persona, pero es factible, existe incluso una tabla periódica para ciegos, pero antes de decirle nada a Rashid quisiera saber si tan siquiera tendría la posibilidad de estudiar lo que quiero. En caso de que se pudiera, quisiera saber también qué tendría que hacer para acceder, supongo que algún tipo de examen.

—Lo que no entiendo es ¿por qué no lo averiguaste antes? ¿No me habías contado que tenías acceso a internet? Que tenías no sé qué programa para personas ciegas que hablaba o algo por el estilo. Es tan fácil como consultarlo en tu móvil.

—Cuando me fui con Rashid dejé mi móvil y mi portátil porque no quería que mi padre fuera capaz de rastrearlo. —Le avergonzaba de que Camille se enterase de que había huido de su casa, pero tenía que decírselo si quería que la ayudase.

A Camille por otro lado le pareció muy romántico.

—¿Tuviste que escaparte de casa para casarte con Rashid? —gritó emocionada—. Esto es como una de esas novelas de amor que tanto me gustan. Mi madre aprecia al señor Rashid, pero no creo que le hiciera mucha gracia que me quisiera casar con él. ¡No es que quiera, claro! —se apresuró a aclarar con una risa avergonzada—. Es solo que me parece tan romántico. Pero no entiendo, en el momento que supiste que ibas a casarte con Rashid, ¿por qué no lo miraste?

—Lo de la boda lo supe de un día para otro, no tuve tiempo de

mirarlo —Ada estaba roja de vergüenza, entendía que a Camille le pareciera todo un poco raro, pero la verdad es que con encontrar un hombre dispuesto a casarse con ella ya le había parecido bastante, como para pensar en la posibilidad de ir a la universidad.

Camille iba a replicar cuando la puerta de la habitación se abrió. El corazón de Ada se detuvo cuando notó la esencia de Rashid invadiendo la habitación, ¿sería así siempre? Esa turbación y ese deseo tan grande que la invadía cada vez que él estaba cerca. No sabía si él sentía lo mismo, pero rezaba porque así fuera, decía que la amaba, pero ¿cómo podía ser? Un hombre tan fuerte, tan poderoso, ¿cómo podía querer a una mujer ciega?

Como siempre que la veía, Rashid se quedó impactado por la belleza de Ada, pero no sólo le afectaba su belleza exterior, sino que era la interior la que más le atraía, su dulzura, la manera en que se había entregado a él, el hecho de que le hubiera escogido entre todos, no por sus partes buenas, ya que dudaba de tener ninguna, sino por sus partes malas, por la confianza que le había entregado, de que nunca le haría daño. Ninguna mujer le había aceptado de esa manera y por ello la amaba.

—Paloma mía. Ahora que Camille ya está aquí podemos empezar a organizar la boda.

—¿La boda?

—Sí. Estamos casados según las leyes inglesas, pero quiero que también lo estemos según las de Mulak. Esta tarde puedes ir a una tienda de novias con Camille y escoger un vestido.

—Pero ya tengo un vestido de novia —protestó Ada.

—Ese vestido lo escogimos apresuradamente, quiero que puedas escoger con tranquilidad un vestido a tu gusto.

—Camille, ¿podrías dejarnos a solas? —dijo Ada al tiempo que extendía su mano para que se la cogiese Rashid.

Cuando Camille ya se hubo ido, Ada preguntó:

—Cuando dijiste que querías que fuera libre para tomar mis propias decisiones sin tener que pedirte permiso, ¿lo decías en serio?

—Por supuesto, paloma mía, no deseo que seas mi esclava, deseo que seas mi igual, que hablemos las cosas pero no que tengas que acatar mis deseos como si fueran órdenes.

—Entonces te digo que no quiero ningún vestido de novia. —Una mano cubrió la boca de Rashid antes de que éste pudiera empezar a protestar. —Ese vestido me ayudó a escogerlo mi esposo y fue uno de sus primeros regalos, lo adoro y quiero llevarlo en todas mis bodas con el hombre que amo.

Una sonrisa cruzó el rostro de Rashid al tiempo que decía: —¿todas tus bodas? ¿Pero tú cuántas veces quieres casarte? —preguntó con humor.

—Todas las veces que haga falta —contestó Ada riéndose —y ahora bésame amor mío.

Él la besó hasta que se olvidó de su propio nombre. Mucho después le dijo que tenía que volver a trabajar y llamó a Camille para que la acompañara.

—Entonces, ¿vamos a ir a la tienda de novias? —preguntó Ada en cuanto quedaron a solas.

—No, —dijo Ada con una sonrisa, ya tengo vestido de novia, no lo voy a cambiar.

Camille estaba un poco sorprendida, otra mujer en sus circunstancias hubiera estado encantada de escoger un nuevo vestido de novia. Rashid era un hombre muy rico, a pesar de ello Ada no llevaba grandes joyas.

—¿No deseas estrenar otro vestido de novia?

—No, el primero lo escogí con Rashid y para mí tiene un significado especial, quiero llevar el mismo.

—Muy bien, entonces ¿deseas hacer hoy algo especial?

—No, solamente me gustaría que averiguaras lo que te pedí.

—Bueno, eso será fácil, sólo necesito acceso a un ordenador. Voy a hablar con el señor Rashid para preguntarle que ordenador puedo usar.

—Pero no le digas nada de lo que te he contado, aún no he hablado con él de que quiero trabajar en un futuro ni de que quiero estudiar química, si no voy a poder acceder a la facultad, no tiene sentido que le diga algo que no sé si le gustará o no.

—Está bien no te preocupes, en cuanto lo averigüe te digo.

—Gracias Camille.

Camille no tuvo la oportunidad de hablar con Rashid ya que tuvo que ir a la ciudad a arreglar la documentación para poder quedarse trabajando en el país.

Esa tarde durante la comida Rashid le dijo a Ada que tendría que ausentarse una semana por negocios, pero antes la llevaría esa noche a la ópera en Londres.

—Lo siento, paloma mía, no querría dejarte sola tan pronto, pero tengo que acudir a una serie de reuniones, puedes venir conmigo si así lo deseas, pero lamentablemente tendrías que quedarte en el hotel y he pensado que eso no sería de tu agrado.

Como siempre Ada se sorprendió del modo en que Rashid comprendía sus sentimientos.

—Te echaré de menos, pero es cierto, no quisiera quedarme todo el día encerrada en el hotel esperando por ti. Prefiero quedarme en la casa y esperar tu regreso.

—Puedes aprovechar esta semana para preparar la boda. No puedo esperar para volver a casarme contigo —cogiendo su mano depositó un tierno

beso en ella.

Más tarde Ada subió a la habitación para cambiarse de ropa, Rashid le había dicho que la iba a llevar al Covent Garden a ver “La Traviata”.

Ada estaba emocionada, aunque había oído la obra en CD, no era lo mismo que oírla en vivo. La limusina les llevó hasta el aeropuerto donde les esperaba el avión privado que les llevaría a Londres. En cuanto entraron Rashid la llevó hasta una mesa y le pidió que se sentase.

—He pedido que nos preparen la cena en el avión porque después de la ópera va a ser muy tarde para cenar.

—Gracias por todo esto —dijo Ada emocionada.

—Esto no es nada, siéntate y disfruta de la comida.

Estuvieron charlando todo el viaje mientras cenaban hasta que llegaron a Londres, en el aeropuerto un coche de alquiler les esperaba para llevarles al Covent Garden.

Una vez allí fueron al palco desde el que iban a asistir a la representación. Ada temblaba de la emoción, Rashid que se dio cuenta le sujetó la mano mientras se la acariciaba. Aunque había oído esa ópera mil veces, para Ada fue como si fuera la primera vez. Los murmullos de la gente antes de que comenzara, la tensión de la espera desde que los murmullos se apagaron hasta que comenzó la representación. El sonido de las voces y de los instrumentos musicales le impactaron provocando que se le pusiera el vello de punta. Jamás lo olvidaría.

Acabada la representación volvieron en el coche de alquiler al aeropuerto y allí cogieron el avión que les devolvió a casa. Ada se pasó todo el viaje reclinada sobre Rashid, abrazada a él. No dijo nada en todo el viaje, pero no hacía falta, fue un silencio cómodo, Rashid le dio tiempo para que

dirigiese todas las emociones.

Cuando llegaron a la casa subieron aún en silencio hasta el cuarto, se desvistieron mutuamente sin prisa acariciándose el uno al otro e hicieron el amor despacio, con ternura y Rashid le demostró una y otra vez cuanto la amaba.

Al día siguiente con tristeza le acompañó hasta el helicóptero que le llevaría al aeropuerto. Rashid la abrazó y la besó hasta que todo le dio vueltas.

—Adiós, paloma mía. Te llamaré todas las noches para hablar contigo.

—Piensa en mí —le dijo con dulzura mientras acariciaba su rostro.

—Siempre.

En toda la semana que duró el viaje de negocios de Rashid, Camille tampoco pudo conseguir la información para Ada puesto que los ordenadores de la casa tenían contraseña y aunque se la pidió a Fatimah esta le dijo que sólo el señor Rashid la sabía, que se la pidiera cuando volviera.

Como había prometido, Rashid llamaba a Ada todas las noches, le contaba lo acontecido durante el día, al contrario que su padre él no consideraba que Ada no estuviera capacitada para los negocios y le contaba pormenores de sus reuniones y en ocasiones incluso le pedía consejo, y antes de colgar siempre le decía cuánto la echaba de menos.

Ella por su parte le contaba cómo iban los preparativos de la boda. Todos los días ella y Camille se reunían con Zulima que las estaba ayudando en todo, en poco tiempo las tres se habían hecho grandes amigas. Antes de que se dieran cuenta la semana transcurrió y Rashid por fin volvió a casa.

Ada estaba esperándole en el helipuerto cuando aterrizó. En cuanto la vio, Rashid la abrazó apasionadamente y le susurró al oído.

—Cuánto te he echado de menos. No volveré a irme sin ti.

Esa tarde, antes de la cena, Camille localizó a Rashid en su despacho y le pidió permiso para utilizar el ordenador, él le dijo que utilizara el de su propio despacho, que en ese momento él no lo estaba usando.

Camille se sorprendió, pero no se atrevió a decirle que no, por miedo a que le pareciera extraño que le pidiera permiso para usar un ordenador y luego se negara a usarlo. No le costó averiguar lo que deseaba saber Ada, efectivamente en la capital había una universidad con la especialidad de química, si quería acceder tenía que realizar un examen, pero lo que no decía en ningún sitio era si admitían personas ciegas.

—¿Quieres estudiar química? Tu tía me había dicho que habías estudiado bellas artes y que querías tomarte un año sabático. Es muy diferente la química de las bellas artes —comentó Rashid mirando la pantalla del ordenador por detrás de ella.

Camille se quedó congelada al darse cuenta de que él había visto lo que buscaba en el ordenador. Había estado tan concentrada que no se había percatado de que él se había aproximado por detrás y había visto lo que estaba mirando.

—Ahhh... —no sabía que decir—. Estaba roja de vergüenza, no le gustaba mentir y el señor Rashid le asustaba un poco, puede que con Ada fuera amable y tierno pero sabía cómo era con los demás. Con ella misma aunque nunca la había maltratado, tampoco nunca le había hablado tan amablemente como ahora.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no dices nada? —A Rashid le estaba empezando a resultar todo un poco raro. ¿Por qué estaba avergonzada de que hubiera visto lo que buscaba? ¿Por qué le dio la impresión cuando le dijo que usase el ordenador del despacho de que no lo quería hacer?

Camille estaba pasándolo fatal, así que muy nerviosa dijo lo primero

que se le ocurrió.

—Deberíais hablar con Ada—. Se retorcía las manos, no se podía creer que fuera tan estúpida.

—¿Y por qué debería hablar con mi mujer de lo que estabas buscando? —Rashid estaba empezando a cabrearse—. ¿Qué insinuaba?

Camille estaba cada vez más angustiada.

—Ada me va a matar.

¿Ada estaba ocultándole cosas? Rashid sintió un malestar en el estómago al pensar que ella pudiera estar traicionándole de alguna manera.

—Mujer, ya puedes empezar a hablar ahora mismo y no te atrevas a mentirme, no te gustaría descubrir lo que te ocurriría si lo hicieras —dijo con voz helada.

Camille en este punto estaba temblando de miedo y dispuesta a decirle todo lo que quisiera.

—Ada quiere estudiar química —confesó con un temblor en la voz—, me pidió que averiguara si había una universidad en la capital en la que se pudiera estudiar eso y qué requisitos tenía de acceso y sí... —tragó saliva antes de continuar—, si... admitirían a una persona ciega.

—¿Y se puede saber por qué mi mujer no quiere que yo lo sepa? Rashid estaba cada vez más cabreado.

—Yo sólo sé lo que ella me dijo... —no pudo continuar, estaba aterrorizada.

—¿Y qué fue exactamente lo que ella te dijo? —le preguntó Rashid sin dejar de mirarla, impasible ante su evidente terror.

Camille no podía hablar, tenía una bola en el estómago. ¿Cómo se había metido en ese lío?

—Ella... ella me dijo...

—¡Habla de una vez, mujer! —gritó Rashid con impaciencia.

—Tenía miedo de que le pareciera mal que quisiera estudiar y trabajar en un futuro y quería saber si ni siquiera iba a poder estudiar antes de decirle nada y que se enfadara con ella por algo que al final no iba a poder hacer —lo dijo de carrerilla, porque si se detenía no iba a poder continuar. Una vez dicho se quedó en silencio, retorciéndose las manos. No sabía lo que Rashid le iba a hacer a ella, o a Ada por ocultárselo.

Rashid sintió una opresión en el pecho, pero a su vez una ola de tranquilidad le invadió al darse cuenta de que el motivo de que se lo hubiera ocultado no era más que el hecho de no querer disgustarle sin estar segura de que lo iba a poder hacer.

Nunca habían hablado de si ella trabajaría o no, la verdad es que había dado por hecho que no lo haría. Pero también sabía que debido a las restricciones de su padre, había muchas cosas que Ada deseaba hacer y él no sería quien se lo impidiera, si ella deseaba estudiar y en un futuro trabajar que así fuera.

—Está bien Camille. No has hecho nada malo —dijo Rashid para tranquilizarla. Entiendo que mi esposa quisiera informarse, antes de plantearme algo a lo que no sabía si me negaría. Lo que no entiendo es ¿por qué te lo pidió a ti? Ella misma podía haberlo buscado en internet, sin arriesgarse a que yo te descubriera, como así ha ocurrido. ¿Cómo no lo buscó en su ordenador o su móvil? Sé que están preparados para que una persona ciega pueda manejarse por internet.

Camille no se atrevía a decir nada más que le pudiera disgustar, pero iba a tener que señalar el descuido que había tenido con su esposa.

—Yo... no sé cómo decirlo.

—Simplemente dilo de una vez —dijo Rashid molesto.

—Ella no tiene ni ordenador ni móvil.

—¿Cómo que no tiene? —Rashid estaba sorprendido. Ahora que lo

pensaba, la verdad es que no le había visto usarlos en ningún momento. No se había percatado de ello, ya que no había necesitado llamarla al móvil, los días que había estado fuera, la había llamado siempre al teléfono de la casa y en cuanto al ordenador, tampoco sabía con qué frecuencia lo utilizaba, así que no le había dado mayor importancia al hecho de no verla usar ninguno.

—Me dijo que los había dejado para que su padre no pudiera localizarla a través de ellos —añadió Camille roja de vergüenza.

Rashid pensó que era un imbécil integral, ¡por supuesto que los había dejado! Efectivamente, su padre podía haberlos localizado a través de estos aparatos.

—Bueno Camille, pues ahora te voy a encargar un trabajo, quiero que compres por internet el mejor ordenador y el mejor teléfono que se puedan comprar y que vengan preparados para que los utilice una persona ciega.

Camille estaba aliviada de que ya no pareciera cabreado, así que rápidamente le dijo:

—Ahora mismo los busco y los compro.

—Que los manden lo antes posible, el dinero no es problema, paga lo que haga falta.

—Sí señor.

Una vez resuelto eso, fue a hablar con Ada. La encontró en la biblioteca, seleccionando entre los libros que le había comprado, uno nuevo para leer.

—Muy rápido lees —dijo con una sonrisa.

—Cuando el libro es interesante —dijo Ada sin girarse

—¿Desde cuando quieres estudiar química? —preguntó yendo directo al grano.

La sorpresa de Ada provocó que se le cayese de las manos el libro que estaba sosteniendo. Se giró totalmente asustada temiendo que Rashid

estuviese enfadado con ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que Camille no tiene mucho futuro como espía.

Ada se retorció las manos con angustia.

—¿Estas muy enfadado?

—Enfadado no. Molesto. Me hubiera gustado que me lo contaras, aunque entiendo porqué no lo hiciste.

—¿Lo entiendes?

—Sí, no sabías como iba a reaccionar y querías estar segura de que lo ibas a poder hacer primero, ¿no es así?

—Sí.

Ada estaba avergonzada. Aún no sabía qué opinaba Rashid de que quisiera estudiar y ni siquiera sabía si lo podría hacer.

—Tendrás que ir conmigo en el helicóptero cuando vaya a trabajar. Después te llevará un coche a la facultad, te recogerá para que comamos juntos y tendrás que esperar a que acabe para volver. No vamos a tener el helicóptero yendo y viniendo todo el día.

Ada no podía creer lo que estaba oyendo.

—Entonces, ¿no te importa que quiera estudiar?

Rashid la atrapó por la cintura y la atrajo contra su pecho.

—Claro que no, paloma mía. Gracias a eso te voy a tener conmigo mucho más tiempo durante el día.

—Aún no sé si lo puedo hacer. Tendré que hacer una prueba de acceso y cuando sepan que soy ciega quizás no me admitan.

—En lo de la prueba no te puedo ayudar, —dijo Rashid sonriendo—, eso tendrás que conseguirlo tú, pero lo que sí te garantizo es que si pasas la prueba, ciega o no ciega, te admitirán.

—Te amo, Rashid. No te imaginas lo feliz que me haces. Nunca pensé

que ser tu esposa sería así.

—¿Y cómo te imaginabas la vida conmigo? Algo pensarías cuando me lo propusiste.

Ada escondió la cabeza en su hombro con vergüenza mientras decía:

—No así.

Rashid acarició su pelo con una mano, mientras la otra descendía por la espalda, la cintura, hasta que cogió su culo en un firme agarre. Se apoderó de su cuello y empezó a besarlo mientras decía:

—Cuéntame, ¿qué pensabas?

Ada se sentía bombardeada por las sensaciones.

—Imaginaba... —susurró.

Rashid bajó la mano que continuaba acariciando su pelo, hasta reunirse con la otra y sujetarla por el culo, obligándole a separar las piernas para frotarla contra su erección.

—¿Quieres saber lo que imaginaba yo? —le dijo frotándose contra ella.

Ada no podía hablar. Sólo sentir.

Rashid continuó hablando sin esperar su respuesta, al tiempo que la izaba por la cintura y la inclinaba sobre el sofá de la biblioteca.

—Cuando te conocí lo primero que pensé cuando te vi es cómo sabría tu coño, si sería tan dulce como imaginaba. Pero lo que nunca me imaginé fue tu pasión, tu entrega. He estado con muchas mujeres pero ninguna se ha entregado a mí como tú.

Le levantó la falda y le arrancó la ropa interior, comenzando a dar lengüetazos en su coño, hasta que se corrió.

Ada estaba mareada. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de procesarlo.

—Eso ha sido... increíble —murmuró sin voz.

—Aún no me has dicho como pensabas que iba a ser este matrimonio,
—dijo Rashid con una sonrisa.

—No así.

—¿Así cómo? —insistió.

—Tan intenso —dijo Ada con un suspiro—. Esperaba que no me desagradaran las relaciones sexuales. Pero no esperaba que me hicieses desearlas. Me paso más tiempo con las bragas húmedas que secas.

Rashid no pudo evitar reírse ante la cruda sinceridad de Ada.

—Eso es lo que más me gusta de ti.

—¿Que tenga las bragas húmedas? —replicó Ada con humor.

—Además de eso —dijo Rashid con una sonrisa—. También que seas tan sincera. Ven, vamos a cenar, pero no te pongas bragas. En cuanto cenemos no las vas a necesitar.

Con esa promesa, Rashid consiguió que la cena se hiciera insoportablemente larga para Ada. Sólo podía pensar en lo que harían tras la cena.

Cuando subieron a la habitación Rashid le demostró porqué no necesitaba bragas y estuvo demostrándoselo hasta que se durmieron de puro agotamiento.

Antes de cerrar los ojos, Rashid le susurró en el oído:

—Duerme paloma mía, que mañana tenemos que realizar el contrato matrimonial y después nos casaremos de nuevo.

Al día siguiente acudieron ante el Sheikh para realizar el contrato matrimonial. Como testigos actuaron Zulima, Kalim y Camille. Aunque Ada protestó, Rashid fue firme en el tema de la dote, había ingresado una generosa cantidad en una cuenta a su nombre.

Rashid no era un hombre muy tradicional. Cuando se fue a vivir con

su padre, abrazó la religión musulmana para complacerle a él, pero en realidad no era un hombre religioso, de hecho, no creía en ninguna religión, por lo que las tradiciones que rodeaban a una boda musulmana no le preocupaban especial mente, para él la verdadera boda había sido hacía días, en Londres, pero en el mundo en el que vivía las tradiciones eran muy importantes y si no se casaba con Ada según esos ritos, muchos la considerarían poco menos que su puta, pero nunca su esposa. Pero dado que tanto Ada como él no tenían familia, habían acordado celebrar la boda al día siguiente de firmar el contrato matrimonial, sin dejar trascurrir una semana como normalmente marcaba la tradición. También decidieron que en vez de prolongar la ceremonia durante dos noches, hicieran la celebración dedicada a las mujeres en la mañana con una comida, tras ella celebrar la ceremonia de matrimonio y en la noche comenzar con el banquete de boda.

La tradición musulmana, al igual que la cristiana indicaba que todos los preparativos de la novia no debían ser vistos por el novio antes de la ceremonia del matrimonio, así que Rashid se iba a ir por la noche a casa de Kalim y ya no se volverían a ver hasta el día siguiente en la mezquita para officiar la ceremonia.

XV

—¡Ada! ¡Ada! ¿Dónde estás?

La voz de su padre despertó a Ada sintiéndose muy asustada, ¿la estaba buscando? Tardó unos segundos en comprender que sólo había sido un sueño y que su padre no estaba allí. Se giró buscando a Rashid hasta que se dio cuenta de que él no estaba. Hoy comenzaban los festejos de la boda y él había pasado la noche en casa de Kalim y Zulima. ¿Por qué no la había despertado nadie?

—¡Camille!, ¡Camille! —llamó angustiada.

En seguida entró Camille en la habitación.

—Menos mal que despertaste. Rashid había dado órdenes estrictas de dejarte dormir, pero los hombres no entienden que las mujeres necesitamos tiempo para arreglarnos, esta mañana es sólo para nosotras —dijo Camille con una sonrisa.

La presencia de Camille hizo que se tranquilizara al darse cuenta de que nada había cambiado respecto al día anterior, hoy era el día de su boda.

—Gracias Camille. Tienes razón, los hombres no entienden —dijo con una sonrisa—. ¿Qué hora es? No quisiera empezar tarde mi propia celebración

—Las 9:30. Aún tenemos tiempo. Ya sabes que lo de por la mañana es un festejo sólo para mujeres, estaremos Zulima, Fatimah y yo. Ya están esperando fuera. ¡Pasad! —llamó Camille.

Zulima y Fatimah entraron en la habitación con alegría.

—Primero te tienes que dar un Hamman, un baño relajante con vapor para purificarte —dijo Zulima—. ¡Vamos a prepararlo!

Camille se dirigió al baño, mientras Zulima y Fatimah encendían incienso y velas inundando la habitación de olores.

Una vez preparado el baño la ayudaron a desvestirse y la dejaron para que se relajara en la bañera. Ada no estaba asustada como la primera vez que se había casado con Rashid, pero estaba nerviosa, aunque todo lo que rodeaba a una boda musulmana le parecía precioso, no se veía capaz de aguantar tres días o más de celebración continua. Agradecía que Rashid hubiera estado de acuerdo en reducirlo a un solo día.

Cuando Fatimah, Zulima y Camille consideraron que había pasado el tiempo suficiente fueron a buscarla, cubrieron su cuerpo con una toalla y la condujeron de nuevo a la habitación. Al entrar en la misma, Ada notó el olor del incienso que habían mantenido encendido, la ayudaron a ponerse el caftan y le marcaron los pies y las manos con henna para alejar los malos espíritus de ella.

Una hora más tarde, Camille terminaba de darle los últimos toques a su peinado.

—Estás preciosa. Más que la primera vez —le dijo Camille alegremente.

Bajaron al salón, allí como Rashid no tenía madre, habían acordado que Fatimah asumiese las funciones de ella en la ceremonia, haciéndole entrega de una bandeja con llaves, pan y leche. Las llaves representaban la bienvenida a la familia y el alimento la abundancia. Para Ada y Camille todo esto era nuevo, pero Zulima y Fatimah les habían explicado todo y aunque sólo eran ellas cuatro, estaban disfrutando.

Bailaron y rieron hasta la hora de la comida, cuando terminaron de comer, acompañaron a Ada a su habitación para cambiarse de nuevo de ropa, ya que ella deseaba casarse con el mismo vestido que había usado en su primera boda.

Según la tradición esta parte de la celebración debía durar el día entero, realizándose la ceremonia en sí al día siguiente, pero ni Rashid ni ella

habían querido esperar, así que en cuanto estuvo vestida, bajaron las cuatro para que la limusina les llevara a la mezquita donde les esperaban Kalim y Rashid.

Cuando llegaron, Kalim las esperaba en la puerta de la mezquita, abrió la puerta del coche y ayudó a Ada a salir, cogiéndola del brazo para acompañarla hasta Rashid que la esperaba junto al Imán, para dar comienzo a la ceremonia. Kalim y Fatimah serían los testigos de Rashid y Camille y Zulima los testigos de Ada.

Rashid no podía creerse lo nervioso que estaba. Cuando la vio caminar hacia él del brazo de Kalim sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho, cogió su mano acariciándola con las suyas y la dirigió a sus labios besándole los nudillos al tiempo que le decía con suavidad.

—Paloma mía.

Ada se estremeció, le encantaba que Rashid la llamase así, le hacía sentirse amada..

El Imán leyó algunas suras sobre como debía ser el comportamiento del uno con el otro y a continuación les preguntó a cada uno si deseaba contraer matrimonio. Después de que ambos aceptaran, recitó la sura Al Fatiha y tomaron un pequeño refrigerio, intercambiando leche y dátiles entre Rashid y ella.

Habían acordado celebrar un banquete de boda conjunto aunque la tradición establecía hacer uno para el novio y otro para la novia, pero teniendo en cuenta que por parte de Rashid sólo iría Kalim y por Ada, Camille, Fatimah y Zulima era absurdo realizar uno por cada lado.

Ada estaba disfrutando, aunque no había considerado necesario realizar una segunda boda, entendía que Rashid por sus negocios se relacionaba con mucha gente y en determinados círculos tradicionalistas su boda en Londres no se consideraría como real, pero ahora mismo, estaba feliz

de haberla realizado.

En Londres había estado tan asustada y nerviosa que apenas se había enterado de nada, lo único que había querido era que pasara el tiempo rápido para que su padre no la encontrara, y después de la celebración, había estado tan aterrada pensando en la noche de bodas que tampoco había podido disfrutar, pero ahora mismo, rodeada de los que ahora eran sus amigos y a los que había llegado a considerar como su familia y sabiéndose amada por Rashid, estaba disfrutando totalmente.

Rashid también estaba feliz. Era increíble como había cambiado su vida desde que Ada había entrado en ella. Se había pasado toda la comida mirándola embobado, no sabía que había visto ella en él para escogerle, pero se alegraba de ello.

Estuvieron toda la noche comiendo y bailando, hasta que Ada estaba tan agotada que mientras bailaba con Rashid casi se quedó dormida en sus brazos, fue en ese momento cuando Rashid pidió a todos que se fueran, se despidieron de ellos con alegría, besando efusivamente a uno y otro.

Cuando por fin se quedaron a solas, Rashid cogió en brazos a su esposa y la llevó hasta su cuarto. Ada estaba agotada, pero se sentía completamente feliz. Rashid la acomodó en la cama después de ayudarla a desvestirse, se despojó él también de la ropa y se tumbó a su lado abrazándola, sin poder evitarlo Ada se quedó dormida.

Había pasado más de un mes desde la ceremonia y la vida para Ada no podía ser mejor. Ya casi no podía recordar cómo era vivir sin Rashid, era un esposo atento y cariñoso que cada vez que la tocaba hacía que se estremeciera.

Por las mañanas se iba a trabajar a la capital en el helicóptero y cuando volvía lo primero que hacía nada más llegar era buscarla y besarla hasta que perdía el sentido.

En las noches la amaba a veces, con una ternura que la hacía llorar y otras con una pasión que los volvía locos a ambos. Le enseñó como complacerle y descubrió que lo que le gustaba a él, también le gustaba a ella. Le producía gran placer que la dominase en la cama y sin embargo fuera de ella le diera total libertad para que hiciese lo que quisiera dentro de las limitaciones que le provocaba su ceguera.

Se había matriculado para comenzar sus estudios en un par de meses, la habían admitido en la facultad a pesar de su ceguera, aunque sospechaba que Rashid había influido en ello.

Hasta el comienzo de las clases, dedicaba los días a leer y a visitar la ciudad con Camilla, muchas mañanas iban a casa de Zulima y salían las tres juntas a pasear.

Lo único que empañaba un poco su felicidad era la noticia de que Sabin volvería ese día, esperaba que hubiera cambiado su actitud hacia ella.

Esa mañana se había despertado mareada y no se encontraba muy bien. No le había dicho nada a Camille cuando la ayudó a vestirse porque estaba segura de que correría a decírselo a Rashid. Desde el incidente en el que había descubierto a Camille buscando información para ella en el ordenador sobre la universidad, habían desarrollado una relación muy buena, unidos por su preocupación en el bienestar de Ada, Camille ya no le tenía tanto miedo y Rashid era bastante amable con ella.

Estaba en lo alto de la escalera disponiéndose a bajar, cuando la asaltó un mareo. Le pareció notar un olor a violetas y cuando se quiso apoyar en la barandilla para sujetarse, sintió algo en el hombro que la desestabilizó de tal forma que sin poder evitarlo se precipitó por las escaleras.

Cuando recuperó el sentido oyó una voz que gritaba con furia:

—¿Dónde demonios está el médico?

—Rashid —murmuró Ada reconociendo su voz —, ¿qué pasó? Me

mareé y estaba donde las escaleras, ¿porqué me duele todo?

—Caíste por las escaleras, paloma mía. Estaba subiendo al helicóptero cuando me avisaron. Gracias a Dios que hoy iba a trabajar más tarde. No te levantes —dijo poniendo una mano sobre Ada para evitar que se incorporara—. No debes moverte hasta que te examine un médico.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el cuarto de Fatimah, era el que quedaba más cerca, te tumbaron en su cama.

—Ya está aquí el médico, —dijo Fatimah llorando—. Estábamos muy preocupados por usted.

Ada notó de nuevo el olor a violetas, el mismo que había notado justo antes de caer.

—¿Fatimah? ¿Es usted la que huele a violetas? No sabía que había cambiado de perfume.

Durante unos segundos se mantuvo un silencio incómodo, hasta que una voz que hubiera deseado no tener que volver a oír contestó:

—Soy yo señora Ada, Sabin. Fui yo la que le encontré a los pies de la escalera. Estaba entrando en la casa por la cocina cuando oí un ruido muy fuerte y llegué justo para verla caer.

Ada sabía que estaba mintiendo. Había olido su perfume en lo alto de la escalera, pero realmente no podía asegurar que la hubiera empujado, estaba todo un poco confuso en su cabeza. Recordaba haberse mareado y aunque sabía que algo la había desequilibrado y la había hecho caer, no podía asegurar que hubiera sido por algo que hubiera hecho Sabin. Así que ante la duda prefirió callar y hacerle creer que creía su mentira. Le sorprendió la formalidad con la que se dirigió hacia ella, nunca se había molestado en tratarla de usted, ni siquiera el día que la había conocido.

—Dabir, ya era hora —oyó la preocupada voz de Rashid—. Ada, este

es el doctor Dabir, es un amigo mío, llegó hace unos días a la ciudad, pero si sé que iba a tardar tanto hubiera llamado a otra persona.

—Veo que tu matrimonio no te ha mejorado el carácter—dijo el doctor Dabir con seriedad—. He llegado tan rápido como he podido en cuanto me han avisado, pero estaba en el otro extremo de la ciudad. Ahora apartaros para que pueda examinarla, dejadla respirar.

La voz del doctor Dabir era una voz cálida, que inspiraba confianza. Aparentaba unos cuarenta años, aunque las voces a veces engañaban respecto a la edad de las personas.

—Me gustaría que me dejarais a solas con la señora para poder examinarla.

Sonidos indicaron a Ada que la gente estaba abandonando la habitación, aunque Rashid no se había movido de su lado.

—Rashid —dijo el doctor Dabir con exasperación—, eso va también por ti.

Durante un momento Ada temió que protestara, pero entonces con un suspiro, apretó su mano suavemente y depositando un tierno beso en su frente le dijo:

—Esperaré fuera.

A Rashid le temblaban las manos. Cuando le habían llamado para que no abordara el helicóptero, informándole de que Ada se había caído por las escaleras, había necesitado sujetarse para no caer al suelo de rodillas. El tiempo que le había llevado llegar corriendo hasta la casa había sido el más largo de su vida. Incluso en este momento, sabiendo que nada grave le había pasado, sentía una opresión en el corazón que le impedía respirar. Si algo tenía claro era que ya no podía vivir sin ella.

Pasados unos quince minutos el doctor Dabir salió y dirigiéndose hacia él le dijo:

—Está todo bien, pero es importante que guarde reposo absoluto durante un par de días y reposo relativo durante una semana. Después deberás llevarla al hospital para que le hagamos pruebas y comprobemos que está todo bien.

—Pero, ¿se ha roto algo?

—No, sólo está dolorida, puede tomar únicamente paracetamol para el dolor. Ahora pasa, ella me ha pedido que no te diga nada más, quiere decírtelo ella.

—¿Decirme qué?

—Pasa y habla con ella —insistió el doctor Dabir—. Mi labor aquí ha terminado.

—Pero... —insistió Rashid con frustración.

—Rashid, por favor, ven y deja al doctor en paz, sólo está haciendo lo que le he pedido—. La dulce voz de Ada atrajo a Rashid, calmándole e instándole a entrar en la habitación.

—Perdona, paloma mía, pero hoy he envejecido veinte años —susurró cogiendo sus manos y llevándoselas a la boca—. Nunca creí que podría pasar tanto miedo, pero el pensar que te hubiera pasado algo...

—Shhh, no digas nada, déjame hablar a mí —dijo Ada poniendo un dedo en sus labios—. Estoy embarazada.

Rashid se quedó inmóvil. Si bien el tener hijos había sido una de las razones que había impulsado este matrimonio, el pensar que una parte de él pudiera estar creciendo en su interior, hizo que una ola de posesión le invadiera hasta el punto de dejarle sin respiración.

Su silencio alimentó las inseguridades de Ada haciéndole pensar que la idea de ser padre no le agradaba.

—Sé que es un poco pronto —balbuceó retorciendo la sábana que tenía enredada entre las manos—, pero... pensé... —no pudo continuar

hablando porque Rashid le cerró la boca con un beso apasionado, devorándola por completo.

—No te imaginas lo feliz que me has hecho.

Ada no pudo evitar empezar a temblar mientras lloraba.

—¿Qué está mal, paloma mía? El médico dijo que estaba todo bien, que sólo necesitabas guardar reposo.

—Lo sé —dijo Ada entre lágrimas—, lloro de alegría porque te amo muchísimo.

Rashid la cogió en brazos para salir de la habitación mientras decía:

—Y yo a ti paloma mía.

—¿A dónde me llevas? El médico dijo que guardara reposo absoluto.

—Y así será, pero en nuestro cuarto. Te trajeron al de Fatimah porque estaba más cerca y no se atrevieron a subirte por las escaleras, pero tú y nuestro hijo descansarán en nuestro cuarto.

Con estas palabras la llevó hasta la habitación, dando instrucciones de que no podía salir de la habitación en los siguientes días. Decidieron que Camille se trasladara provisionalmente al cuarto situado al lado para ayudarla en lo que precisase, ese era el cuarto que el padre de Rashid había destinado a los futuros hijos que deseaba tener con su esposa, pero evidentemente nunca había sido ocupado. En seguida Rashid empezó a hacer planes de cómo iban a decorarlo para cuando naciera el bebé.

Sabin estaba furiosa. La maldita estaba embarazada, la había tirado por las escaleras y la muy zorra no sólo no se había hecho nada sino que ahora tenía a Rashid babeando por ella. Habían pasado días desde que la estúpida se había “caído” por las escaleras y desde entonces Rashid no había vuelto a ir a la ciudad a trabajar, no se quería separar de ella.

Pensar en ver su estómago hincharse con el hijo de Rashid en su

vientre le daba ganas de vomitar. Ese debería ser su hijo, no el de ella, y encima tenía que fingir y ser amable con ella. Tenía a Rashid tan hechizado que si se enfrentaba con ella estaba segura que haría que la echasen de la casa. Un par de palabras que no le habían gustado y la zorra había conseguido que la apartaran durante más de un mes, en esta ocasión tenía que ser más inteligente si se quería deshacer de ella.

Había oído que al padre de la ciega no le había hecho gracia que se casase con Rashid, quizás debería tener una conversación con él.

XVI

Tres meses después...

Rashid apoyó la frente en la ventana con cansancio.

—Otra puta noche —susurró, mientras miraba el vaso lleno de alcohol que sostenía en su mano.

Esperaba que el alcohol le noqueara hasta desmayarse y así poder dormir, pero cada noche le costaba más, estaba desarrollando una molesta tolerancia al alcohol.

—Rashid —una dulce voz resonó en el salón y unas tiernas manos acariciaron su espalda.

Durante unos segundos sujetó una de esas manos con la suya propia y cerró los ojos, engañándose a sí mismo permitiéndose imaginar que era ella, pero ni la voz era tan dulce, ni sus manos le hacían sentir escalofríos, no era sino una pobre copia

Sabin estaba feliz abrazada a su espalda, Rashid la mantuvo contra su pecho durante unos segundos, pero su felicidad se hizo añicos cuando muy despacio, bajó su mano apartándose para librarse de su abrazo al tiempo que murmuraba:

—Déjame solo, Sabin.

La rabia la invadió, siempre pensó que cuando la perra no estuviera, Rashid se daría cuenta de que ella era la mujer que necesitaba y no la otra, pero no había servido de nada, parecía un muerto en vida, suspirando todo el día por ella.

—Te ha hechizado —le dijo con rabia—. Antes de ella no bebías y ahora mírate, ¡un musulmán bebiendo! ha hecho que reniegues de quien eres.

Rashid se rio con ironía.

—Sabin, ¡qué ingenua eres! No nací musulmán, adopté la religión únicamente para complacer a mi padre ¿crees que en todos mis viajes al extranjero no he bebido nunca? Bebo porque es la única manera de no pensar en ella.

—Ese amor que sientes es enfermizo ¡Te ha abandonado! ¡Supéralo!
—gritó furiosa.

La rabia hizo que Rashid apretase el vaso que sostenía hasta que un crujido le hizo mirar la mano y se dio cuenta de que sangraba, pero no le importó, el alcohol anestesiaría el dolor.

—Nunca vuelvas a repetir semejante cosa, Sabin. Ella no me ha abandonado —dijo con voz helada al tiempo que dejaba el vaso roto encima de la mesa y cogía otro nuevo llenándolo de alcohol—.

Sabin se dio cuenta de que con esta actitud lo estaba perdiendo, así que prefirió cambiar de táctica.

—Perdóname, Rashid —suplicó con voz llorosa—. Sabes que te quiero demasiado y por eso me preocupo por ti, por favor, no bebas más.

Rashid se sintió mal por un momento, no era culpa de ella nada de lo que había pasado, pero nunca podría sustituir a Ada.

—Perdóname tú a mí, Sabin, sé que sólo te preocupas por mí, pero quiero estar solo.

Sabin abandonó el salón furiosa, más tarde o más temprano Rashid tendría que convencerse de que la perra no iba a volver, sólo tenía que tener un poco de paciencia.

Horas más tarde Rashid estaba tan borracho que tardó un rato en oír los golpes en la puerta, pero aún así no le importó. Lo único que quería era desmayarse de una puta vez para poder dejar de sentir y de pensar.

—¡Ya basta, Rashid! —le gritó Kalim desde la puerta—, por lo

menos si vas a emborracharte hazlo donde nadie te vea. Están empezando a decir que estás embrujado por ella. Nunca has respetado las normas musulmanas, pero antes por lo menos intentabas disimular.

—¿La has encontrado? —dijo con voz pastosa.

—Sabes que no —contestó Kalim con tristeza.

—Entonces, ¡lárgate de una puta vez! —le gritó al tiempo que lanzaba el vaso lleno de alcohol que estaba bebiendo. Kalim lo esquivó yendo a estrellarse contra la puerta.

—No puedes seguir así. Han pasado tres meses desde que desapareció y no han pedido ningún rescate. Tienes que aceptar que se fue voluntariamente...

—¡No me abandonaría! ¡Esperaba un hijo mío! ¡No me abandonaría!
—gritó totalmente furioso.

—...o está muerta —terminó Kalim—. Es hora de que lo aceptes.

—No aceptaré que está muerta hasta que haya visto su puto cadáver —dijo con rabia—, así que si eso es todo lo que viniste a decirme puedes largarte por donde has venido.

De pronto el sonido del móvil de Rashid interrumpió lo que fuera que Kalim iba a decir. Los dos se quedaron helados al oír el sonido del teléfono. Eran las doce de la noche, sólo había un motivo por el que podía estar sonando.

Temblando Rashid cogió el teléfono y con voz ronca dijo:

—Rashid al habla.

Escuchó durante unos segundos cayendo al suelo de rodillas mientras gruesas lágrimas cruzaban su rostro. Kalim se agachó a su lado preguntando:

—¿Quién es, Rashid? ¿Es sobre Ada?

—La han encontrado —murmuró con el alivio cubriendo su voz.

—¿En la isla?

La última semana Rashid había pedido que investigasen las propiedades del padre de Ada, no se le ocurría donde más buscar. Entre todas ellas, poseía una isla a un par de horas en avión. Kalim había mandado a un equipo a investigar, pero nunca hubiera pensado que la encontrarían allí.

Le temblaban tanto las manos que Kalim le quitó el teléfono para interrogar a la persona al otro lado de la línea, mientras tanto, Rashid con la cabeza apoyada en las rodillas murmuraba:

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Cuando Kalim colgó le dijo a Rashid:

—La van a llevar al hospital. Te vas a dar una ducha y cambiarte de ropa mientras le pido a Fatimah que te haga un café.

—¡Ni hablar! ¡Me voy ahora mismo a buscarla! —rugió Rashid levantándose del suelo.

Kalim le sujetó con firmeza del hombro al tiempo que le decía:

—Hace más de tres meses que no ves a tu esposa ¿y quieres que la primera imagen que tenga de ti, sea borracho y oliendo a alcohol? ¡Están a dos horas en avión! La van a llevar al hospital, allí podrás reunirte con ella. Dúchate, cámbiate de ropa y tómate un café para despejar esa borrachera, después de que hagas todo eso cogeremos el helicóptero hasta el hospital. Antes de que te des cuenta habrán pasado las dos horas y estarás con ella allí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Rashid desasiéndose de Kalim. Se giró para dirigirse hacia su habitación, de pronto se paró y sin girarse, con voz tensa, preguntó:

—¿El niño? ¿Sabes...? —un nudo en la garganta le impidió continuar.

—No lo sé, Rashid, no lo sé.

Lo que Kalim no se atrevió a decirle a Rashid fue que el equipo que la

encontró le había dicho que estaba en muy mal estado y que la habían sometido a torturas, ¿pero por qué? No tenían pruebas de que el padre de Ada fuese el responsable del secuestro, lamentablemente en la refriega habían muerto todos los secuestradores, pero el hecho de que se ocultasen en una de sus propiedades hacía sospechar de él. ¿Por qué un padre torturaría a su propia hija? Era algo que Kalim no comprendía.

En estos tres meses había actuado como un padre doliente, culpando a Rashid de su desaparición, de no haber sabido protegerla y afirmaba tener a su propio equipo de personas buscándola, pero ¿quién sabía cuál era la verdad?

Una hora después estaban en el helicóptero en dirección al hospital. Cuando llegaron allí descubrieron que hacía sólo cinco minutos que habían ingresado a Ada.

Rashid corrió hacia la parte de urgencias en la que le habían dicho que se encontraba, pero antes de llegar hasta allí, el doctor Dabir le detuvo:

—Espera Rashid, no puedo permitir que la veas todavía.

—¡Y una mierda! ¡Es mi mujer y no me vas a impedir que la vea! —dijo Rashid violentamente.

—Escúchame Rashid —dijo Dabir sujetándole por el brazo para evitar que avanzara—. Cuando ingresó estaba muy nerviosa y tuvimos que sedarla, vamos a mantenerla así durante unas horas para poder hacerle pruebas —tras un pequeño silencio añadió—. Ha sido torturada.

Rashid se quedó inmóvil.

—¿Torturada? Pero, ¿por qué? —jadeó—. ¿Y el niño?

—No creo que haya sobrevivido —dijo el doctor Dabir con tristeza, sujetando a Rashid con más fuerza—, por eso necesito que esperes aquí. No podré confirmarlo hasta que la examine. Está en estado de shock y el verte a

ti puede empeorar las cosas. Necesitamos saber lo que le han hecho, si estás presente puede que no se atreva a contar nada, por favor, como médico y como amigo, te suplico que esperes.

Rashid se sintió derrotado por sus palabras y con un asentimiento aceptó.

Pasada más de media hora, Dabir salió del box y se dirigió hacia Rashid.

—Puedes entrar un momento para verla, continúa sedada. Luego tengo que hablar contigo.

—¿El niño? ¿Está bien?

—No. —dijo Dabir con tristeza—, lo perdió hace tiempo. Lo siento.

Rashid sintió un dolor profundo en el corazón. Se dirigió hacia el box y cuando entró, no pudo evitar caer de rodillas junto a su cama. Estaba pálida, más de lo que ella ya era. Había adelgazado unos cuantos kilos y alguien le había cortado su larga melena, se la habían cortado de cualquier manera, dejándola en mechones desiguales.

Cogió su mano y notó su fragilidad, se le veían todos los huesos, levantó la sábana y palideció cuando vio las quemaduras que cubrían distintos puntos de su cuerpo, eran marcas circulares.

—¿Qué demonios te han hecho? —murmuró al tiempo que se abrazaba a su frágil cuerpo llorando.

Al poco notó en su hombro la mano de Dabir que le instaba a salir con él.

—Va a dormir durante un buen rato, vamos a trasladarla a una habitación, mientras tanto, ven. Es importante que hablemos.

Limpiándose las lágrimas que cubrían su rostro, Rashid se levantó y le acompañó afuera.

—¿La han violado? —preguntó Rashid con angustia.

—Es difícil saber si ha ocurrido hace tiempo, pero puedo decirte que recientemente no. Es evidente que no la han alimentado bien.

—¿Y las marcas de quemaduras?

—No estoy seguro, pero parecen marcas de electrodos, como si la hubieran sometido a electroshock.

—Pero, ¿por qué? ¿Con qué finalidad? —preguntó con desesperación —. Nunca pidieron un rescate. ¿Qué ganarían torturándola?

—No lo sé, Rashid. Quizás cuando despierte ella misma pueda darnos la respuesta, mientras tanto, tendremos que esperar.

Ada fue trasladada a una habitación bajo la atenta mirada de Rashid y Kalim. Este último se sentía culpable. Había asumido que había sido asesinada hacía semanas, si hubieran investigado antes las propiedades del padre podrían haberla encontrado hace tiempo.

Rashid se había culpado mucho tiempo porque la habían secuestrado en sus narices, estando con él en un café, había ido al baño y no la habían vuelto a ver.

En los días posteriores a su desaparición habían estado seguros de que recibirían una llamada de rescate, pero según fue transcurriendo el tiempo y la llamada no se produjo, supusieron que el secuestro había sido una forma de vengarse de Rashid y Kalim se había convencido de que había sido asesinada, pero Rashid siempre se negó a considerar esa posibilidad y era evidente que había tenido razón.

Contrató a un grupo de mercenarios que la buscaron por todo el país, averiguaron que se la habían llevado en un avión privado pero nunca pudieron identificar al dueño, sabían que el avión había aterrizado en París, donde les esperaba una furgoneta que la llevó a un destino desconocido y que hasta ahora no habían podido averiguar.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Salió del cuarto

para atender la llamada cuando comprobó que se trataba de Hassan, el jefe de seguridad. Se había quedado en la isla para investigar y tratar de averiguar quién estaba detrás del secuestro.

—Dime que has descubierto algo —preguntó en cuanto descolgó el teléfono.

—No exactamente, pero tengo algo que debería ver, señor.

—¿De qué se trata?

—He encontrado grabaciones.

—Mándamelas. Las examinaremos Rashid y yo.

—No creo que deba enseñárselas al señor Rashid —dijo Hassan tras dudar unos segundos.

—¿Por qué?

Un largo silencio al otro lado de la línea siguió a su pregunta, hasta que con voz vacilante dijo:

—Las grabaciones... he visto parte de ellas... son... sobre la señora Ada. ¡Joder señor! Esos cabrones la torturaron desde el primer día.

Kalim cerró los ojos agarrando el teléfono con rabia.

—Mándame las imágenes —dijo antes de colgar.

Se dirigió al cuarto en el que estaba ingresada Ada. Rashid se había sentado en el sofá de la habitación y no tenía intención de moverse de allí hasta que ella despertara.

—Consígueme pruebas —le dijo en cuanto entró en la habitación—. Quiero estar seguro de si fue el padre o no, porque sea quien sea el responsable, ten por seguro que lo mataré —terminó sin mirarle y sin dejar de sujetar la mano de Ada.

—Las conseguiré —respondió Kalim—. Precisamente tengo que examinar unas pruebas que me ha mandado Hassan.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Documentos, facturas... —mintió—, tengo que examinarlos para ver si hay alguna evidencia en ellos —Kalim rezaba para que no le pidiera verlos él mismo, pero Rashid en ese momento sólo pensaba en Ada.

—Ve, entonces. Infórmame de cualquier cosa importante que descubras.

—Así lo haré.

Kalim sabía que en algún momento tendría que hablar con Rashid de las grabaciones, pero primero tenía que verlas él, tenía que estar seguro de lo que contenían.

—¿Cómo te llamas?

—Ada Awada —dijo con voz temblorosa—. ¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? Mi marido pagará el rescate...

—¡Te he preguntado cómo te llamas! ¡zorra! —la interrumpió con violencia.

—Ada Awada —repitió llorando—. Si no saben quien soy, ¿porqué me han secuestrado?

—Esta zorra no entiende nada, vamos a explicarle cómo funcionan las cosas.

En la imagen Ada estaba de pie en medio del cuarto, temblando aterrorizada. Un hombre encapuchado se acercó hasta ella, agarrándola por el cabello y empezó a cortárselo. Ada tardó un rato en comprender lo que estaba pasando, lo único que hacía era llorar mientras suplicaba:

—¡Por favor! ¡No me hagan daño! ¡Mi marido es Rashid Awada!
¡Pagará lo que haga falta!

El hombre que le cortaba el pelo la lanzó al suelo de un empujón después de cruzarle la cara de una bofetada y ella cayó al suelo de rodillas llorando.

—Esto no se trata de dinero, sino de que aprendas—se oyó la voz del otro hombre. —Te lo volveré a preguntar. ¿Cómo te llamas?

—Ada Carmichael Awada —dijo Ada llorando—. Ya se lo he dicho varias veces.

—Vaya, vamos progresando. Ahora lo has hecho mejor. Repite tu nombre, zorra.

Ada no podía parar de llorar. —Me llamo Ada Carmichael Awada —susurró entre sollozos.

—¡No te oigo! ¡zorra! ¡Dilo alto! —exigió el hombre.

—¡Me llamo Ada Carmichael Awada! ¡Y mi marido os va a matar a todos cuando me encuentre! —gritó con furia poniéndose en pie con dificultad.

—La zorra tiene espíritu —dijo el hombre con frialdad—. Veremos cuanto le dura. Lleváosla, un día sin comer le sentará bien para bajarle esos humos.

Kalim pausó la imagen tratando de calmarse. Bajo ninguna circunstancia podía permitir que Rashid viera esas imágenes, viendo el estado en el que se encontraba Ada en la actualidad, era evidente que la cosa se había puesto peor.

Las siguientes imágenes las fue pasando a cámara rápida, no se creía capaz de verlas en su totalidad, de vez en cuando paraba para escuchar algunas de las cosas que le decían a Ada en las sesiones de tortura, porque de eso iban las imágenes, eran una grabación detallada de todo lo que le habían hecho.

Por lo que se apreciaba en las grabaciones, la habían tenido en un cuarto sin ventanas, únicamente con un váter, un lavabo y un camastro. Todas las mañanas la despertaban para interrogarla, el que se encargaba del interrogatorio parecía ser el jefe. Era evidente que esas imágenes eran para el

visionado de alguien, puesto que siempre que salía alguno de ellos lo hacía encapuchado y teniendo en cuenta que Ada era ciega, no tenía ningún sentido que se tapasen la cara a menos que fuera para evitar que la persona para la que eran las imágenes les pudiera identificar.

En ningún momento, salvo el primer día, se veía que le pegasen o que abusasen sexualmente de ella, aunque tampoco podía estar seguro de que no faltasen horas de grabación.

Las preguntas que le hacían en el interrogatorio de cada mañana eran preguntas sobre su vida: cómo se llamaba, dónde vivía, con quién. En el segundo día comenzaron con las sesiones de electroshock. Ahí fue cuando perdió al niño, recibió algo de asistencia médica, pero bastante rudimentaria, era un milagro que no se hubiera muerto.

Cuando al hombre que interrogaba no le gustaba su respuesta, ordenaba que le dieran una descarga y los primeros días no le gustaron ninguna de sus respuestas. Kalim pronto descubrió una pauta en la línea de interrogatorio. Lo que pretendían era que Ada borrara a Rashid de la historia de su vida. Cada vez que daba una respuesta en la que aparecía Rashid, como que era su marido o que vivían juntos, recibía una descarga, cuando lo eliminaba de la respuesta no lo hacían. Evidentemente Ada también lo descubrió, por lo que según fueron pasando los días, poco a poco fue eliminando el nombre de Rashid de sus respuestas, llegando un momento en que su nombre era Ada Carmichael, estaba soltera y vivía con su padre.

Las técnicas que utilizaban se parecían a las del lavado de cerebro. Además de electroshock, usaban la privación de sueño, de alimento y en otras ocasiones la sometían a tortura sensorial teniéndola encerrada en ese cuarto durante horas rodeada de sonidos ensordecedores.

Kalim continuó pasando las imágenes a cámara rápida hasta llegar a los últimos días. Ya habían vencido toda su resistencia y obedecía

absolutamente todas las órdenes que le daban, dando únicamente las respuestas que consideraban aceptables e incluso habían llegado a someterla a tratamientos humillantes, como obligarla a arrodillarse en su presencia mientras se burlaban de ella.

Alguno de ellos había comenzado a hacer insinuaciones sexuales, pero el que actuaba como el jefe no les había permitido que le hicieran nada. Parecía que la persona para la que trabajaban no quería que abusaran sexualmente de ella aunque Kalim sospechaba que si no la hubieran rescatado habrían acabado violándola.

Al acabar de visionar las imágenes, fue al baño y vomitó. Jamás dejaría que Rashid las viera, tendría que contarle, pero el impacto sería menor que si las viera de verdad, así que las eliminó.

Antes de hablar con Rashid tendría que hacerlo con el Dr. Dabir. Después de lo que le habían hecho, no sabía cómo podría reaccionar Ada ante la presencia de Rashid.

XVII

—Rashid. Tengo que hablar contigo.

Hacía un par de horas que Kalim se había ido y ahora regresaba acompañado del Doctor Dabir, el sexto sentido de Rashid le avisó de que algo estaba pasando.

—¿Qué ocurre?

—Hablemos fuera —dijo Dabir señalando hacia el pasillo.

A Rashid cada vez le gustaba menos la situación, pero fuera lo que fuese lo que le tenían que decir, prefería saberlo.

—Antes, cuando te dije que tenía que examinar una documentación...

—Kalim se calló durante unos segundos—. Te mentí —dijo finalmente.

—¿Sobre qué me mentiste?

—No eran documentos lo que quería examinar. Eran imágenes.

Rashid se quedó helado durante unos segundos al comprender las implicaciones de lo que le había dicho Kalim.

—¡Imágenes de qué! —exigió con voz helada y con una horrible sospecha cerniéndose en su interior.

Kalim tragó saliva lentamente antes de responder:

—De Ada... y de lo que le hicieron.

Rashid empezó a verlo todo rojo, tal era la furia que le invadía.

—¡Quiero ver esas imágenes!

—Las he destruido.

—¿Qué has hecho qué? —furiosamente se lanzó hacia Kalim agarrándole por el cuello y aplastándolo contra la pared —. ¡Con qué derecho las has borrado!

Kalim no hizo nada para defenderse, permitió que le apretara el cuello al tiempo que decía entrecortadamente:

—Alguien tenía que verlas. Mejor que fuera yo. Si fuera mi mujer a la que hubieran torturado yo no querría verlas.

Con esas palabras logró que Rashid le soltara para soltar un puñetazo rabioso contra la pared.

—¡Cuéntamelo todo! ¡Quiero saber lo que le hicieron esos cabrones!
—gritó furioso.

—Para eso estamos aquí —dijo Dabir que hasta ese momento no había intervenido—. Necesito que estés preparado. Kalim me ha contado lo que le hicieron y por eso queremos hablar contigo.

Rashid derrotado apoyó la espalda contra la pared y se fue deslizando por la misma hasta caer sentado al suelo pasándose las manos por la cabeza con consternación.

—Decídmelo de una vez.

—Por lo que me ha dicho, la finalidad de su secuestro no era otra que hacerle una especie de lavado de cerebro.

—¿Lavado de cerebro? —la confusión invadió a Rashid — pero, ¿para qué? ¿con qué finalidad? No entiendo nada.

—Para borrarle de su vida —intervino Kalim—. La sometieron a torturas de electroshock, privación de alimentos, sobre estimulación sensorial. Luego le hacían preguntas sobre su vida, si te mencionaba la volvían a torturar. Con el paso del tiempo cada vez te mencionaba menos hasta que te borró totalmente de su vida.

El doctor Dabir se agachó frente a él y cogiéndole por el hombro le dijo:

—Por eso creo que no debes estar presente cuando Ada despierte.

Rashid miró hacia ellos sin verles. Su mente era un torbellino de pensamientos aunque uno destacaba sobre los demás ¿por qué? ¿por qué? Hasta que la realidad de lo que le estaban diciendo penetró en él.

—¿Cómo qué no esté cuando despierte? ¡Y una mierda! ¡Por supuesto que voy a estar presente!

—Rashid, estamos pensando en el bienestar de Ada —dijo el doctor Dabir—. No sabemos el impacto que tu presencia puede provocar en ella. No le vamos a dar más sedantes porque queremos que se despierte por sí misma, pero no queremos que tenga un ataque de pánico o algo peor.

Rashid trató de tranquilizarse, respirando profundo se levantó del suelo y les dijo con firmeza:

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero os recuerdo que Ada es ciega, no sabrá si estoy en el cuarto o no. No le diré nada, no la tocaré, pero estaré presente cuando despierte y habléis con ella. —Luego dirigiéndose a Kalim —Más tarde hablaremos tú y yo—. Y con esas palabras se fue hacia la habitación sin darles tiempo a formular una queja.

Transcurrieron un par de horas hasta que se pasó el efecto de los sedantes. Rashid se había dormido en el sofá cuando unos gemidos le despertaron, silenciosamente y con el corazón en un puño, pulsó el timbre para que acudiese una enfermera.

—Está despertando —le dijo cuando se asomó para ver que quería—. Llame al Dr. Dabir.

Rápidamente Dabir se presentó en la habitación, tomándole el pulso y auscultándola.

—Ada —la llamó suavemente—. Ada, ¿me oyes? Estás en un hospital, soy el Dr. Dabir, estás a salvo.

Ada siguió gimiendo, hasta que finalmente abrió los ojos y asustada se hizo un ovillo en la cama.

—¡Por favor! ¡por favor! —suplicó angustiada—. No me haga daño, haré lo que quiera. —Y empezó a sollozar.

A Rashid se le rompió el corazón al escucharla, tuvo que agarrarse al

respaldo del sofá hasta que se le volvieron blancos los nudillos, para poder resistir el impulso de acercarse hacia ella y abrazarla.

—Ada, tranquilízate —continuó Dabir con voz suave—. Estás en un hospital, has sido rescatada de tus secuestradores. No sé si lo recuerdas pero tú y yo nos conocimos hace tiempo.

Ada empezó a pasar las manos por la superficie de la cama con angustia.

—¡Qué... qué quiere! ¡Haré todo lo que quiera! —gritaba aterrorizada.

—Te lo he dicho, estás en un hospital. Soy el Dr. Dabir, el médico asignado para atenderte. Has estado secuestrada, ¿lo recuerdas? —hablaba con voz suave repitiéndole todo el rato lo mismo, tratando de que se tranquilizara, pero resultaba inútil, estaba histérica.

—¡Por favor! ¡No me haga daño! —volvió a gritar angustiada.

Ada no entendía nada, no sabía dónde estaba ni quién era esa persona que le hablaba, pero no quería volver a sentir dolor.

Rashid tuvo que abandonar la habitación, no soportaba verla así, temblando y aterrorizada. Tuvo que apoyarse en la pared y tratar de tranquilizarse ya que le temblaban las manos de rabia.

Dabir salió de la habitación y se acercó para hablar con él.

—He tenido que volver a sedarla, estaba histérica, no se ha creído que estaba en un hospital, esperemos que cuando vuelva a despertar esté más tranquila.

Cuando Rashid hizo amago de volver a entrar en el cuarto, le detuvo sujetándole por el brazo.

—Vete a casa y descansa, no va a despertarse en horas.

—Cuando vuelva a casa, será con mi esposa —dijo Rashid desasiéndose de su mano y entrando de nuevo en la habitación.

Como le había dicho Dabir, Ada dormía de nuevo, con un suspiro de cansancio se sentó en el sofá y trató de descansar, pero no podía el dolor y la rabia por lo que le habían hecho se lo impedía. La fuerza interior de Ada, su espíritu, se lo habían arrancado, esa mujer llorosa y temblorosa era sólo una sombra de ella.

Rashid no fue capaz de dormir, cada sonido que hacía Ada le hacía levantarse a comprobarla. A primera hora de la mañana, Dabir se presentó en la habitación y le dijo que iban a quitarle la sedación para intentar despertarla de nuevo, esperaba que en esta ocasión estuviera más tranquila. Le pidió que avisase en cuanto notase que empezaba a despertar.

Al cabo de un tiempo Ada empezó a despertar poco a poco, pero estaba tan asustada que se mantuvo inmóvil, no quería que sus captores descubrieran que estaba despierta, no sabía a qué juego mental estaban jugando ahora, haciéndole creer que era libre.

Rashid se dio cuenta del momento en que Ada despertó, notó como cambiaba el ritmo de su respiración y su cuerpo adquiría una inmovilidad artificial. Estaba tratando de fingir desesperadamente que dormía, era evidente que aún no se creía que estaba a salvo.

Pulsó el timbre para que acudiese una enfermera y al cabo de un minuto Dabir entró por la puerta acompañado de Kalim.

—Hola Ada, veo que estás despierta —dijo con suavidad para no asustarla. No tienes que tener miedo, ya te he dicho que estás en un hospital.

Al ver que no reaccionaba continuó diciendo: —entiendo que después de todo por lo que has pasado no me creas, pero estás a salvo, nadie va a volver a hacerte daño.

—¿Dón...dónde... está... mi padre? —preguntó Ada con voz temblorosa.

Rashid tuvo que contenerse para no soltar un gruñido de rabia.

—Tu padre no está aquí, vamos a intentar localizarlo —mintió Dabir para tranquilizarla—, pero primero quisiera que contestaras algunas preguntas, son preguntas sencillas, de control para valorar tu estado de salud, ¿lo entiendes?

Ada afirmó aún temerosa. Dabir empezó a preguntar:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ada Carmichael —contestó con voz temblorosa.

Kalim sintió un escalofrío al recordar todas las veces que le habían hecho repetir su nombre una y otra vez, hasta que había dejado de mencionar el apellido Awada, tal y como acababa de hacer en ese momento.

—¿Dónde vives, Ada?

—Con mi padre — contestó con un poco más de confianza, empezaba a darse cuenta de que nadie le quería hacer daño.

—¿Pero dónde concretamente?

—Voy con mi padre a donde va él y tiene negocios por todo el mundo. Nos alojamos en sus hoteles. —poco a poco se había tranquilizado lo suficiente como para que no le temblara la voz.

Rashid sintió un escalofrío al comprender que en su mente había borrado el tiempo que habían estado juntos. Cogiendo a Dabir por el brazo le susurró algo al oído intentando que Ada no lo escuchara.

Dabir negó con la cabeza, pero Rashid insistió agarrándole fuertemente por el brazo.

Ada oía susurros. Había alguien más en la habitación aparte del Dr. Dabir, pero por algún motivo esa persona no se identificaba.

—¿Qué ocurre? Dr. Dabir ¿Quién más está con usted? —trató de escuchar algún sonido que le permitiera identificar a la persona que estaba hablando con el doctor.

—Soy Kalim. Ada. ¿No me recuerdas? —dijo una voz de hombre.

Parecía pertenecer a una persona joven, pero su voz no le decía nada. Hubiera jurado que no lo conocía.

—No, no me doy cuenta. ¿Quién es usted? ¿Es amigo de mi padre?

—No. Soy amigo de Rashid.

Kalim había oído lo que Rashid quería que Dabir hiciese a lo que él se negaba. Que dijese su nombre para saber su reacción. Kalim decidió arriesgarse, era lo menos que podía hacer por su amigo.

Al oír ese nombre un fogonazo de dolor atravesó la mente de Ada, sintió como si se ahogara y empezó a convulsionar hasta que todo se volvió negro y se desmayó.

Cuando recuperó la conciencia, oyó al Dr. Dabir que la llamaba.

—¡Ada! ¡Ada! Despierta.

Sentía unos pinchazos en la sien como si la atravesaran con un clavo el cerebro. Confusas sensaciones pasaban por su mente como ráfagas: el olor de un jardín lleno de flores, la sensación de mecerse en un columpio... con cada una de ellas los pinchazos se intensificaban hasta que tuvo que dejar que se escaparan como briznas de hierba mecidas por el viento, hasta que finalmente desaparecieron llevándose con ellas el dolor.

—Ada —repitió el Doctor Dabir—. ¿Estás despierta?

—Sí —dijo Ada con voz dolorida tocándose la frente—. ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado, pero no te preocupes, es normal en tus circunstancias. Ahora lo importante es que descanses. ¿Tienes hambre?

—Sí, últimamente no he podido comer mucho —dijo enrojeciendo de vergüenza.

La rabia invadió a Rashid, viendo todo lo que había adelgazado era evidente que no se habían molestado en darle mucho de comer.

—No te preocupes, pediré que te traigan algo ligero para asentar el

estómago. Una sopa o una crema. Ahora te dejaremos sola para que descanses. Más tarde volveré a pasar a verte ¿De acuerdo?

—Está bien, doctor, gracias —dijo Ada al tiempo que se acurrucaba en la cama con cansancio—. Si no le importa dormiré un poco.

—Será lo mejor, debes recuperar fuerzas. Duerme Ada, te despertarán con la comida.

Tras esas palabras hizo un gesto tanto para Rashid como para Kalim para que abandonaran la habitación.

—Ya sabemos el efecto que produce únicamente el escuchar tu nombre —dijo Kalim una vez que estuvieron en el pasillo.

Rashid estaba furioso. Cada vez estaba más convencido de que la persona tras el secuestro de Ada había sido su propio padre. ¿Qué otra persona tendría interés en borrarle de su vida? ¡Qué pensaba! ¿qué iba a permitir que se la llevara? ¡Por encima de su cadáver!

Dabir y Kalim intercambiaban opiniones sobre la conveniencia o no de informarla de que estaba casada con Rashid. Este no decía nada, hasta que Dabir mencionó la posibilidad de avisar a Michael Carmichael de que la habían encontrado.

—¡Ese hijo de puta no va a acercarse ni a un metro de mi mujer! —dijo con voz acerada.

Tanto Dabir como Kalim se quedaron inmóviles al escucharle.

—¿Acaso piensas...? —comenzó Kalim siendo interrumpido por Rashid antes de que pudiera terminar la frase.

—No lo pienso. Estoy seguro. Ese hijo de puta fue el que la mandó secuestrar, para borrarle de su existencia. ¿No os parece raro que lo único que recuerda es su vida con su padre? El cabrón estaría esperando a que una vez le hubieran borrado los recuerdos de nuestra vida en común volviera con él.

—Tienes que ser consciente de que no puedes retomar tu vida con Ada como si nada hubiera pasado, ni siquiera puede escuchar tu nombre sin sufrir un desmayo.

—Lo sé, pero es mi mujer y no voy a dejarla. Aunque tenga que cambiarme de nombre, pero se va a venir a casa conmigo —dijo con furia.

—Está bien, tranquilízate, pero hay que pensarlo bien. Lo del nombre es lo más sencillo, le dices que tu nombre es otro y punto, pero ¿Cómo vas a conseguir que quiera ir a casa contigo?

—Pueden haberme borrado de su vida, pero sus deseos y sus pensamientos de antes de conocerme no creo que hayan cambiado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ella no quiere seguir viviendo con su padre. Gracias a eso la conocí, a su deseo de escapar de él. Si le ofrezco una alternativa, que sea aceptable su mente lo aceptará.

—Pero no te conoce de nada, ¿por qué crees que se irá contigo?

—Por que ya se fue la primera vez.

—No creo que esto sea comparable a cuando se casó contigo, entonces ya te conocía —dijo Kalim.

—En eso te equivocas, no me conocía.

Kalim se sorprendió al escucharle, a fin de cuentas nunca le había contado las circunstancias que habían rodeado a su matrimonio.

—Cuando despierte voy a hablar con ella. Le diré que soy un amigo de su padre que lo había convencido para que viviera en mi casa mientras realiza los estudios de química en la universidad y que eso es lo que hacía cuando la secuestraron.

—¿Por qué crees que te va a creer sin la presencia del padre para que lo corrobore? y ¿cómo vas a explicar que su padre no acuda a verla cuando ha estado secuestrada?

—Me va a creer porque en su subconsciente están sus recuerdos, el hecho de que se desmayara creo que es porque su mente entró en conflicto. Le voy a contar una vida en la que Rashid Awada no existe, pero en la que tampoco vive con su padre. Va a conseguir lo que más desea que es abandonar a su padre sin tener que luchar contra las restricciones que le han impuesto esos cabrones. ¿Qué opinas? —preguntó mirando a Dabir.

—Puede ser, quizás funcione —contestó Dabir tras pensarlo un momento—. Si me dijeras que era totalmente feliz viviendo con su padre, te diría que seguramente no funcionase, pero si me dices que lo que más deseaba era alejarse de él, la tortura a la que la sometieron fue fundamentalmente para borrarle de su vida, pero no trataron de influir en los recuerdos de su vida anterior, seguramente no imaginaron que ella en realidad no deseara esa vida. Podemos probar. Hablas con ella, le cuentas la historia y vemos cómo reacciona, pero algo vas a tener que inventar para justificar la ausencia del padre.

—Pensaré en algo —dijo Rashid.

Cuando volvió a la habitación de Ada, está se había dormido. Aprovechó ese momento para contemplarla, consciente de que cuando estuviese despierta no iba a poder tocarla, le dio un dulce beso en los labios mientras murmuraba:

—Duerme paloma mía.

Horas más tarde Ada despertó con la sensación de que no estaba sola en la habitación.

—¿Quién está ahí? —preguntó en un susurro.

La persona que se encontraba en la habitación se quedó inmóvil, Ada podría jurar que incluso había dejado de respirar, hasta que con un suspiro le dijo:

—Soy Hamal El Sariph, un amigo de tu padre.

La voz de ese hombre sonó como una caricia a sus oídos, provocando escalofríos en todas sus terminaciones nerviosas. Durante un momento notó como si le faltara el aire y se le aceleró el corazón, aunque no por miedo, sentía... no sabía muy bien lo que sentía... sólo que deseaba que le volviera a hablar, pero él no dijo nada más, esperando su respuesta.

—Yo... no te recuerdo. ¿Dices que eres amigo de mi padre? ¿Dónde está él? Perdona tantas preguntas, pero aún me encuentro un poco confusa — dijo mientras comenzaba a incorporarse.

Una suave mano se posó sobre su hombro impidiéndoselo. Ada sintió una descarga que le recorrió todo el cuerpo.

—No te levantes —le dijo el hombre apartándose de ella como si le quemara—. Recuéstate, te izaré la cama si así lo deseas para que estés más a gusto.

Rashid le levantó la cama en silencio. Había tenido mucho tiempo para pensar en cómo justificar la ausencia de su padre, esperaba que se creyera sus mentiras.

—Tu padre ha estado enfermo —comenzó diciendo—. No sabe que estabas secuestrada, los médicos aconsejaron que no se le dijera nada por su salud.

—Pero... ¿Cuánto tiempo he estado... secuestrada? —tuvo dificultades para pronunciar esa palabra. Aún se sentía muy confusa, no recordaba mucho de su cautiverio, sólo el dolor.

—Tres meses —dijo Rashid con voz tensa.

Ada ahogó un jadeo, su mente era un borrón, por más que intentaba recordar su vida anterior sentía como un velo que lo cubría todo, su último recuerdo era con su padre.

—¿Cómo no va a saber que he estado secuestrada si vivo con él? —

Ada no entendía nada.

Rashid inspiró profundamente. Era el momento de la verdad o en este caso, del resto de las mentiras.

—Hace 6 meses que te fuiste a vivir a Mulak para comenzar unos estudios de química en la capital del país.

Ada no podía creer lo que estaba oyendo, ¿se había ido a vivir a otro país para estudiar en la universidad? Era imposible que su padre hubiera aceptado tal cosa.

—No entiendo nada. ¿Mulak? ¿No vivo con mi padre? ¿Estudio en la universidad? Siento como si estuvieras hablando de otra persona. Mi padre jamás permitiría que me fuese de su lado y menos para estudiar en la universidad.

Ahora venía lo más peliagudo de su mentira, esperaba que fuese lo suficientemente creíble.

—Tu padre lleva un tiempo enfermo, eso le hizo plantearse qué sería de tu vida el día que él faltase. Mi padre y él eran muy amigos, así que cuando me pidió consejo, le ofrecí que te quedaras en mi casa bajo mi protección mientras realizabas tus estudios.

—Pero... —todo era tan raro, tan impropio de su padre—. ¿Y tu esposa estuvo de acuerdo?

—No tengo esposa —dijo Rashid con una bola en el estómago—pero hay varias mujeres en la casa, Fatimah que dirige la casa y es como una madre para mí, Sabin su sobrina y por último Camille, que es la persona que te ayuda en todo aquello en lo que no te puedes apañar tú sola debido a tu ceguera.

—Aún así me resulta tan extraño que mi padre haya aceptado eso —le parecía todo surrealista.

—Está mal del corazón. La última vez que sufrió un ataque estuvo a

punto de morir. Digamos que vio la luz y se dio cuenta de que tenía que darte las habilidades para poder vivir sin él el día que faltase.

Ada dio un profundo suspiro.

—Eso mismo llevo años diciéndole, no me puedo creer que finalmente me hiciera caso y sin embargo no recuerde nada de eso. Entiendo que no le dijeras lo de mi secuestro para no preocuparle, pero ¿cómo le has explicado que haya pasado tres meses sin ponerme en contacto con él?

—Bueno, digamos que una vez estuviste aquí, tu padre cambió de opinión, tú te negaste a volver con él y yo te apoyé para que te quedaras en mi casa si lo deseabas, así que tuvisteis una discusión muy fuerte y desde entonces no habéis vuelto a hablar.

Era lo más cercano a la verdad de todo lo que le había dicho.

—¿Y la prensa? Mi padre es muy conocido, ¿no se han enterado del secuestro?.

—No, no se le dio publicidad. Llevamos tres meses buscándote y ahora que te hemos encontrado te juro por mi vida que jamás permitiré que te vuelva a pasar nada malo —dijo apasionadamente al tiempo que le cogía una de sus manos.

—Yo, no sé que decir... —soltó su mano que temblaba desasiéndose de la de él—, gracias... es lo único que se me ocurre decirte.

—Debería haberte protegido mejor —dijo Rashid con tristeza, le había dolido que soltase su mano de la de él, como si le rechazara.

—Entonces, por lo que he entendido ¿vivía en tu casa cuando me secuestraron?

—Sí.

—Y ahora ¿se supone que he de volver a tu casa o a la de mi padre?

—Donde tú quieras —dijo Rashid rezando para no equivocarse, pero tenía que hacerle creer que podía elegir. Aunque esperaba que le eligiera a él

porque bajo ninguna circunstancia iba a permitir que volviera con su padre.

—Entonces si no te importa, quisiera volver contigo a tu casa —dijo Ada enrojeciendo de vergüenza.

Rashid soltó el aire que no era consciente que estaba conteniendo.

—No hay problema. Mi casa es la tuya, paloma mía.

Estas últimas palabras evocaron algo en su mente: sonidos como de una fiesta, la sensación de dar vueltas riéndose al ritmo de una música.

—*Paloma mía*, —escuchó de nuevo, pero esta vez sonaba como un eco en su mente, parecía la voz de Hamal y a la vez no lo parecía. Intentó atrapar el recuerdo, le parecía que era importante pero ese intenso pinchazo en la sien se lo impedía. Cuanto más trataba de recordar, mayor era el dolor, así que con un suspiro tuvo que dejarlo escapar.

—Lo he recordado —dijo con voz cansada.

Rashid se quedó inmóvil.

—¿Qué has recordado?

—A ti, llamándome así. No es la primera vez ¿verdad?

—No —dijo Rashid con un suspiro—. No es la primera vez.

Ada quería seguir preguntando, pero un intenso cansancio se apoderó de ella y sin poder evitarlo se quedó dormida.

XVIII

Ada durmió toda la tarde de un tirón.

—¿Te importaría dejarme sola? —le dijo a Rashid cuando la despertaron para traerle la comida y se dio cuenta de que continuaba en la habitación junto a ella, a pesar de que había accedido ir a casa con él, su presencia en la misma habitación le incomodaba.

A Rashid le dolió que le pidiese que se fuese, pero entendió que no podía forzar la situación, cuando se habían conocido, se había entregado totalmente a él sin conocerle, pero en esta ocasión tendría que ganarse su confianza poco a poco.

Cuando la había conocido su interés en ella había sido meramente sexual, pero ahora sabía que su amor era mucho más valioso que todo lo que tenía y estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para recuperarlo.

Aprovechó ese momento para hablar con Fatimah y aleccionarla sobre lo que debían hacer cuando Ada volviera a casa y sobre todas las mentiras que le había contado y que ahora debían mantener entre todos.

—Pero no entiendo nada —dijo Fatimah llorando— ¿cómo que no le puedo llamar Rashid? ¿qué ahora se llama Hamal? y ¿porqué no le puedo decir que están casados? ¿pero qué le pasa a la señora?

Rashid se lo explicó brevemente, sin entrar en muchos detalles, Fatimah no entendió la mitad de las cosas que le dijo, se lo tuvo que repetir todo varias veces, tenía que estar seguro de que todos y cada uno de los miembros de la casa lo comprendían y actuaban conforme a ello.

Cuando volvió a la habitación, Ada se había vuelto a quedar dormida, se sentó en el sofá a su lado y estuvo contemplando como dormía, aún no se

podía creer que por fin la había recuperado, no de la forma que le hubiera gustado, pero por primera vez en mucho tiempo el dolor que sentía en el corazón se había atenuado. No podía volver a perderla, si algo había descubierto era que su vida no valía una mierda sin ella.

Unas horas más tarde la volvieron a despertar para llevarla a hacer algunas pruebas, tras las mismas le trajeron la cena y en esta ocasión Rashid salió del cuarto sin que ella se lo pidiese, Dabir ya le había advertido de que probablemente estuviera durmiendo casi todo el día a consecuencia de la medicación ya que todavía estaban dándole algún sedante para que descansara y se recuperara.

—Parece que está todo bien —le había dicho Dabir una vez terminadas las pruebas—. Salvo algo de desnutrición, parece ser que por lo demás no tiene ningún problema físico. Lo único que necesita es descanso y una alimentación adecuada.

—¿Y mentalmente?

—Eso es mucho más complicado. En principio parece ser que tenías razón. Su mente ha aceptado esa historia que le has contado. Yo personalmente la encuentro un poco endeble, pero es cierto que es lo suficientemente consistente para que la pueda aceptar sin entrar en conflicto con la programación que le han aplicado.

—¿Podré decirle la verdad en algún momento?

—Eso no te lo puedo asegurar. Quizás no se lo puedas contar nunca. Tienes que tenerlo en cuenta.

—No me importa, lo único que importa es que he vuelto a tenerla a mi lado.

—Nada asegura que se vuelva a enamorar de ti, Rashid, debes estar preparado para ello.

—Para lo único para lo que no estoy preparado es para perderla de

nuevo. Conseguiré que se vuelva a enamorarse de mí, la primera vez no hice nada y aún así me amó. En esta ocasión voy a pelear por ella.

—No vas a poder mantener las mentiras eternamente, más tarde o más temprano a alguien se le va a escapar la verdad y no sabemos cómo va a reaccionar.

—Me arriesgaré —dijo Rashid con firmeza—. ¿Cuándo crees que podré llevármela?

—Si quieres puedo darle el alta mañana mismo. ¿Ella está de acuerdo en irse contigo?

—Sí. Prepáralo todo. Mañana volvemos a casa.

Al día siguiente a primera hora le dieron el alta y se dirigieron en helicóptero hacia la casa. Dabir le había ofrecido a Ada la posibilidad de continuar unos días más en el hospital si así lo deseaba, pero ella no había querido.

Rashid sabía que estaba asustada, de vez en cuando se limpiaba el sudor de las manos contra la falda. Había pedido que le trajeran ropa de Ada para que se la pusiera, pero había adelgazado tanto que le quedaba totalmente floja, parecía un fantasma. La peluquera del hospital le había arreglado un poco el pelo, igualándole los raros mechones, mientras lo hacía Ada comenzó a llorar.

—Volverá a crecer —le dijo Rashid. Se le rompía el corazón al verla llorar.

—Lo sé. Lo siento, sé que es absurdo llorar por algo que ni siquiera puedo ver —dijo limpiándose las lágrimas con la mano—, pero no lo puedo evitar

—No lo sientas, paloma mía. No lo podías ver, pero sí podías sentir su peso en la cabeza, el rozar por tu cintura, la suavidad acariciando tus hombros, sé que para ti es muy importante el tacto. Te han robado algo, pero

no es algo que no puedas recuperar. Lloro si es lo que necesitas.

Oírle llamarla así le provocó escalofríos por todo el cuerpo ¿Cómo podía ese hombre comprender tan bien lo que sentía? ¿Qué relación habían tenido en el tiempo que había vivido en su casa? Esperaba con el tiempo recuperar sus recuerdos.

Pasada una hora aterrizaron en el helipuerto de una finca privada, Rashid le explicó que allí era donde vivían. Cuando bajaron del helicóptero, Rashid saludó a un hombre al que nombró como Kalim, Ada recordó que había hablado con él en el hospital al poco de despertar, con él estaba una mujer que se presentó como su esposa, Zulima, ella le dijo que habían sido amigas mientras había vivido allí.

—Lo siento, pero no te recuerdo —le dijo a la mujer que le abrazaba, Ada no se sentía con fuerzas como para corresponderle.

—Perdóname tú a mí. Hamal... —dudó un momento antes de continuar— ya nos advirtió de que no recordabas a nadie, pero estaba tan feliz de verte que no he podido resistir las ganas de abrazarte —dijo Zulima al tiempo que se apartaba de ella para acercarse a Rashid.

—¿Estás bien? —le preguntó, se le veía demacrado.

—Mejor que en mucho tiempo —respondió con una mueca. Era verdad, por primera vez en tres meses había podido dormir una noche completa.

—Estuve hablando con todos esta mañana —dijo Zulima significativamente mirando a Rashid.

—Sólo vinimos porque Zulima quería ver a Ada —dijo Kalim—, pero ahora os dejaremos. Cuando te sientas con ánimos si así lo deseas nos gustaría que nos hicieras una visita —continuó dirigiéndose a Ada.

—Yo... ahora mismo... perdonadme, pero estoy un poco abrumada por la situación —Ada se sentía fatal, era evidente que estas personas la

apreciaban, pero eran desconocidos para ella y no podía evitar sentirse incómoda, incluso la presencia de Hamal le resultaba perturbadora. Si no fuera porque no deseaba volver a vivir bajo la restricción policial de su padre, no habría aceptado ir a casa de este hombre.

Rápidamente se despidieron de Kalim y Zulima y se dirigieron a la casa en la que se suponía que había estado viviendo.

Cuando llegaron a la casa, Rashid la guió hasta la entrada principal donde la estaban esperando Fatimah, Sabin y Camille, las mujeres que le había dicho que vivían allí también y que eran como de la familia. El resto del personal que se ocupaba de la limpieza de la casa y de los jardines, así como el personal de seguridad se lo iría presentando poco a poco. No quería someterla a un montón de presentaciones, todavía estaba muy afectada por la situación por la que había pasado y lo que necesitaba era descansar.

—Ada, estas son Fatimah, Sabin y Camille.

Según fue diciendo sus nombres, ellas se fueron acercando a Ada y abrazándola, Fatimah y Camille lloraban. A Rashid no le gustó mucho la actitud de Sabin, si bien se acercó y abrazó a Ada, lo hizo de forma fría.

—Gracias —dijo Ada cansadamente—. Si no os importa, me gustaría ir a mi cuarto a descansar.

Rashid le había dicho a Fatimah que acomodara a Ada en el cuarto principal que habían compartido durante su matrimonio y que él dormiría en el cuarto contiguo, el que habían preparado para su futuro hijo. Había pedido que desmantelaran ese cuarto antes de que volvieran del hospital ya que hubiera sido muy doloroso para él ver la cuna, los juguetes, todas las cosas que amorosamente habían ido comprando para su hijo, incluso había pedido que cambiaran el empapelado de la pared, ya no había nada en él que hiciera pensar que alguna vez había sido la habitación de un futuro bebé.

—Ven querida —le dijo cogiéndola en brazos y subiéndola por las

escaleras hasta la habitación.

Ada estaba tan cansada que ni se planteó protestar, el viaje en helicóptero la había dejado agotada.

—Descansa un poco —le dijo Rashid cuando la acomodó sobre la cama—. Te subirán la comida a tu habitación, a no ser que te encuentres con fuerzas para bajar al comedor.

—La verdad es que estoy agotada, preferiría comer aquí si no es mucha molestia.

—Para nada. Voy a estar en el despacho, tengo mucho trabajo atrasado. Si después de comer te ves con fuerzas podemos recorrer la casa para que te vuelvas a familiarizar con la misma.

—¿No hay más personal en la casa que Fatimah y Camille? —Rashid ya le había dicho que Sabin era la sobrina de Fatimah, que no trabajaba en la casa.

—Sólo la casa tiene 2000 m² —dijo Rashid con una sonrisa—. Hay mucho personal, pero no quería agobiarte el primer día con las presentaciones. De todas formas todos te conocen, les hemos dicho que se presenten a medida que los encuentres, así lo hicimos también la primera vez.

—Gracias, la verdad es que lo prefiero así, no estoy acostumbrada a estar rodeada de mucha gente.

—Lo sé.

—Nosotros... —Ada se quedó callada durante unos momentos.

—Nosotros... qué —urgió Rashid en un murmullo.

—¿Nos conocíamos bien? ¿teníamos una relación cercana?

—Sí —respondió Rashid con voz ronca.

Y antes de que Ada pudiera añadir nada más, se despidió bruscamente diciendo:

—Descansa, te veré más tarde —y con esas palabras abandonó la

habitación.

Sabin estaba furiosa. La zorra había vuelto. Lo único bueno era que no recordaba que era la esposa de Rashid y por un motivo que no le habían querido decir todo el mundo tenía terminantemente prohibido decírselo, y había que llamar Hamal a Rashid en su presencia.

Maldito fuera Kalim por haberla encontrado, ¿lo sabría el señor Carmichael? Había llamado varias veces al teléfono de contacto que tenía, pero estaba fuera de cobertura y no sé había atrevido a dejar un mensaje.

Esperaba que no descubrieran que había sido ella la que había informado al padre de Ada de sus movimientos, facilitando así su secuestro.

Durante estos tres meses había mostrado su apoyo incondicional a Rashid, esperando que él finalmente comprendiera que ella era el tipo de mujer que necesitaba y no la imbécil esa.

¡Estaba horrible! Parecía una pordiosera, y sin embargo él la miraba como si fuera una diosa. No sabía cómo, pero esa mujer lo tenía embrujado, pero ella haría lo que hiciese falta para que él saliese de su embrujo.

Rashid ajeno a todos esos pensamientos hablaba con Kalim por teléfono.

—¿Le has encontrado?

—No, está desaparecido. Nadie le ha visto desde hace días. Dejó a su mano derecha a cargo de los negocios y le mandó un correo electrónico informándole de que tenía asuntos personales que atender. Lo curioso es que esto fue sólo un par de días antes de que la localizásemos. Si tuviera que aventurar, creo que se preparaba para recogerla y llevársela a algún lugar. Planeaba esconderla en algún lugar donde no la pudieras encontrar jamás.

—Yo también lo creo. Cuando la conocí me contó que su padre no le permitía relacionarse con nadie aparte del personal de los hoteles, estaba

obsesionado con que la secuestraran.

—Y al final él mismo la secuestró. No sé si apreciar la ironía de la situación.

—¿Sabemos ya quien le ayudó? Alguien tuvo que informarle de dónde íbamos a estar ese día, para facilitar el secuestro, no me creo que fuera fruto de la casualidad.

—No. He interrogado a todo el personal. Todo el mundo parece apreciarla mucho, excepto...

—Sabin —terminó Rashid por él—. Lo sé, pero me resisto a pensar que fuera capaz de llegar a algo así. Por consideración a Evangeline y a Fatimah, no puedo acusarla sin ningún tipo de prueba. De todas maneras no quiero que esté junto a Ada. Hablaré con Fatimah para que se vaya a vivir con su prima.

—¿Qué tal estás tú? —preguntó Kalim con preocupación.

—Bien. Llevo tres meses apartado de los negocios, ahora que he recuperado a Ada tengo que ponerme al día, pero voy a trabajar desde casa. No me quiero separar de ella. ¿Has contratado más personal de seguridad?

—Sí. El problema es que si seguimos teniendo al traidor dentro de la casa por mucha seguridad que contratemos...

—Lo sé. Por eso no me quiero alejar de la casa. Sigue buscando a Carmichael, en algún momento tiene que dar señales de vida. Si planeaba llevarse a Ada con él, en breve descubrirá que ya no está secuestrada, si es que no lo sabe ya. Llámame si descubres algo.

—Así será.

Pasadas un par de horas Fatimah llamó a la puerta.

—Está la comida, señor. ¿Comerá en la habitación con la señora?

—No. No quiero presionarla, que le suba Camille la comida, yo comeré contigo en la cocina. Dame cinco minutos y voy.

—De acuerdo, señor.

—También quería hablar contigo sobre Sabin. No me gusta la actitud que tiene con Ada, creo que lo mejor para todos es que vuelva a irse a vivir con tu prima.

—Yo... lo entiendo, señor —Fatimah estaba avergonzada—. He tratado de hablar con ella, explicarle... pero... no me hace caso, está encaprichada con usted.

—Por eso precisamente, Fatimah, yo quiero mucho a Sabin, como si fuera mi sobrina, pero Ada es mi esposa, la mujer que amo y no quiero que ella le haga sufrir.

—Hablaré con ella, señor.

—Gracias, Fatimah

Unos suaves golpes en la puerta despertaron a Ada.

—Señora Ada, soy Camille. Le traigo la comida.

—Gracias, Camille, pasa, —Ada se incorporó trabajosamente en la cama.

—No se mueva, le llevaré la comida a la cama.

—No, gracias Camille, estoy cansada de estar echada. No estoy con ánimos para bajar al comedor, pero quisiera comer aquí mismo en una mesa, ¿no hay ninguna en la habitación?

—Sí, señora, en la terraza hay una.

—¿La terraza?

—Lo siento, se me olvida que no recordáis nada de esta casa. Esta habitación tiene una terraza que da a un jardín interior, os encantaba ese jardín, os pasabais horas leyendo en el columpio, mientras el señor... —al darse cuenta de que iba a meter la pata, interrumpió lo que estaba a punto de decir, pero no antes de que Ada se diera cuenta de ello.

—¿Mientras el señor...? ¿qué ibais a decir? —preguntó curiosa.

—Nada, yo... mientras el señor nada... ya ni me acuerdo de lo que estaba diciendo. ¿Os ayudo a salir a la terraza?

Ada no comprendía a qué venía tanto misterio, pero no tenía ánimos para continuar preguntando.

—Sí, por favor y decidme, ¿nos conocimos cuando vine a vivir a esta casa? ¿Ya vivíais aquí?

Camille no sabía qué decir, no quería meter la pata, el señor Rashid le había dicho que se ciñese a la verdad en todo lo que pudiera.

—No... Yo no vivía aquí. Vivía en Londres. Mi madre se ocupa de la limpieza del piso que el señor tiene allí. Cuando tú, digo... usted, vino a vivir aquí, él me preguntó si me interesaba venir a trabajar para ayudarla.

—No me trates de usted, ¿antes no nos tuteábamos?

—Sí.

—Entonces no veo por qué no vamos a poder seguir haciéndolo, ¿no te parece?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, cuéntame ¿qué hacía durante el día? ¿es verdad que iba a estudiar química? Siempre fue mi sueño, aún no me creo que lo iba a poder hacer.

—Bueno, en realidad...

—¿No es cierto lo que me dijo Hamal? —no quería pensar que le hubiera mentado—.

—No, por supuesto que es cierto —se apresuró a decir Camille—, es sólo que en realidad no llegaste a ir nunca a la universidad, porque aunque es verdad que estabas matriculada, te secuestraron antes de que comenzara el curso.

—No recuerdo mucho de mi secuestro, ¿pidieron un rescate?

—No, eso fue lo más raro. El señor estaba como loco, todo el mundo le decía que o habías huido o estabas muerta, ya que si no ¿para qué secuestrarte y luego no pedir un rescate? Pero él decía que era imposible, que nunca te irías voluntariamente y que no creería que estabas muerta hasta que viera tu cadáver, y al final tenía razón.

Ada se sentía muy incómoda con lo que Camille le estaba contando. Saber que Hamal no había dejado de buscarla, a pesar de que lo más sencillo hubiera sido precisamente pensar que estaba muerta, le producía una sensación de incomodidad, supuso que era el recuerdo de la amistad entre sus padres y su sentido de la responsabilidad lo que había hecho que no hubiera perdido la esperanza.

—Si no iba a la universidad, ¿qué hacía durante el día?

—Bueno, pues depende. Unas veces leías, el señor (había decidido llamar a Rashid únicamente señor para que fuera más difícil confundirse de nombre) hizo traer un montón de libros en braille y de audio libros.

—¿Y dónde están esos libros?

—En la biblioteca, ¿quieres que te traiga alguno?

—No, quizás en otro momento, gracias, ahora no me encuentro con ánimos como para leer. Así que además de leer...

—Otras veces íbamos a casa de Zulima, paseábamos por la ciudad, íbamos al mercado...

Ada no se podía creer lo que estaba oyendo, ¿al mercado? ¿a pasear por la ciudad? Jamás había hecho eso viviendo con su padre, ¿y con Hamal sí? No le extrañaba que se hubiera negado a volver con su padre cuando esté cambió de opinión, y agradecía a Hamal que a pesar de la amistad de sus padres hubiera decidido apoyarla.

Camille continuó contándole anécdotas de su vida, haciéndola reír en muchas ocasiones. A pesar de que todo le sonaba a ciencia ficción, cuando

Camille contaba alguna historia sobre ella, se reconocía a sí misma en los actos que había realizado o en las palabras que se suponía que había dicho. Entonces, ¿por qué no era capaz de recordar nada?

Después de comer, le pidió que le explicara la orientación de los muebles de la habitación para poder valerse por sí misma. Cuando ya se sintió lo suficientemente familiarizada como para recorrerla sin ayuda, le pidió que la dejara para descansar un poco más, el Dr. Dabir ya le había advertido que iba a tardar unos días en recuperar las fuerzas.

Se echó en la cama y sin darse cuenta se quedó nuevamente dormida.

Cuando despertó, al igual que había ocurrido en el hospital, notó que no estaba sola en la habitación, aunque en esta ocasión supo que la persona que estaba con ella era Hamal.

—Hola —dijo con voz somnolienta—. Me quedé dormida, lo siento. Habíamos quedado en que me ibas a enseñar la casa ¿no?

—Sí —dijo Rashid con voz suave—. No importa. No te imaginas la paz que siento viéndote aquí.

—¿Por qué me secuestraron? —preguntó tras unos instantes.

Rashid dio un profundo suspiro. Ojalá se lo pudiera decir.

—No lo sé, paloma mía.

Como siempre que la llamaba así, un eco de algo que no podía atrapar cruzó su mente, pero en esta ocasión lo dejó pasar.

—Cuando me llamas así... siento... no sé... —suspiró con frustración—. ¿Qué tipo de relación teníamos? —preguntó finalmente.

—Te amo —dijo Rashid en un susurro.

Una ola de calor recorrió su vientre, dejándola sin respiración y empezó a temblar perceptiblemente.

—Perdóname —dijo Rashid de forma apresurada—, no debería habértelo dicho— abandonó la habitación sin darle tiempo a recuperarse de la

impresión que le produjeron sus palabras.

Al salir al pasillo Rashid no se percató de que Sabin había escuchado lo que le había dicho a Ada ya que le había seguido al percatarse de que se dirigía hacia el cuarto y quería saber todo lo que hablaba con Ada.

Sabin temblaba de furia, su tía acababa de decirle que Rashid quería que se fuera de la casa ¿por qué le había dicho que la amaba a la imbécil esa? Ojalá la zorra nunca le recordara, ojalá le despreciara.

De pronto una idea surgió en su mente, le habían dicho que no le dijera que Rashid era su marido, de hecho no podían ni mencionar su nombre en su presencia, que estaba “mentalmente inestable”. Quizás podía aprovechar eso en su beneficio.

Con un plan formándose en su mente entró en la habitación de Ada.

—¿Ada? —preguntó con voz dulce—. Soy Sabin ¿puedo pasar?

—Hola, Sabin. Sí, pasa.

Se notaba que la zorra estaba todavía afectada por lo que le había dicho Rashid, trataba de disimularlo, pero le temblaban las manos. Con una sonrisa lobuna le dijo:

—¿Te encuentras mal? Estás temblando —acercándose hasta ella cogió una de sus manos—. Sé que te encuentras un poco confusa. Pero yo te aprecio mucho, éramos muy buenas amigas. ¿Hamal te ha molestado?

—¿Por qué dices eso? —preguntó alejando su mano de la de ella.

—Porque le he visto salir de tu habitación y ahora entro y te encuentro temblando. No es la primera vez.

—¿No es la primera vez de qué?

—Que te molesta. ¿Ya te ha dicho que te ama? No puede aceptar que a ti no te interesa, debe pensar que ahora que no recuerdas nada tiene otra oportunidad para conquistarte.

—Yo... no sé que decir... ¿cómo sabes lo que me ha dicho?

—Está obsesionado contigo —Sabin no se podía creer lo fácil que le estaba resultando, esta Ada era imbécil, ¿creía que un hombre como Rashid iba a estar babeando por ella y se iba a atrever a rechazarlo?.

—Poco antes de que te secuestraran estabas pensando en irte de la casa. Me contaste que Hamal empezaba a asustarte con su obsesión por ti y me pediste ayuda. Tengo que confesar que me siento responsable de tu secuestro —le costó un gran esfuerzo no reírse al decir esas palabras, a fin de cuentas era la única verdad que había dicho hasta ahora.

—¿Pero por qué dices que te sientes responsable?

—Porque el día de tu secuestro salimos tú y yo solas de la casa, a escondidas. Ibas a coger un avión para volver con tu padre, te dejé en el aeropuerto y allí fue donde te debieron secuestrar, porque nunca llegaste a coger el avión. Cuando desapareciste no me preocupé como los demás porque pensé que estabas subida en un avión yendo hacia tu padre, pero cuando tu padre se presentó buscándote me di cuenta de que algo había pasado.

Ada estaba horrorizada con lo que estaba oyendo.

—¿Cómo que mi padre se presentó buscándome? Hamal me dijo que mi padre estaba muy enfermo, que hacía meses que no nos hablábamos.

—Es evidente que te está mintiendo —dijo Sabin con voz compungida—. Una tarde te encontré llorando porque según me contaste Hamal se había propasado contigo. No se tomó muy bien tu rechazo y temías que acabara abusando de ti. Me pediste que contactara con tu padre para que te ayudara, temías que si Hamal se enteraba te impidiese irte, por eso tuvimos que hacerlo todo en secreto.

Si lo que le estaba contando era verdad, había cometido un terrible error viniendo a esta casa.

—No tenía que haber venido aquí. ¡Ayúdame por favor! —gimió con

angustia, no sabía qué hacer.

—No te preocupes, te ayudaré —Sabin la abrazó con fuerza—. Pero tienes que disimular ante Hamal. Nadie puede saber lo que hemos hablado, Camille, Fatimah y Zulima van a hacer todo lo que diga Hamal, la otra vez se negaron a ayudarte.

—¿Podrás contactar con mi padre? —preguntó Ada con voz temblorosa.

—No te preocupes —dijo Sabin con una sonrisa lobuna—. Contactaré con tu padre y te ayudaré para que llegues hasta él.

—Gracias Sabin.

—No me agradezcas aún. Ahora viene lo más difícil. Intenta no quedarte a solas con Hamal, ahora que te ha dicho que te ama, es probable que intente algo más. Está obsesionado contigo desde la primera vez que te vio. En cuanto haya contactado con tu padre te lo diré, mientras tanto tendrías que disimular.

Salió de la habitación con una gran sonrisa, estaba feliz, esto iba a ser más fácil de lo que se había imaginado, si todo salía bien, esta vez se desharía definitivamente de esa zorra.

XIX

Rashid estaba furioso consigo mismo, no había sido capaz de mantener la boca cerrada, esperaba no haber cometido un error al decirle a Ada que la amaba.

Decidió intentar trabajar un poco para calmarse, pero lo único en lo que podía pensar era en Ada y en lo que estaría pensando. Al cabo de una hora, lanzó los papeles que llevaba más de diez minutos intentando leer sin resultado y se dio cuenta de que no iba a conseguir concentrarse en nada hasta que hubiera hablado con ella.

Subió a su habitación, pero en esta ocasión, llamó a la puerta, para no asustarla, cuando pasado un rato nadie contestaba, decidió entrar en la habitación.

—¿Ada?

No vio a nadie. Se asomó al baño pero allí tampoco había nadie. Asustado pensando que le hubiera podido pasar algo, ya salía decidido a alertar a todo el mundo de su desaparición cuando la vio desde la terraza. Estaba en el jardín, en su rincón favorito, y parecía tan triste que Rashid sintió como si alguien le hubiera apuñalado el corazón. Estaba sola, ¿cómo se las habría arreglado para bajar hasta allí?

Rashid bajó rápidamente por las escaleras entrando en el jardín. Una vez allí, la llamó:

—¿Ada? ¿Estás bien?

Al oír su voz, ella se enderezó en el asiento y se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Hamal —dijo con voz entrecortada—, me has asustado.

—No era mi intención. Quiero disculparme por lo que te dije en la habitación, no era ni el momento, ni el lugar, lo lamento.

Las palabras de Sabin estaban frescas en su memoria. Le parecía todo tan irreal, no sabía en quien confiar, ¿en Hamal? ¿en Sabin? Uno de los dos mentía, tenía que averiguar quién.

—Dices que me amas —preguntó pensativamente—¿Y yo?

—Tú es evidente que no —respondió Rashid con una sonrisa amarga.

—Quiero decir si te amaba —aclaró avergonzada.

Rashid la miró sin decir nada. Si Ada hubiera podido ver, habría visto que tenía el corazón roto y el alma desgarrada, finalmente con un suspiro se acercó a ella y murmuró:

— ¿Qué importa? ¿Qué más da que te diga una cosa o la otra?, lo importante es lo que sientes ahora y tengo claro que no es amor por mí.

¿Era este el hombre que según Sabin había intentado abusar de ella? Si quisiera hacerlo, ¿qué mejor momento que éste en el que era totalmente vulnerable? ¿No la hubiera intentado convencer de que ella le amaba locamente? No. No podía creer a Sabin, le había mentado por algún motivo, aunque no imaginaba cuál podría ser.

—¿Cómo has llegado al jardín? —preguntó Rashid en un claro intento de cambiar de tema.

—No lo sé, supongo que es lo que llaman memoria muscular, de algún modo supe el camino.

—Era tu lugar favorito y desde que llegaste a esta casa, también el mío —la miró con tristeza antes de continuar—. Yo sólo quería disculparme contigo por lo que te dije antes, no debí hacerlo, no te volveré a importunar con mis sentimientos, lo importante es que te recuperes. Voy a trabajar en mi despacho, las ventanas dan al jardín, así que si te parece bien dejaré la ventana abierta y si necesitas algo me lo dices.

—Yo... quisiera leer algo —necesitaba estar a solas y ordenar sus pensamientos, una buena manera sería fingir que leía.

—Hay un libro que dejaste a medias, ¿lo quieres? Lo tengo en el despacho, te lo puedo traer si así lo deseas.

—Gracias. Sí, me gustaría.

Rashid fue al despacho y a los pocos minutos llegó con el libro que puso en su regazo.

—Toma, ahora te dejo para que leas.

Ada cogió el libro que le había dejado Hamal y con un suspiro se dejó mecer en el columpio, la cabeza le daba vueltas, mil y un pensamientos cruzaban por ella hasta que un dolor agudo surgió en la sien derecha y un murmullo de voces empezó a resonar en su cabeza.

—*Paloma mía..., algo bueno debo haber hecho en este mundo para merecerte.*

—*Yo soy la afortunada...*

Las voces se interrumpieron cuando el dolor se hizo absolutamente insoportable, hasta que se dobló por la mitad con un gemido. Aún estaba en esa posición cuando Rashid se arrodilló a su lado y acariciándola con ternura le dijo:

—Paloma mía, ¿qué te pasa? ¿te encuentras mal?

Ada no podía hablar, se agarró la cabeza con las dos manos mientras gemía:

—Mi cabeza... no... aguanto... el dolor —respondió de forma entrecortada.

Rashid se levantó de su lado, la cogió en brazos y al igual que el día anterior la llevó hasta su cuarto. Una vez allí la depositó delicadamente sobre la cama mientras decía:

—Han sido demasiadas emociones para el primer día, será mejor que descanses. Avisaré a Camille para que te suba más tarde la cena.

—No creo que pueda cenar nada —dijo con voz estrangulada, el dolor

se había atenuado poco a poco.

—Es importante que comas para recuperar fuerzas. Le pediré que te haga algo ligero, duerme un poco.

—¿Te importa quedarte conmigo hasta que me duerma? —suplicó Ada.

Desconocía el motivo por el que Sabin le había contado esas mentiras, pero eran su propia voz y la de Hamal las que había oído en su mente y si algo le había quedado claro era que ella en el pasado correspondió a su amor. No creía posible que hubiera querido abandonarle para volver con su padre.

Rashid se sorprendió cuando Ada le pidió que se quedara, pero de ninguna manera iba a desaprovechar esa oportunidad de estar junto a ella. Aunque quizás no fuera lo más adecuado, decidió presionarla un poco, así que le preguntó:

—¿Puedo echarme a tu lado? Te prometo que no te tocaré —dijo Rashid sin darle tiempo a que protestara—, es sólo que estoy muy cansado. Yo también quisiera echarme un poco.

Lo único que Ada quería era que no se fuera, sólo pensar en que pudiera salir de la habitación le hacía sentir como si una mano invisible le apretase el corazón, no sabía lo que le pasaba, no se entendía a sí misma. Pero si lo que hacía falta para que no se fuera era que se echara a su lado que así fuera.

—Échate —dijo con voz ronca—. Pero, por favor, no te vayas.

Rashid se echó a su lado y a pesar de que había prometido no tocarla, no pudo evitar acariciar su brazo con una de sus manos. Cuando la tocó, ella se quedó repentinamente quieta, pero al minuto se relajó, como dándole permiso.

Acarició su brazo durante un tiempo, hasta que poco a poco la mano descendió por la cintura, dibujando su cadera. Los sollozos les sorprendieron

a ambos.

Ada se giró hacia él escondiéndose entre sus brazos mientras lloraba, obligándole a abrazarla.

—¿Por qué lloras, paloma mía? —preguntó totalmente sorprendido.

—No lo sé —murmuró entre lágrimas—. No lo sé—. Y realmente no lo sabía.

El resto de la tarde permanecieron en la habitación. Ada se durmió abrazada a Rashid quien no se atrevió a moverse por miedo a que despertara y cambiara de opinión respecto a su presencia allí. No sabía que había pasado, pero si ahora le permitía que la tocara, no iba a dejar pasar la oportunidad.

Mucho rato después, aún en contra de sus deseos, tuvo que levantarse para avisar a Fatimah que le preparara a Ada algo ligero para cenar y que se lo diera para llevárselo él mismo, de ninguna manera iba a permitir que lo trajera Camille. Esta noche iba a cenar con su esposa, aunque luego tuviera que irse a su propia habitación solo.

Fatimah le preparó una crema y se la entregó. Cuando volvió a la habitación Ada todavía dormía, así que puso la cena en la mesa de la terraza.

A Ada le encantaba cenar allí, con el sonido de la fuente del jardín, el chapoteo de los peces del estanque y sintiendo la caricia del aire en su rostro.

Se acercó a ella y susurró en su oído:

—Ada, paloma mía, despierta. Te traje la cena ¿te encuentras mejor?

Ella abrió los ojos suspirando.

—Sí, gracias —contestó con voz somnolienta.

—Ven, tienes la cena en la mesa de la terraza.

—¿Vas a cenar conmigo?

—No, yo no tengo hambre, sólo te voy a hacer compañía.

Cuando se alejaba de ella Ada posó la mano en su rostro, Rashid se

quedó inmóvil, sorprendido, Ada puso cara de extrañeza cuando notó la cicatriz, pero como la primera vez que la había tocado, la recorrió despacio con los dedos hasta que Rashid no pudo soportarlo más y le apartó la mano delicadamente al tiempo que se la besaba.

—¿Qué te pasó? —preguntó Ada con voz ronca.

—Es una larga y triste historia —respondió Rashid en un murmullo.

—¿Me la contaste alguna vez?

—Sí. Quizás algún día te la vuelva a contar —le soltó la mano al tiempo que le decía:

—Ven a comer, te he puesto la cena en la terraza.

—Está bien.

Salieron a la terraza y Ada comió en silencio, disfrutando de los sonidos de la noche.

—Me encanta —dijo finalmente.

—Lo sé.

Ada se rió.

—Si aún no te he dicho lo que me encanta.

—No hace falta —dijo Rashid sonriendo.

Era la primera vez que la oía reír desde que la habían rescatado, le daba esperanzas de que quizás en algún momento las cosas pudieran volver a ser como antes de que la secuestraran.

—¿Sí? —dijo Ada con aire juguetón—. Muy bien listo, ¿qué es lo que me encanta?

—Son varias cosas, los sonidos de la noche, la brisa rozando tu piel, la tranquilidad... y por supuesto... la compañía —añadió con una sonrisa.

Ada también sonrió, estuvo unos segundos en silencio y luego preguntó con seriedad:

—¿Es verdad todo lo que me has contado sobre mi padre? —

Necesitaba saber la verdad.

Rashid se sorprendió con la pregunta.

—Por supuesto que es la verdad, ¿por qué te mentiría?

—No lo sé, es que me resulta todo tan diferente de cómo ha actuado siempre mi padre, no parece él.

—Confía en mí, lo que te he contado es la verdad. Sólo quiero tu felicidad.

—¿Aunque esa felicidad no sea a tu lado?

—Sí, aunque no lo sea —respondió con seriedad.

Ada volvió a quedar en silencio durante un rato, sumida en sus pensamientos.

—Mañana quisiera ir a la ciudad, si me encuentro con fuerzas, estoy cansada de estar encerrada, ¿tienes algún inconveniente?

—No, podemos ir después de comer.

—Yo... quisiera ir sin ti.

Necesitaba alejarse de él para poder pensar con claridad, su presencia le trastornaba, le provocaba sentimientos que la desconcertaban.

A Rashid le dolió que no quisiera ir con él, pero disimuló diciendo:

—No hay problema, lo que tienes que entender es que tu seguridad es lo primero, aún no sabemos quién fue el responsable de tu secuestro, podría volver a intentarlo, así que irás acompañada del equipo de seguridad y de Camille. Y esto último no es negociable —añadió con voz tensa.

—De acuerdo —respondió Ada a su vez, aliviada de que él no pareciera ofendido por su negativa a que le acompañara.

—Ahora te dejaré, toma, te subí el libro que habías dejado en el jardín.

—Gracias, leeré un rato antes de acostarme.

Rashid la miró resistiendo el deseo de besarla, si ella le diese la más

mínima indicación de que se lo permitiría, no podría resistirse, lamentablemente ella sólo esperaba a que él se fuera. Así que finalmente dijo:

—Buenas noches Ada, que duermas bien— y salió de la habitación con el corazón en un puño.

Al día siguiente Ada se despertó sintiéndose mejor, con más fuerzas. Decidió bajar a desayunar a la cocina y hablar con Hamal de la posibilidad de ir a la ciudad en la mañana en vez de en la tarde. Camille le había comentado que el cuarto de Hamal era el contiguo al suyo, así que decidió probar a buscarle primero en esa habitación.

De alguna manera sabía orientarse por la casa. Era evidente que a pesar de que no lo recordaba, había vivido allí en algún momento, sin embargo, al tocar la puerta del cuarto contiguo no lo sintió como si fuera el cuarto de Hamal, sino como otra cosa. Cuando tocó el pomo de la puerta un recuerdo vino como un fogonazo, un móvil como los de las cunas de los bebés sonó en su mente, pero antes de que pudiera fijar el recuerdo, se le escapó, y volvió a sentir ese dolor agudo en la sien.

Desistió de entrar al cuarto alejándose trabajosamente del mismo, le costaba respirar, pero según se fue alejando del cuarto, el dolor de cabeza disminuyó hasta desaparecer por completo.

Bajó a la cocina, pero no encontró allí a nadie, dudando entre esperar que apareciera alguien o ir al despacho de Hamal para buscarle, se decidió por esto último.

Cuando llegó a la puerta del despacho, se dio cuenta de que está se encontraba entreabierta, ya que se oía claramente la conversación que se estaba desarrollando en ese momento en la habitación.

Cuando iba a delatar su presencia, una frase la dejó inmóvil en el sitio. Hamal estaba hablando con Kalim diciéndole:

—No pienso dejar que ese cabrón de Carmichael vea a Ada, dile que como se acerque a esta casa haré algo más que cortarle un dedo.

Se perdió la respuesta de Kalim ya que las náuseas que empezó a sentir la obligaron a huir a toda velocidad por el pasillo, temiendo que descubrieran lo que había oído.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —se repetía a sí misma—¡Hamal no puede haberme mentado!

Por lo que había oído, no sólo no era cierto que su padre no quería verla, sino que era el propio Hamal el que no se lo permitía. Subió como pudo las escaleras mientras las lágrimas arrasaban sus mejillas, cuando llegó a la puerta de su habitación, no pudo más y se derrumbó delante de la misma llorando desconsoladamente.

—¿Ada? ¿Qué te ocurre? —preguntó Sabin que en ese momento pasaba por delante— ¿Hamal te ha hecho algo?

—Tenías razón —dijo Ada entre sollozos—, no te creí y tenías razón.

—¿No me creíste? ¿qué es lo que no me creíste? ¿lo que te conté el otro día?

—Sí —apenas podía hablar, los sollozos se lo impedían y le costaba respirar, sentía un dolor tan grande que era como si se le desgarrase el corazón.

—Ven —dijo Sabin abrazándola—. Vamos a tu habitación para que te tranquilices y me lo explikas.

La ayudó a entrar en la habitación y se sentó con ella en el sofá que había junto a la cama, estuvo abrazándola hasta que empezó a respirar con normalidad, hipidos la sacudían de vez en cuando hasta que poco a poco fueron disminuyendo para finalmente desaparecer.

—Entonces —dijo Sabin cuando vio que se había tranquilizado lo suficiente para responder a sus preguntas— ¿qué ha pasado?

—Escuché a Hamal hablando con Kalim de mi padre —respondió Ada con la voz rota.

Sabin se puso tensa. Por fin había podido contactar con Carmichael, no le había explicado mucho de lo que había pasado, pero le había contado de la amnesia de Ada y de que estaba haciéndose pasar por su amiga para ponerla en contra de Rashid y que fuera con ella como una oveja al matadero.

—¿Qué decían?

—Hamal le decía a Kalim que jamás iba a permitir que mi padre me viera y que la próxima vez le cortaría algo más que un dedo.

Esto último sorprendió a Sabin, ¿le había cortado un dedo? No le extrañaba que Carmichael odiase a Rashid.

Con voz suave le dijo a Ada:

—Ya te había dicho que lo que te habían contado de tu padre era mentira, él si te quiere ver, ibas a reunirte con él cuando te secuestraron, ¿qué te dijo Hamal para que desconfiaras de mí?

—Él no me dijo nada, pero recordé cosas.

Sabin se agarró a los brazos del sofá en el que estaban sentadas con fuerza, porque en ese momento lo único que quería era ahogar a esa perra, pensar que pudiera recordar todo antes de que se deshiciera de ella le provocaba náuseas.

—¿Qué recordaste exactamente? —preguntó tratando de que no se le notase en la voz la repugnancia que le producía su mera existencia.

—No fue nada claro... voces... sensaciones..., me di cuenta de que en algún momento de mi vida había amado a Hamal.

Pensando rápidamente Sabin dijo:

—Eso es porque efectivamente en algún momento le amaste.

—Pero tú dijiste...

—Dije que le abandonaste asustada porque él no aceptaba que no

estabas interesada, pero no te dije que hubo un tiempo en el que lo estuviste. Hasta que descubriste la verdad sobre él

—¿Qué verdad?

—El porqué le llaman el carnicero de Anvard.

—¿El carnicero de Anvard?

—No me extrañaría que efectivamente le hubiera cortado un dedo a tu padre ya que le cortó personalmente la polla a todos los hombres de ese pueblo, Anvard. ¿Sabes que tiene la cara marcada con una cicatriz?

—Sí —dijo lentamente—. ¿Cómo se la hizo?

—Fue una venganza de uno de los hombres a los que torturó, trató de defenderse, cuentan que Hamal en represalia le abrió en canal.

Ada estaba horrorizada, ¿qué clase de hombre era Hamal?

—Tengo que irme de esta casa —gimió angustiada.

—Y te irás, te lo garantizo. Yo me aseguraré de ello, pero debe ser de tal manera que no te encuentren hasta que estés con tu padre, si Hamal te descubre huyendo, te obligará a volver con él.

—Tienes razón —dijo Ada.

La perra era una auténtica imbécil.

—Tienes que fingir que no has oído nada y comportarte con normalidad, ¿serás capaz? ¿qué planes tenías para hoy?

—Le había dicho que quería ir a la ciudad, me dijo que fuera por la tarde, iremos con personal de seguridad y Camille nos acompañará.

—De acuerdo, habla con él y dile que en vez de Camille quieres que yo te acompañe, intentaré contactar con tu padre para que puedas huir, yo te ayudaré ¿te parece?

—Sí, gracias Sabin, siento haber desconfiado de ti.

—No importa, lo entiendo, estás confusa y no sabes en quien confiar, pero yo soy tu amiga, no lo olvides —le dijo abrazándola con cara de asco,

menos mal que la imbécil era ciega, le hubiera costado mucho disimular—. Te ayudaré a que te vayas de esta casa y no vuelvas nunca—. Haría lo que hiciera falta pero se aseguraría de ello.

XX

Rashid estaba furioso, el cabrón de Carmichael había llamado y exigido ver a su hija, lo único que le salvaba de estar muerto era que no quería matarlo sin poder mostrarle a Ada pruebas de su implicación en el secuestro, pero si algo tenía claro es que era culpable y más tarde o más temprano, lo mataría por ello.

Salió a montar a caballo, tratando de tranquilizarse un poco antes de ver a Ada. Esta situación le estaba volviendo loco, no quería convertirla en una prisionera, pero la idea de que fuera a la ciudad sin él, le estaba afectando.

Después de un rato cabalgando se tranquilizó lo suficiente para darse cuenta de que no podía verla irse en el coche sin él, no podría evitar detenerla, aún recordaba la última mañana antes del secuestro, estaban en una cafetería, fue un momento al baño y pasaron más de tres meses hasta que la volvió a ver.

No, no podía, tenía que alejarse de la casa hasta que volviera, con esa idea en mente puso al caballo al galope, iría a la ciudad, a casa de Kalim, le pediría a Camille que le avisara cuando Ada quisiera regresar y volverían juntos en coche, quisiera Ada o no. Era lo máximo que estaba dispuesto a tolerar.

Ada finalmente decidió bajar a desayunar a la cocina, más que nada por miedo a que el propio Hamal subiera a buscarla, no podía pasarse todo el día encerrada en su habitación sin ver a nadie o sospecharían de que algo pasaba.

—Señora Ada, ya estaba preocupada de que aún no se hubiera despertado —le dijo Fatimah en cuanto entró en la cocina—, pero no tenía que haber bajado, hubiera llamado y habría mandado que le subieran el

desayuno.

—Perdone Fatimah, pero estoy cansada de estar en mi cuarto. Ya me siento con fuerzas suficientes para bajar a desayunar ¿Dónde lo hacía habitualmente, antes de mi... secuestro? —terminó con voz ahogada.

Aún le resulta bastante extraño pensar que había estado tres meses secuestrada y sin embargo no era capaz de recordar lo que había pasado o lo que le habían hecho en esos tres meses.

Fatimah la miró con lágrimas en los ojos.

—Siempre desayunaba conmigo en la cocina excepto cuando el señor no trabajaba que desayunaba... —Fatimah se interrumpió al darse cuenta de que iba a meter la pata —... en otro lado —dijo finalmente.

Ada estaba tan nerviosa ante la posibilidad de ver a Hamal que ni cuenta se dio de sus últimas palabras.

—¿Le ha dicho Hamal que quiero ir a la ciudad después de comer?

—Sí. Acaba de llamar para decir que comerá en casa de Kalim y me lo comentó. Me dijo que iría con Camille.

—Bueno en realidad, si no es inconveniente para nadie, en vez de con Camille me gustaría ir con Sabin.

Fatimah se emocionó pensando que quizás Ada y su sobrina por fin podrían ser amigas, así que con alegría dijo:

—No hay problema. Se lo diré a Sabin y a Camille, por si el señor ya habló con ella, pero no se preocupe, no le importará, estoy segura de que se alegrará de que quiera pasar tiempo con mi sobrina.

Camille se sorprendió cuando Fatimah le dijo que Ada quería ir con Sabin en vez de con ella, pero también pensó que quizás había llegado el momento de que Sabin y Ada limaran asperezas, y aunque se lamentó un poco por su anterior amistad, también pensó que aunque ahora estaba rota, estaba segura de que con el tiempo la recuperarían.

Después de desayunar, Ada no sabía que hacer, se sentía inquieta. Por un lado agradecía que Hamal no estuviera y por otro anhelaba verle, no se entendía a sí misma.

Llevaba un rato en el jardín intentado calmarse, cuando se acercó Sabin.

—He hablado con tu padre.

—¿Con mi padre?

—Sí quieres, puedo llevarte hoy mismo con él.

Ada no sabía que decir, por un lado quería huir hacia su padre y por otro lado a pesar de las mentiras de Hamal, quería quedarse.

—Probablemente sea tu única oportunidad, si Hamal descubre que te estoy ayudando, me lo impedirá, así que decide, ¿quieres ir con tu padre o no?

—Yo... creo... —no sabía qué decir.

—Sí o no ¡decídetes! —le exigió Sabin.

—Sí creo que sí —contestó finalmente, aunque en realidad no estaba segura de nada. De lo que no había duda era de que Hamal le había mentado, así que tenía que ver a su padre para hablar con él y que le diera su propia versión de los hechos. ¿Por qué Hamal no quería que se vieran? Quizás su padre tuviera la respuesta.

Se pasó toda la mañana inquieta, estaba tan nerviosa que tenía ganas de vomitar. Cuando llegó la hora de comer, apenas fue capaz de probar bocado.

—¿Se encuentra bien, señora Ada? —preguntó Fatimah preocupada al ver que apenas había comido.

—Sí, Fatimah, gracias, es que estoy un poco nerviosa por la salida, nada más.

—¿Quiere dejarlo para otro día? Si quiere aviso a mi sobrina de que

prefiere dejarlo para otro día.

—No, no será necesario —trató de aparentar tranquilidad aunque por dentro estaba aterrada, temía estar cometiendo un error.

Después de comer, esperaba en el jardín cuando llegó Sabin a buscarla, le explicó que todo estaba preparado y que el mejor lugar para desaparecer era el mercado, en un momento determinado Sabin distraería a Hassan, el jefe de seguridad que les acompañaría, y una persona enviada por su padre llevaría a Ada hasta él.

Finalmente partieron de la casa hacia la ciudad. Iban en un coche con conductor y acompañadas de Hassan, las órdenes que éste tenía era llevarlas a la zona más segura, que no incluía el mercado ya que allí había demasiada gente y era fácil perderse en él, así que cuando llevaban como una hora paseando, por indicación de Sabin, Ada pidió que las llevaran al mercado.

—Tengo órdenes estrictas de llevarla sólo a esta zona —dijo Hassan.

—La señora Ada quiere ir al mercado —dijo Sabin con altanería— y un simple jefe de seguridad haciendo de guardaespaldas no es nadie para llevarle la contraria. No creo que al señor le guste saber que has intentado contrariarla.

Hassan apreciaba a Ada, había sido testigo de la desesperación de Rashid tratando de encontrarla y no soportaba a Sabin, era una altanera que trataba mal a todo el mundo. No sabía muy bien qué hacer, por un lado ciertamente no quería contrariar a Ada, pero por otro Rashid le mataría si algo le pasase a su mujer por su culpa y había puesto mucho hincapié en el tema de la seguridad. Ante la duda prefirió llamarle.

—Voy a llamar al jefe para preguntarle —dijo finalmente.

—Tú no tienes porqué llamar a nadie, sigues nuestras órdenes y punto —dijo Sabin con altanería.

A Ada no le estaba gustando nada la actitud de Sabin, el desprecio y

la prepotencia con la que estaba tratando a una persona que se limitaba a hacer su trabajo.

—Está bien, Hassan —dijo con voz suave—, llame al señor y pregúntele.

Sabin estaba rabiosa, ¿pero quién se creía Hassan que era? Si ella fuera la esposa de Rashid se enteraría de quién mandaba y la imbécil de Ada dándole la razón. Iban a dar al traste con todo el plan.

—Señor, soy Hassan, tengo un problema... la señora insiste en querer ir al mercado, como sus órdenes eran... Sí, un momento.

—Quiere hablar con usted —le dijo tendiéndole el teléfono a Ada.

—¿Sí? —contestó Ada con temor.

—Paloma mía, ¿Porque quieres ir al mercado? Es más difícil protegerte.

Ada se creyó morir cuando oyó la ternura que transmitía su voz, si no le hubiera mentido..., no pudo evitar que las lágrimas se acumularan en su rostro y que la culpa la invadiera por mentirle.

—Es que... todos dicen que me gustaba tanto... quizás si voy allí recuerde algo de nuestra vida —se sentía tan culpable que no pudo evitar ponerse a llorar.

—No llores, paloma mía, si quieres ir, irás, pásame otra vez a Hassan. Cuando ya le tuvo al teléfono le dijo:

—Hassan, llévala al mercado, nos vemos allí en diez minutos, no le digas que voy, quiero que sea una sorpresa.

—De acuerdo.

—El señor dice que la lleve —dijo tras colgar el teléfono.

—Magnífica actuación —le susurró Sabin a Ada guiñándole un ojo.

Cada vez le gustaba menos Sabin, no se podía creer que alguna vez hubieran sido amigas.

En cuanto llegaron al mercado Sabin insistió en dirigirse a un puesto determinado, cuando estaban llegando le susurró a Ada:

—Voy a crear una distracción, no te asustes, está aquí el hombre que trabaja para tu padre, te cogerá de la mano y te llevará con él.

—De acuerdo —contestó Ada, aunque cada vez estaba menos de acuerdo, le parecía que estaba cometiendo un error garrafal.

Sabin se aseguró de que el hombre de Carmichael estuviera donde habían acordado antes de fingir que tropezaba, empujando a Hassan contra el puesto de tal forma que cayeron todos los productos al suelo.

Ada escuchó un sonido muy fuerte y un montón de exclamaciones, y a los pocos segundos una mano agarró fuertemente su brazo mientras una voz le susurraba:

—Sígueme.

El sonido de esa voz la dejó tan helada que no se movió, hasta que el hombre al ver que no se movía tiró fuertemente de su brazo arrastrándola consigo. Sudores fríos invadieron su cuerpo, ahora sí que estaba segura de que esto no había sido buena idea.

La mano del hombre agarraba su brazo como una banda de acero arrastrándola a través de los callejones hasta que por fin se detuvieron.

—Ada, hija mía.

Era la voz de su padre.

—¿Padre? —Ada estaba asustada, pero no sabía de qué. Este era su padre—. Hamal me dijo que estábamos distanciados y que no sabías que me habían secuestrado y rescatado —preguntó con un hilo de voz.

Una risa baja resonó a su espalda, provenía del hombre que la había arrastrado hasta allí.

—Ven Ada, vamos a sacarte de aquí. Un avión nos espera —le dijo su padre agarrándola del brazo para acercarla hacia él.

—¿Por qué Hamal no quiere que nos veamos? —Ada se resistía a acercarse, primero quería que contestara sus preguntas.

—Porque me odia, siempre me ha odiado —contestó su padre con impaciencia tirando de ella con más fuerza.

—Pero entonces, ¿por qué permitiste que viviera con él? —Ada seguía sin moverse del sitio, luchando contra el brazo de su padre que la arrastraba.

—Yo jamás permití que vivieras con ese cerdo —dijo él con repugnancia—. Joseph, ya estoy cansado, haz que venga de una puta vez —dijo con un tono de voz que a Ada le dio escalofríos, dirigiéndose al hombre situado a su espalda.

Antes de que pudiera siquiera pensar en escapar, Joseph dijo:

—¡Ada! ¡Ada! Has sido una chica muy mala, ¿no te he dicho muchas veces que debes obedecer?

Esa voz... Ya no estaba en un callejón del mercado, estaba en un cuarto oscuro con un dolor terrible que le atravesaba todo el cuerpo y que la hizo caer de rodillas.

—¡Nooo! —gimió angustiada, sólo el sonido de su voz le había provocado un dolor terrible.

—Sólo parará si me obedeces.

Acercándose a ella, le colocó una correa alrededor del cuello.

—¿Vas a obedecer? —preguntó agarrándola por el cabello con fuerza.

—Sí —contestó entre sollozos—. Sí, haré lo que quieras.

—Así me gusta, ahora vámonos.

—¡No vais a ir a ningún lado! ¡Y quítale las putas manos de encima a mi mujer! —la voz de Rashid resonó como un trueno en el callejón.

El hombre llamado Joseph se quedó inmóvil durante unos segundos, se giró utilizando a Ada de escudo al tiempo que disparaba un arma, no debió

dar en el blanco porque a los pocos segundos se vio liberada de su agarre y comenzó el sonido de una pelea, estaban luchando cuerpo a cuerpo.

Una mano tapó su boca y se vio de nuevo arrastrada contra su voluntad, alguien tiraba de la correa que tenía enganchada al collar del cuello, pero en esta ocasión Ada opuso resistencia, intentó soltarse pero al resultar imposible, trató de frenar el avance de su secuestrador agarrándose a cada punto que encontraba por el camino.

—¡Ada! ¡Ada! —oyó como la voz de Hamal se aproximaba. Iba a rescatarla. Su secuestrador debió ser consciente de ello, porque aflojó la correa con la que la sujetaba acercándose a ella.

—Te lo di todo y ¿así me lo agradeces? —le susurró al oído su padre con una voz que destilaba odio.

—Padre, ¿Eres tú? —preguntó sollozando— ¿Por qué me haces esto?

—Porque si yo no te puedo tener, nadie te tendrá —dijo antes de apuñalarla en el vientre.

—¡Aaaaa! —gritó horrorizado Rashid que lo había visto todo mientras corría desde el final del callejón para alcanzarles.

Cuando llegó a su lado no le importó que su padre hubiera huido, lo único que quería era salvarla. Llamó por teléfono pidiendo ayuda y cogiéndola en brazos se dirigió a la calle más cercana, cuando llegó allí ya estaba el coche esperándolo, subió con Ada en brazos y gritó:

—¡Al hospital!

Tardó unos segundos en percatarse de que Sabin se encontraba también en el coche, ya no dudaba de su implicación en el secuestro de Ada. Si no hubiera llegado al mercado en el preciso momento en que Sabin había empujado a Hassan, no habría visto como ese hombre, Joseph, se llevaba a Ada y no habría podido seguirles para rescatarla y ahora mismo estaría en un avión con el mal nacido de su padre.

—¿Por qué? —le preguntó con dolor.

—Porque te amo —contestó Ada con desafío sin tratar de fingir que no sabía lo que le preguntaba—. Esa mujer no te merece.

—No se trata de lo que merezco, sino de a quien amo yo, y no es a ti. Jamás podría, siempre has sido como una sobrina para mí y lo que sientes por mí no es amor, el amor no es así —le dijo con dureza.

Mirando a Ada que en ese momento se desangraba en sus brazos se le rompió la voz cuando agregó:

—Quiero que te vayas de mi casa y no vuelvas jamás.

—No puedes echarme —le suplicó Sabin—. ¡Yo te amo! —gritó con desesperación arrodillándose delante de él y aferrándose a sus piernas.

Rashid la miró con frialdad mientras le decía con voz acerada:

—Porque te quiero es por lo que te echo de mi casa, porque ahora mismo cuando te miro lo único que deseo es rajarte la garganta —su voz fría provocó escalofríos en Sabin. —Si ella muere, ten por seguro que será lo que haré como te vuelva a ver y no se te ocurra volverme a tocar —añadió haciéndole un gesto a Hassan para que la apartara de su lado. Sabin se derrumbó llorando.

En cuanto llegaron al hospital Rashid dio órdenes de que llevaran a Sabin a la casa para recoger sus cosas. Se despidió de ella diciendo:

—Espero no volverte a ver jamás.

XXI

Al llegar al hospital la metieron inmediatamente en el quirófano. Dos horas después el cirujano informó a Rashid que todo había salido bien, pero que debía permanecer un par de horas en reanimación antes de llevarla a una habitación.

Rashid se derrumbó en el suelo llorando de alivio. No hubiera soportado perderla. Llamó a la casa para contarle a Fatimah que Ada estaba fuera de peligro y asegurarse de que Sabin ya no se encontraba allí.

—No puedo creer que fuera capaz de algo así —decía Fatimah entre sollozos.

—Lo sé, Fatimah, yo tampoco lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos, lo siento, pero no quiero que vuelva a la casa jamás.

—Sí, por supuesto —no podía dejar de llorar mientras hablaba—. La he mandado con mi prima, no volverá.

Rashid colgó después de asegurarle que Ada estaba bien, que se recuperaría, y se fue a la habitación a esperar que la trajeran de reanimación. No abandonó la habitación en ningún momento, y cuando finalmente la llevaron, se sentó a su lado y no se movió de allí hasta que despertó.

Ada poco a poco empezó a despertar y a tener conciencia de los sonidos a su alrededor, la fragancia de una colonia invadió sus adormecidos sentidos y la hizo sentirse bien, protegida.

—¿Hamal? —murmuró, le dolía mucho la garganta y le costaba hablar.

—Hola, paloma mía, ya era hora de que despertaras.

—Yo... perdóname —dijo Ada con voz enronquecida extendiendo su mano para que la tomara.

—Perdonarte ¿por qué?

—Por tratar de huir.

Rashid apoyó la cabeza en la mano que sostenía entre las suyas y le dijo con tristeza:

—Eso ahora no tiene importancia.

—Sí, sí la tiene, para mí la tiene —dijo Ada con angustia—, me siento... como si te hubiera traicionado—.

Al ver que Rashid no decía nada añadió:

—Te oí hablando con Kalim sobre mi padre.

Rashid se quedó inmóvil sospechando lo que podría haber oído.

—Le decías que nunca ibas a permitir que me viera ¿Era por esto? — añadió sollozando—¿Sabías que me quería hacer daño?

—Lo sospechaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?¿Por qué las mentiras? —no entendía nada.

Rashid la miró con dolor en la mirada.

—No te lo puedo decir, si pudiera lo haría.

Quedaron unos instantes en silencio hasta que Ada susurró: — Supongo que Sabin solo me dijo mentiras.

Rashid se puso tenso al oír su nombre y le dijo:

—Depende de lo que te dijera.

—Me dijo que el día de mi secuestro huía de ti, que había escapado para encontrarme con mi padre. Que estabas obsesionado conmigo y no aceptabas que yo no te quisiera.

Rashid sintió una rabia tan profunda que soltó su mano con violencia y levantándose con furia golpeó la pared con uno de sus puños.

Ada se sobresaltó ante el sonido.

—Cuando ese hombre me cogió del brazo en el mercado, deseé que estuvieras allí —susurró.

—¿Por qué? —preguntó Rashid aún sintiendo la rabia corriendo por sus venas.

—Para que no me dejaras irme —sollozó mientras murmuraba: —lo siento, lo siento, lo siento...

Rashid sintió como su rabia se disolvía, dejándole un dolor profundo en el corazón. Se acercó a Ada, abrazándola mientras susurraba:

—Shhhh, paloma mía, no llores. Ya estoy aquí, no te dejaré que te vayas.

La abrazó hasta que dejó de llorar y continuó abrazándola hasta que se durmió.

Cuando Ada volvió a despertar notó en seguida la presencia de Hamal a su lado.

—Hola, paloma mía, ¿Te encuentras mejor?

—Sí, un poco dolorida. —seguía notando un fuerte dolor en la garganta y le costaba mucho tragar—. ¿Por qué me duele el cuello?

—No lo toques —dijo Rashid sujetándole la mano que dirigía a esa zona—. Tienes el cuello en carne viva de cuando el cabrón te arrastraba por la correa, te lo han vendado y te han cosido la herida del costado donde te apuñaló, no atravesó ningún órgano vital, si no seguramente estarías muerta—. Sólo pensar que esto hubiera sido posible hacía que deseara despedazar a ese cabrón.

La mención de su padre hizo que a Ada se le agarrotase el corazón, una solitaria lágrima cayó por su rostro.

—Quiero ir a casa —murmuró Ada.

Al principio Rashid no entendió, ¿a qué casa se refería? ¿a la de su padre? Ante el silencio de Rashid, Ada aclaró:

—A nuestra casa. Contigo.

Rashid acarició su rostro con ternura y le dijo:

—Así será, en cuanto te den el alta iremos a casa juntos.

Pasaron varios días hasta que el Dr. Dabir consideró que era seguro que se fuera para casa si así lo deseaba, Rashid sólo abandonó la habitación del hospital durante las noches, al principio había peleado con Ada para quedarse, pero ésta le había convencido de que nada malo le podía pasar en el hospital y que ella dormiría mucho más tranquila sabiendo que él había ido a casa a descansar.

Rashid le encargó a Hassan que se quedase custodiando la habitación durante las noches, sólo así podía irse a casa con la seguridad de que nada malo le pasaría. Durante el día hablaban de todo y poco a poco volvieron a reencontrarse, a pesar de que Ada no tenía ningún recuerdo de su vida con Hamal, estaba segura de que le había amado, porque ahora mismo poco a poco estaba haciéndose un hueco en su corazón.

Finalmente al cabo de unos días, Dabir le dio el alta y se marchó con Hamal rumbo a lo que ahora mismo ya consideraba su hogar.

Cuando llegaron a la casa, como la otra vez, Fatimah y Camille les esperaban, de nuevo la abrazaron llorando, pero esta vez ella también las abrazó en respuesta. En esta ocasión sí sentía que estaba donde debía estar, no pudo evitar notar la ausencia de Sabin, aunque no dijo nada, no la quería ver, aún no entendía porque había hecho lo que había hecho, pero ahora mismo no importaba.

—Quisiera estar un rato sola en el jardín —le dijo a Rashid. Esperaba que lo entendiera, habían pasado demasiadas cosas en los últimos días.

—Como desees. Ve al jardín, te avisará Fatimah cuando esté la comida.

—Gracias —se acercó a él y buscó su cara para darle un dulce beso en la boca.

Rashid se quedó inmóvil. Hacía tanto tiempo... tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abrazarla y antes de que se diera cuenta ya se había alejado de él en dirección al jardín.

Ada entró en el jardín y se sentó en el columpio, en su lugar favorito. Cerró los ojos y se columpió disfrutando del aire acariciando su rostro, de pronto una mano cubrió su cara tapándole la boca y un cuerpo pesado se apretó contra su propio cuerpo atrapándola en el columpio.

—¡Ada! ¡Ada! Has sido una chica muy mala —susurró el hombre que la tenía apresada.

¡Esa horrible voz! Era Joseph, el hombre que trabajaba para su padre, un dolor agudo empezó en las sienes, recorriendo su cuerpo, como le había pasado en el mercado.

—Te voy a destapar la boca y no dirás una palabra.

Retiró la boca de su mano y aunque lo que más deseaba Ada era gritar a pleno pulmón, se encontró obedeciéndole. No sabía porqué pero cuando intentó abrir la boca para gritar volvió a sentir ese terrible dolor que la atravesaba.

—No puedes gritar ¿verdad? —le dijo con voz sarcástica— ¿Sabes por qué? Porque te entrené como a un perro. Para que obedecieras.

Apoyó algo en su estómago, parecía una pistola pero cuando apretó el gatillo no fue una bala lo que le atravesó, sino una corriente eléctrica tan fuerte que hizo que le castañearan los dientes. Recuerdos acudieron a su mente.

—*¡Cómo te llamas, zorra!* —gritaba la voz de Joseph.

No era capaz de oír su respuesta, pero sí que la misma no le satisfacía y un terrible dolor la recorría por entero.

—¡Levántate, zorra! —le dijo Joseph devolviéndola a la realidad.

—Nos van a ver. No podrás escapar —esperaba que fuera verdad y

alguien les viera.

—¿Te he dicho que pudieras hablar? —dijo antes de cruzarle la cara con una bofetada que la tiró al suelo.

Cogiéndola del pelo le levantó la cara y se la lamió, Ada oyó el sonido de una cremallera y las náuseas la invadieron al pensar en lo que le esperaba.

—Tu querido amor no está en la casa, le vi salir y este punto del jardín solo se ve desde su despacho donde no entra nadie si él no está. De la casa saldré como entré, pero antes me daré una satisfacción y ahora ¡chupa! —le dijo empujando su cara contra su polla.

Ada luchó como pudo empujando con las manos y tratando de alejarse de él. Cuando ya creía que no podía más, oyó un ruido sordo y las manos de Joseph se aflojaron liberándola, a continuación oyó la voz de Hamal.

—Lo que más desearía sería cortarte la polla y hacértela comer, pero para ello tendrías que vivir un tiempo, y ya estoy harto de ti —dijo con crueldad—, de todas maneras voy a disfrutar abriéndote en canal.

A continuación sonidos del filo de un cuchillo penetrando en la carne, gemidos ahogados por parte de Joseph, el sonido de un cuerpo al caer y después el silencio.

Ada estaba inmóvil no se atrevía a decir nada, Hamal la había salvado de nuevo, pero la frialdad con la que había actuado la asustó. Recordó lo que le había contado Sabin sobre que le llamaban el carnicero de Anvard, ¿sería verdad u otra de sus mentiras?

Rashid se acercó a Ada, pero en cuanto la tocó, está reuló alejándose de él.

—¿Es verdad que te llaman el carnicero de Anvard? —jadeó.

Rashid se quedó inmóvil.

—¿Dónde oíste eso?

—Sabin me lo contó ¿Es mentira?

—No —respondió con frialdad.

Ada se puso en pie y comenzó a alejarse de él.

—No lo hagas —dijo Rashid— esta vez no te lo permitiré.

Estaba cerca del borde, cubierto de la sangre de ese cerdo, tenía la adrenalina por las nubes y estaba harto de esta situación, era su mujer y esta vez no le permitiría que se alejara de él.

Ada no le hizo caso y se levantó dándose la vuelta para correr y escapar de él.

Rashid la atrapó tirándola al suelo. Le dio la vuelta violentamente, apartó sus manos inmovilizándoselas con una de las suyas y le rompió el frente del vestido dejando sus pechos al descubierto. Comenzó a besarlos con avidez. En ese momento notó que temblaba y empezó a pensar con lucidez ¿Qué demonios estaba haciendo? Esta era la mujer que amaba y estaba a punto de violarla.

Se apartó de ella con desesperación y le dijo:

—Vete, aléjate de mí.

Ada continuaba temblando, pero no se movió del sitio.

—No —dijo con voz ronca y la respiración agitada.

Rashid la miró sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Que no me quiero alejar de ti —susurró.

—Tiemblas de miedo.

—No.

—No mientas. Te estoy viendo temblar.

—Pero no es de miedo —extendió su mano hacia él y le dijo: —
bésame.

Rashid no se hizo de rogar. Se besaron con desesperación.

—Te amo, te amo, te amo...—murmuraba Rashid entre beso y beso.

Sin poder esperar más le levantó el vestido, se abrió la cremallera y la penetró allí mismo. Ada gritaba de placer, en sólo unos minutos se corrieron a la vez. Rashid temblaba, la adrenalina había abandonado su cuerpo, se abrazaba a Ada mientras está susurraba:

—No pasa nada amor mío, no te abandonaré.

Subieron a su habitación abrazados. Una vez allí Rashid le fue quitando la ropa, acariciándola y besando cada parte de su cuerpo hasta que la penetró, esta vez con suavidad, se amaron hasta que saciados permanecieron abrazados el uno al otro.

Rashid pensaba que Ada dormía cuando de pronto esta preguntó:

—¿Por qué me odia Sabin?

—Porque cree que me ama.

—¿Y tú que sientes por ella?

—La quiero, pero como una sobrina, la conozco desde que nació, jamás podría mirarla de otra manera. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí.

—¿Cómo nos conocimos?

Rashid dio un profundo suspiro y dijo:

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Si pudiera te lo diría, confía en mí. Ojalá te lo pudiera contar —dijo con tristeza.

—Pero ¿Por qué? ¿Qué es tan grave que no puedo saber?

Se levantó de la cama indignada y comenzó a vestirse, al principio Rashid la dejó hacer pero luego se acercó a ella y la abrazo por detrás. Ella se resistió pero él la aprisionó aún más hasta que dejó de resistirse.

—No te alejes de mí de nuevo. No te lo permitiré —dijo con firmeza.

—Déjame —le dijo Ada fríamente.

—Una de las cosas que me enamoró de ti fue tu dulzura —dijo Rashid mientras le mordisqueaba el cuello, provocando en Ada escalofríos de placer que recorrieron su cuerpo—. Otra fue tu pasión —una de sus manos acarició sus pechos—. Tu confianza en mí a pesar de no conocerme.

Ada estaba mareada por las sensaciones y no entendía nada de lo que estaba diciendo ¿qué se entregó a él sin conocerle? ¿de qué hablaba?

Mientras Rashid masajeaba su pecho con una de sus manos, introdujo la otra debajo de su vestido, entre sus muslos. Ada ya no fue capaz de pensar.

—Me ofreciste tu cuerpo y me entregaste tu corazón— continuaba diciendo Rashid a la vez que introducía dos dedos en su interior, metiéndolos y sacándolos hasta que un orgasmo la atravesó y mientras se corría sentenció en su oído:

—Tu corazón es mío y no te lo pienso devolver.

XXII

Los días fueron pasando y aunque Hamal y ella parecía que habían llegado a algún tipo de entendimiento, Ada notaba que algo le faltaba, como la última pieza para terminar el puzzle.

Hamal la había convencido para que volviera a matricularse en la universidad, pero tendría que esperar unos meses hasta que volviera a comenzar el curso, así que mientras tanto, trataba de entretenerse durante las horas en las que él estaba trabajando.

Visitaba a Zulima, con la que había reanudado su amistad, así como con Camille, sin embargo, a veces, tenía la sensación de que todo el mundo le ocultaba algo, extraños silencios en medio de una frase, como si estuviesen a punto de decir algo que no deberían.

Ada fingía que no era consciente de ello, pero lo era y eso le provocaba en ocasiones dudas y ansiedad, eso le impedía confiar totalmente en Hamal y sabía que él era consciente de ello y que le dolía, pero a pesar de eso, sin saber el motivo, él seguía ocultándole cosas.

Una mañana después de que Hamal se hubiera ido en el helicóptero, bajaba a la cocina a desayunar con Fatimah cuando oyó voces.

—¡Vete Sabin! —decía Fatimah con preocupación— no me quiero imaginar lo que te haría el señor si te viera.

—Por favor tía, habla con él —suplicaba Sabin llorando—. Lo amo.

—No sabes lo que es el amor.

Cualquiera que fuera la respuesta que iba a dar Sabin murió en sus labios al percatarse de la presencia de Ada que había entrado en la cocina.

—¡Estarás contenta!—le espetó Sabin en cuanto la vio.

—¿Por qué habría de estarlo? —respondió Ada con frialdad, había estado a punto de morir a consecuencia de los actos de Sabin, no sentía

ninguna pena por ella.

—Porque me han echado de la casa —dijo Sabin con rabia.

—Yo no he tenido nada que ver, pero no niego que me alegre. Me mentiste y ayudaste a mi padre para que me hiciera daño.

—Yo no sabía que te quería hacer daño —mintió Sabin con descaro—, y en cuanto a mentirte, todos en esta casa lo están haciendo.

—Sabin... —advirtió Fatimah.

—Sabin ¡QUÉ! ¡Ya estoy harta de esta situación!

—Déjanos a solas, Fatimah— Ada también estaba harta de esta situación, quizás Sabin le dijera la verdad, aunque no se fiaba mucho de ella, pero estaba segura de que si dicha verdad le iba a hacer daño estaría encantada de decírsela.

—Pero, señora... —Fatimah no se atrevía a salir de la cocina.

—¡He dicho que nos dejes a solas! —repitió con firmeza.

Fatimah no dijo nada más, cuando salía por la puerta, Ada añadió:

—Cierra la puerta cuando salgas.

Sabin sonreía de forma lobuna, quizás todavía podía hacer algo para romper este maldito matrimonio.

—¿Y bien? —preguntó Ada.

—¿Y bien, qué? —replicó con altanería.

—¿Cuál es esa verdad que nadie quiere decirme?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Si no fuera así no te lo preguntaría.

—Si insistes —dijo Sabin con un encogimiento de hombros—. Lo que te han estado ocultando todos es que estás casada.

—¡Qué! —exclamó Ada estupefacta, no era algo que hubiera sospechado—. No te creo.

—Es la verdad, puedes creerla o no, eso es cosa tuya, pero puedo

probártelo.

—¡Cómo!

—¿La inscripción de tu matrimonio te parece suficiente prueba?

—¿Acaso la tienes tú?

—No. ¡Por supuesto que no! Además, de nada serviría puesto que no la podrías ver, pero puedes ir a la ciudad y solicitar una copia y que te la lea la persona del registro. Te darás cuenta de que no estoy mintiendo.

—¿Y quién se supone que es mi marido? ¿Y por qué todos me lo ocultan?

—Bueno, le abandonaste por Hamal.

Sabin estaba disfrutando como nunca, las mentiras iban surgiendo sobre la marcha, según se le ocurrían.

—Vino una tarde a buscarte y Hamal le asesinó.

—No te creo —dijo Ada horrorizada—, te lo estás inventando.

—¿Sí? Pregunta a cualquiera quien es Rashid Awada, ya verás como nadie te va a contestar.

Las últimas palabras de Sabin se perdieron a través de la bruma que invadió sus pensamientos. Oyó de nuevo la voz de Joseph preguntando:

—¿Cómo te llamas, zorra?

Pero en esta ocasión fue capaz de oír su propia respuesta:

—Ada Awada.

Fue lo último que oyó antes de desmayarse.

Cuando volvió en sí estaba tumbada en su propia cama, Camille y Fatimah estaban a su lado.

—¿Qué pasó? —preguntó desconcertada, lo último que recordaba era estar hablando con Sabin en la cocina.

—Te desmayaste —dijo Camille—. Hemos avisado a... Hamal —

seguía costándole llamarle así— y está en camino.

—No hacía falta que le avisaseis.

—Sí. Te puedo asegurar que hacía falta, si llega a enterarse que te pasó algo y no le avisamos, no quisiera hacer frente a su furia.

—¿Quién es Rashid? —no pudo evitar preguntar.

El silencio invadió la habitación, hasta que Camille con voz nerviosa preguntó:

—¿Dónde has oído ese nombre?

—No sé —mintió Ada—, me vino un recuerdo y me pareció que ese nombre era importante.

Fatimah se temía que su sobrina tuviera algo que ver, pero no se atrevió a decir nada. No quería que Rashid averiguase que Sabin no sólo había estado en la casa, sino que le había permitido que se quedase a solas con su esposa.

Cuando Rashid llegó, subió corriendo a ver a Ada.

—No tendrían que haberte llamado para que vinieras —le dijo Ada cuando la abrazó al entrar en el cuarto.

—Me han dicho que mencionaste un nombre, Rashid —preguntó con preocupación, Camille le había llamado mientras estaba de camino y le había dicho lo que había pasado, creían que era el motivo por el que se había desmayado.

—Sí, —dijo Ada con voz insegura— ¿es alguien que conozca?

—¿Por eso te desmayaste?

—Puede ser, no sé —no quería contarle la verdad.

—Hablaré con el doctor Dabir. Descansa —le dijo sin contestar a su pregunta y saliendo rápidamente de la habitación.

A Ada no le pasó desapercibido que había evitado contestarle, todos ellos habían evadido la pregunta ¿Podría ser que Sabin no hubiera mentido?

¿Estaría casada con ese hombre, Rashid Awada? ¿Lo que había recordado era real? En su recuerdo o lo que fuera, se llamaba a sí misma Ada Awada. Pero llegar a creer que Hamal hubiera matado a su marido y que todos lo ocultaban eso era ir demasiado lejos, además sabía que no se podía fiar de Sabin, ya le había mentado con anterioridad, pero también era verdad que lo del matrimonio era fácil de averiguar, como le había dicho la propia Sabin, sólo tenía que ir al registro civil y pedir un certificado de matrimonio.

En cuanto a lo de que Hamal había asesinado a su supuesto marido, que era capaz de hacerlo no tenía dudas, ella misma había sido testigo de cómo había matado a Joseph y se había deshecho del cadáver, ya que nadie había venido a preguntar por él. Pero lo había hecho para protegerla, de ahí a asesinar a sangre fría a su supuesto marido había un gran trecho.

Rashid no perdió el tiempo y en cuanto salió de la habitación llamó a Dabir para pedirle consejo.

—Te he dicho que ella misma dijo mi nombre, creo que se le podría decir la verdad.

—¿No me has dicho que se desmayó? —preguntó Dabir con preocupación.

—Sí, joder, pero estoy harto de esta situación, necesito decirle la verdad —respondió Rashid con frustración.

—Me parece que todavía es un poco arriesgado, es mejor dejar que los recuerdos vengan a ella de forma natural. Yo te aconsejo esperar.

—¡Mierda! Dabir. Estoy harto de esperar.

—Lo sé, pero te repito que es mejor que los recuerdos vuelvan a ella poco a poco.

—No sé cuánto tiempo más podré esperar.

—Es por su bien, tendrás que esperar lo que haga falta.

Rashid colgó el teléfono con frustración, estaba harto de no poder contarle a Ada que era su esposa. No podía ir con ella a ningún lado por miedo a que alguien le descubriera la verdad. Era consciente de que ella sabía que le ocultaban cosas y eso la afectaba. Deseaba que su relación volviera a ser la misma que la de antes de su secuestro, pero eso ahora era imposible, lo que más echaba de menos era la confianza ciega que Ada había depositado en él. Nunca nadie había confiado tanto en él sin merecérselo.

Totalmente frustrado volvió a la habitación de Ada.

—¿Hablaste con el doctor Dabir? —le preguntó ella.

—Sí. Dijo que si tu desmayo era debido a algún recuerdo no tenía ninguna importancia.

—Ese nombre, Rashid, ¿es alguien de mi pasado?

Rashid cerró los puños con rabia, era tan frustrante no poder responder a sus preguntas.

—Mejor descansa. Como estás bien, voy a ir al despacho a trabajar — tenía que salir del cuarto porque si no iba a empezar a gritar de impotencia.

Ada estaba empezando a asustarse ante la posibilidad de que Sabin pudiera haberle dicho la verdad, era evidente que Hamal estaba evitando responderle. Necesitaba averiguar la verdad, si nadie en la casa estaba dispuesto a contárselo, entonces tendría que descubrirlo por su cuenta.

Con esa idea en mente, una hora después se acercó hasta el despacho de Hamal para avisarle de que quería ir hasta la ciudad con Camille.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien como para ir? —le preguntó con preocupación.

—Estoy perfectamente. Sólo quiero ir a comprar unas telas—trató de hablar con despreocupación, aunque por dentro sentía como si alguien le estuviera aprisionando el corazón, tenía que saber la verdad y era evidente que en esta casa nadie se la iba a decir.

—De acuerdo, pero que te acompañen Camille y Hassan y ante el mínimo problema volvéis inmediatamente.

—Gracias.

Cuando ya se alejaba, sintió la mano de Hamal que cogía su brazo y la acercaba hacia él abrazándola por detrás, se agachó para encajar su cabeza en el hueco de su cuello mientras murmuraba:

—Te amo tanto —dijo con un suspiro—. Te he perdido demasiadas veces. A veces pienso que no eres real. Aún no sé que hice de bueno en este mundo para que me eligieras.

—¿Eso hice? —preguntó intrigada— ¿te elegí?

—Sí, entre muchos —contestó girándola y dándole un tierno beso en la boca.

La miró durante un segundo y le dijo:

—Vete, antes de que te tome sobre el escritorio y no puedas ir a ningún lado.

Ada se escapó corriendo del despacho, tenía que saber la verdad, pero fuera cual fuese, lo que tenía claro era que amaba a este hombre por encima de todas las cosas.

Dos horas después Ada escuchaba horrorizada lo que le estaba diciendo la persona del registro.

No había podido evitar que Camille la acompañara y cuando la oyó acercarse al mostrador y pedir una copia del certificado de matrimonio de Ada Carmichael, había emitido una exclamación a su lado, y desde entonces no había vuelto a decir una palabra.

Como no estaba segura de confiar en que ella le dijera la verdad, le había pedido a la persona del registro que le leyera el contenido del certificado, y ahí estaba la verdad, la que le habían estado ocultando.

Ella, Ada Carmichael efectivamente estaba casada con un hombre llamado Rashid Awada.

—Ada... —murmuró Camille.

—¡No digas nada! —la cortó Ada furiosa—. ¡Ahora no te atrevas a decir nada! ¡Y te prohíbo que le digas una palabra a Hamal!

—Pero Ada... —insistió Camille—. Hamal.... en realidad...

—¡No quiero oírte! ¡Me lo habéis estando ocultando todo el rato! Esta misma mañana os pregunté a Fatimah y a ti quién era Rashid y os negasteis a contestarme. ¡No te atrevas ahora a decir nada!

Estaba furiosa. Sabin no le había mentado, estaba casada con ese hombre, Rashid Awada, pero entonces, ¿dónde estaba él? ¿por qué no la había buscado? ¿Sería verdad que estaba muerto? ¿Quién era Hamal en realidad? Era evidente que era mentira que él y su padre eran amigos. ¿Por qué vivía en su casa? Él había dicho que le había escogido, pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿podría ser cierto que Hamal hubiera asesinado a Rashid?

Tan enfadada estaba con Camille que al salir a toda prisa, tropezó con una persona que estaba apoyada en la pared del pasillo, haciendo que se cayera al suelo. Hassan se acercó rápidamente para ayudarla a levantarse.

—Perdone, señora Awada, no la había visto —dijo el hombre con el que había tropezado.

Hassan y ella se quedaron helados por cómo la había llamado ese hombre. Hassan no hizo ningún comentario, lo cual le llevó a pensar que él también sabía que ella era la esposa de ese tal Rashid.

—Señora Ada —dijo Hassan—. Deberíamos irnos.

Sin embargo Ada no se movió, sonrió como pudo y se dirigió a la persona que le había hablado.

—Discúlpeme ¿Usted es?

—Claro, perdone. Soy Halmut El Hammouti. Nos conocimos

brevemente hace seis meses en una cena de la embajada a la que acudió con su esposo Rashid. No hablamos mucho, así que es normal que no me haya reconocido sólo por la voz.

—¿Rashid? —preguntó con un hilo de voz.

Ese hombre afirmaba haberla visto con Rashid y se refería a él como su esposo, la cabeza empezó a darle vueltas y a pesar de que el hombre seguía hablando, no era capaz de centrarse en lo que decía.

—Yo... disculpe. Me enteré de lo que le pasó —continuaba hablando el hombre, sin ser consciente del impacto que estaban provocando sus palabras. Ada notaba la tensión que emanaba de Camille y Hassan que no se atrevían a decir nada.

—Siento haberla importunado cuando es evidente que aún no está recuperada y siento lo del niño.

—¿Qué... niño? —murmuró Ada con un jadeo sorprendido.

—El... niño... —el hombre tartamudeaba con temor de haber metido la pata—. Yo... lo siento. Será mejor que me vaya —se apresuró a decir antes de marcharse dejando a Ada en estado de shock.

¿Un niño? Se tocó el estómago temblando, todo empezó a darle vueltas y oyó la voz de Hamal diciendo:

—*Me has hecho el hombre más feliz del mundo, paloma mía. Doy gracias a todos los poderes de la tierra y el cielo porque me eligieras.*

—*Te amo* —se oyó a sí misma diciendo— *¿Cómo le llamaremos?*

—*¿No es un poco pronto para pensar en nombres? Ni siquiera sabemos si es niño o niña.*

—*Si es niño le llamaremos Hamal.*

—¡Ada! ¡Ada!

La voz de Camille la devolvió a la realidad. Efectivamente había estado embarazada, pero si era así ¿dónde estaba ese niño?

El hombre que la había saludado pensaba que era hijo de Rashid, pero era evidente que era de Hamal, en sus recuerdos estaban felices por ese niño, no podía ser hijo de Rashid. ¿Era una adúltera? ¿Había traicionado a su esposo con Hamal y por eso lo había tenido que matar?

—Quiero ir a casa —dijo Ada temblando.

Sólo una persona podía responder a sus preguntas.

Cuando llegó a la casa, entró en el despacho sin llamar, si a Hamal le sorprendió su entrada no dijo nada.

Nada más entrar, le preguntó directamente:

—¿Soy la esposa de Rashid Awada?

Durante unos segundos sus palabras flotaron en el aire mientras el silencio las acompañaba.

—Sí —contestó finalmente Hamal con firmeza, poniéndose de pie.

—¿Es cierto que esperaba un hijo tuyo?

—Sí —volvió a decir, aunque en esta ocasión un matiz de dolor cubrió su respuesta.

Ada empezó a temblar, pero al oír que Hamal se aproximaba a ella le detuvo haciendo un gesto con la mano.

—¿Qué fue del niño? —preguntó con voz temblorosa.

Hamal dio una inspiración profunda antes de contestar.

—Lo perdiste durante tu secuestro —dijo con rabia en su voz—. Esos cabrones te torturaron y a consecuencia de ello tuviste un aborto.

—¿Por qué me torturaron? No lo entiendo —.

—Por mi culpa —contestó Rashid con dolor—. Por amarme. — Lágrimas silenciosas empezaron a caer por su rostro sin que hiciera nada por detenerlas.

Ada trataba de procesar lo que le había dicho, pero dolía demasiado, aún había muchas cosas que no sabía, que no comprendía, pero si algo tenía

claro por encima de todo era el amor que sentía por el hombre que estaba frente a ella.

Lentamente se acercó hasta él, tanteando hasta que encontró su rostro y notó las silenciosas lágrimas que caían por sus mejillas, las secó con sus dedos, besó sus labios con ternura y abrazándole le dijo:

—No importa Hamal. El pasado no importa, sólo el presente y el futuro, y te amo tanto que a veces siento que si no te tuviera me moriría. No importa lo que haya pasado con Rashid, sólo sé que te amo a ti.

—¿Lo que haya pasado con Rashid? ¿A qué te refieres?

—Sabin me dijo... que Rashid era mi esposo y que tú lo habías matado.

Hamal empezó a reír.

De todas las reacciones que hubiera esperado por su parte, la risa no era una de ellas.

—¿Y se puede saber cuándo viste a Sabin para que te contase esa sarta de tonterías? —preguntó Rashid sin poder evitar continuar riéndose, aunque debería estar enfadado, la verdad es que le hacía gracia hasta donde podía llegar la inventiva de Sabin.

Ada no entendía dónde estaba la gracia.

—¿Crees que es gracioso que piense que has matado a mi marido? —exclamó indignada.

—Pues la verdad es que sí, es gracioso —dijo con seriedad, acercándose a ella y aferrándola por la cintura le susurró suavemente al oído:

—Jamás podría matar a tu marido, jamás mataría a Rashid Awada.

—Entonces, ¿dónde está él? —pregunto Ada con desesperación.

—Aquí mismo Ada, nunca se ha ido.

Ada trató de empujarle con las manos para alejarlo, pero él no la dejó.

—No juegues conmigo —le dijo enfadada—, ya te he dicho que no

importa de quién sea esposa. Te amo a ti.

—Y no sabes cuánto me satisface oírtelo decir, porque paloma mía... Yo soy Rashid Awada.

Como en anteriores ocasiones, la habitación empezó a girar y Ada se vio transportada al pasado. Oyó su voz diciéndole a Hamal, que en realidad era Rashid:

—Quisiera pedirle que se casara conmigo.

Sintió las manos de Rashid sobre su cuerpo la primera vez que la tocó. Recordó el día que le contó por qué le llamaban el carnicero de Anvard.

Poco a poco fue recordando cada uno de los momentos de su vida con Rashid que le habían sido arrebatados.

Recordó también las torturas a las que le habían sometido para borrarle de su vida, y ahora sabía que todo eso había sido ejecutado por órdenes directas de su padre y recordó como perdió a su hijo, como suplicó que la llevarán a un hospital.

—Rashid, amor mío —murmuró cuando la cascada de recuerdos terminó de invadirla, abrazándole y rompiendo a llorar.

—Ada, paloma mía, ¿acaso recuerdas?

—Sí —le contesto entre sollozos—.

—¿Entonces por qué lloras?

—Por ti. Por lo que has tenido que pasar, viéndome desconfiar de ti.

—Todo ha valido la pena por volver a tenerte —dijo Rashid con alegría, levantándola por la cintura y dándole vueltas en el aire.

—¡Rashid!, ¡Rashid! ¡Qué me mareo! —gritaba Ada entre risas.

Finalmente Rashid se detuvo, abrazándola contra sí.

—¿Por qué no me dijiste la verdad cuando me rescatasteis? —era lo único que no entendía, el porqué no le habían contado la verdad desde el

principio.

—Dabir me aconsejó que no lo hiciera. Cuando te encontramos y oíste mi nombre, tu reacción nos asustó, empezaste a temblar como si tuvieses grandes dolores y te desmayaste. Fue entonces cuando Kalim encontró las grabaciones de lo que te habían hecho. Intentaron una especie de lavado de cerebro, con la única finalidad de borrar me de tu vida.

—¿Grabaciones? —murmuró Ada totalmente avergonzada.

Ahora era capaz de recordar todo lo que le habían hecho y no soportaba pensar que Rashid hubiera sido testigo de ello.

—Yo no las vi —dijo Rashid adivinando el motivo de su vergüenza—. Quise verlas —admitió—, pero Kalim no me dejó y las destruyó.

Ada agradeció silenciosamente a Kalim por ello.

Lo recuerdo todo, lo que me hicieron —con un suspiro tembloroso añadió:

—¿Cómo un padre puede ordenar que le hagan eso a su propia hija?

—Tu padre está enfermo Ada, creo que no te ve como una hija. Prefirió que murieras si no ibas a estar con él.

—Lo sé, pero es mi padre y no puedo evitar quererle a pesar de ello.

—Lo sé, pero si se vuelve a acercar a ti lo mataré, sea tu padre o no ¿Lo entiendes? —le dijo abrazándola muy fuerte.

—Lo entiendo.

XXIII

Meses después...

El sonido del teléfono sacó a Ada de sus ensoñaciones, seguía pensando en todo lo que había aprendido ese día en clase, no podía aguantar las ganas que tenía de llegar a casa para poder realizar la tarea que les había asignado el profesor, le encantaba la química.

—Paloma mía, voy a retrasarme un poco —le dijo Rashid por el teléfono— ¿está Hassan contigo?

Después de todo por lo que habían pasado, aún se preocupaba de que pudiera pasarle algo, no la dejaba ir a ningún sitio sin escolta.

—Sí, no te preocupes, no me ha dejado ni a sol ni a sombra — contestó con una sonrisa— el pobre ha tenido que aguantar toda la clase, voy a tener que decirle que me ayude con los deberes.

Ada no pudo evitar reírse al escuchar a Hassan resoplar a su lado.

—No quiero que esperéis en la calle, voy a mandaros el coche para que os recoja y os traiga hasta aquí. Ponme a Hassan al teléfono.

—De acuerdo —dijo Ada pasándole el teléfono.

Después de hablar unos segundos con Rashid, Hassan le dijo:

—En diez minutos llegará el coche, mientras tanto vamos a ir a la cafetería de la universidad, nos recogerá delante de la puerta.

Ada empezó a notar un malestar muy grande, todo empezó a girar a su alrededor y sintió como las náuseas iban abriéndose paso hasta que sintió unas ganas irresistibles de vomitar.

—Tengo que ir al baño —murmuró rápidamente tapándose la boca con la mano.

Hassan no necesitó que se lo repitiera y la llevó prácticamente en

volandas hasta lo que le dijo que era el baño de mujeres, una vez dentro no pudo evitar expulsar todo lo que había comido en la mañana. Las náuseas continuaron a pesar de que ya no tenía nada más en su interior y todo seguía dándole vueltas.

Al cabo de un rato Hassan golpeó la puerta preguntándole cómo se encontraba.

—Estoy bien Hassan, no te preocupes.

La verdad es que se encontraba fatal, llevaba unos días sintiendo síntomas parecidos, creía que estaba embarazada pero aún no se había atrevido a decirle nada a Rashid, quería estar segura.

Él nunca lo mencionaba, pero la pérdida del niño le había afectado y no quería crearle falsas expectativas.

—Hassan —le dijo en cuanto salió del baño— en vez de ir a la cafetería, creo que hay una farmacia en la acera de enfrente, ¿podrías llevarme hasta allí? Hay algo que necesito comprar.

Si Hassan sospechaba algo, no dijo nada, se limitó a cogerla del brazo y acompañarla a la farmacia. Cuando llegaron, Ada le pidió que le esperara fuera, compraría un test de embarazo y lo usaría al llegar a casa.

En cuanto salió de la farmacia notó algo raro, Hassan normalmente la esperaba en la puerta e incluso se la abría en cuanto la veía.

—¿Hassan? —preguntó con incertidumbre.

—Hassan no está —contestó una voz que hubiera deseado no volver a escuchar.

—¿Padre? —no pudo evitar ponerse a temblar, en su último encuentro había tratado de matarla.

—Sí, querida, vas a venir conmigo tranquilamente y sin gritar, si no quieres que le corte el cuello a tu guardaespaldas.

Ada asintió asustada, su padre le cogió del brazo y la empujó hasta la

puerta de un coche, obligándola a introducirse en su interior.

—Rashid me va a encontrar —le dijo mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Lo único en lo que podía pensar era en que la historia se iba a volver a repetir y si efectivamente estaba embarazada iba a perder a su hijo de nuevo.

—La vez anterior tardó tres meses en encontrarte y podría decirse que te encontró de casualidad, esta vez me aseguraré de que no te encuentre jamás —le dijo su padre con voz acerada.

—Pero ¿por qué haces esto? —preguntó con desesperación.

—¡Porque eres mía! ¡Yo te creé! Desde que perdí a tu madre, sólo esperaba a que crecieras para que ocuparas su lugar.

—¡Soy tu hija! ¿No te das cuenta de que lo que estás diciendo es repugnante?

—No eres mi hija —dijo su padre con frialdad.

—¡Queeeé! ¡De qué hablas!

—¡De que no eres mi hija! —rugió con furia—. Estaba enamorado de tu madre, pero la muy zorra prefirió a otro hombre antes que a mí. Se casó con él y se quedó embarazada, pero me encargué de los dos.

—¿Qué... hiciste? —preguntó asustada.

—A él lo hice matar, y a ella la obligué a casarse conmigo. No sabía que estaba embarazada, me lo ocultó hasta que fue demasiado tarde para que abortase y murió al darte a luz. Al principio pensé en deshacerme de ti, pero una de las criadas me suplicó que la dejase criarte. Según fuiste creciendo me di cuenta de que físicamente eras igual que tu madre, la misma piel, los mismos ojos, el mismo pelo. Cuando quedaste ciega me di cuenta de que siempre ibas a depender de mí, así que te crié para que ocuparas su lugar. ¡Y como la zorra de tu madre me traicionaste! —terminó diciendo furioso.

A pesar del horror que le produjo lo que le estaba contando, en cierta

medida supuso un alivio para Ada saber que ese hombre realmente no era su padre.

—Baja, hemos llegado al aeropuerto —le dijo Carmichael.

Ya no podía pensar en él como su padre.

Tirando de ella la obligó a bajar del vehículo y la empujó por lo que supuso que era la escalerilla de un avión, una vez dentro la arrastró hasta la habitación del mismo, la tiró encima de la cama y empezó a arrancarle la ropa.

Ada luchó con todas sus fuerzas, hasta que unos ruidos muy fuertes y el sonido como de una pelea hicieron que Carmichael se detuviera.

La puerta de la habitación se abrió con un estruendo.

—¡Quítale las manos de encima a mi mujer! ¡Cabrón! —gritó Rashid agarrándolo por el cuello y apartándolo de Ada.

—¡Ella es mía! ¡Yo la creé!

—¡Estás loco! Te juré que si volvía a tocarte le mataría, aunque sea tu padre—dijo Rashid dirigiéndose a Ada.

Ésta que aún estaba impactada por todo lo que había pasado, recompuso su ropa como pudo con manos temblorosas.

—Ese hombre no es mi padre —dijo voz temblorosa—, parece ser que asesinó a mi verdadero padre y se quedó conmigo con la idea de que fuera su amante en el futuro.

—¡Queeeé! —jadeó Rashid impactado.

—¡Y así hubiera sido si no hubieras aparecido! ¡CABRÓN! —gritó Carmichael intentando liberarse del agarre de Rashid.

—Estás equivocado —dijo Ada mientras las lágrimas caían por sus mejillas— jamás hubiera aceptado ser tu amante, ¡creía que eras mi padre!, pero te agradezco que me hayas contado la verdad, ya no me importará que Rashid te mate.

—¡Hassan! —llamó Rashid— Acompaña a Ada hasta el coche.

En el momento que Hassan entró en la habitación y se acercó a Ada, esta le abrazó sin poder contenerse, al principio él se quedó inmóvil por la sorpresa, pero luego le correspondió el abrazo con suavidad.

—Pensé que estabas muerto —murmuraba Ada entre sollozos.

—No...yo... señora Ada... estoy bien —estaba avergonzado, y el señor Rashid no le miraba muy bien mientras abrazaba a su esposa.

—Llévatela de aquí, no quiero que escuche esto —le dijo Rashid sacando un cuchillo de grandes dimensiones.

Ada acompañó a Hassan hasta el coche. Pasado un rato Rashid entró y la abrazó, permanecieron todo el viaje abrazados en silencio, hasta que llegaron al helicóptero que les llevaría a casa. Rashid la cogió en brazos para subirla al mismo, la sentó en su regazo y no la soltó, ni siquiera cuando llegaron a su destino. La sostuvo en brazos mientras entraban en la casa y subió con ella hasta la habitación, una vez allí la depositó suavemente encima de la cama.

—Te voy a preparar un baño —le dijo dándole un tierno beso en la frente y limpiando las lágrimas que habían manchado sus mejillas.

Al cabo de un rato volvió y cogiéndola de nuevo en brazos la introdujo en la bañera, allí le lavó cuidadosamente el cuerpo y el cabello. Una vez terminado, la sacó de la bañera, la secó y le ayudó a ponerse un camisón, volvió a cogerla en brazos y la introdujo en la cama, echándose a su lado y abrazándola. Ninguno dijo nada durante todo ese tiempo. No hacía falta.

Horas después Ada se despertó asustada, estaba anocheciendo y Rashid dormía a su lado. Recordó el test de embarazo que había comprado justo antes de que "ese hombre" la secuestrara, lo había metido en el bolso del abrigo. Cuando Rashid le había ayudado a desvestirse había depositado su ropa en una silla, así que palpó con cuidado hasta que localizó el abrigo y

encontró el test en su interior. Silenciosamente, procurando no despertar a Rashid se dirigió hacia el baño. Necesitaba saber si estaba embarazada o no.

Rashid se despertó con el sonido de un sollozo, extendió el brazo buscando a Ada y notó que no estaba a su lado, rápidamente se levantó buscándola, la luz del baño y el sonido de los sollozos le indicó que se encontraba allí.

—No llores, paloma mía, ya pasó todo —le dijo agachándose a su lado.

Ada estaba sentada en un taburete, llorando, cuando se percató de su presencia le sonrió a través de las lágrimas.

—Lloro de alegría, Rashid, estoy embarazada —le dijo con una gran sonrisa.

—¡Queeeé! ¿Cómo lo sabes? —Rashid la abrazó con alegría.

—Justo antes de que me secuestrara Carmichael, había ido a la farmacia a comprar un test de embarazo, acabo de hacerlo y ha salido posi...

No pudo seguir hablando porque Rashid la besó hasta que perdió el sentido.

Días después Ada recibió una llamada de la policía, querían comunicarle el fallecimiento de su padre, al parecer había tenido un accidente en el avión en el que viajaba y se había estrellado en el fondo del mar, aunque no habían podido localizar el cadáver. Le dijeron que continuarían la búsqueda y le informarían si hubiera alguna novedad.

Ada buscó la mano de Rashid y le abrazó, desde el fatídico día no había preguntado, pero sabía que Rashid le había matado. Sentía un dolor en el corazón, porque le había querido como un padre, pero era mejor así, estaba enfermo y no hubiera parado hasta que fuera suya o estuviera muerta.

Tampoco volvieron a saber de Sabin, Rashid no la había perdonado.

De vez en cuando Ada preguntaba a Fatimah por ella y siempre le decía lo mismo, que estaba bien, pero que no había olvidado a Rashid, esperaba que algún día conociese a un hombre que le hiciera olvidarse de su marido.

Habían ido a la consulta del Dr. Dabir para que les confirmaran el embarazo, Dabir les dijo que era una niña y decidieron llamarla Evangeline.

Ada se asombraba de cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo. ¿Y si su propuesta se la hubiese hecho a otro?

—¿Qué piensas? —le dijo Rashid abrazándola por detrás.

Estaban en su lugar favorito del jardín, simplemente disfrutando del placer de la compañía del otro.

—Pensaba en lo que hubiera sido de mi vida si mi propuesta se la hubiera hecho a otro, jamás hubiera conocido la felicidad.

Rashid cerró los ojos abrazándola más fuerte. Aún no sabía lo que Ada había visto en él, pero daba gracias todos los días por ello.

—Te puedo decir lo que hubiera pasado —le dijo dándole pequeños mordiscos en el cuello.

—¿Sí? —contestó Ada suspirando mientras escalofríos recorrían su cuerpo.

—Sí. Que me hubiera enterado y te hubiera robado —le dijo al tiempo que la giraba para devorarle los labios.

—Cuando te conocí, pensé que únicamente te estaba ofreciendo mi nombre a cambio de tu cuerpo —dijo Rashid mirándola con adoración— pero en realidad, te ofrecí mi corazón.

FIN